

CADA  
MINUTO  
CUENTA

**Kate L. Morgan**



**CADA  
MINUTO  
CUENTA**

**KATE L. MORGAN**

[PROLÓGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[EPÍLOGO](#)

## PROLÓGO

*Brooklyn, Nueva York*

Completamente desnuda, y de espaldas sobre la cama, sentía los empujes de él sobre ella. El cuerpo musculoso brillaba por el sudor del esfuerzo. Percibía que le costaba respirar, pero Linda se mantenía ausente. No participaba del acto sexual que para ella se había convertido en una pesada carga.

En un intento de hacerla partícipe, el hombre la besó larga y profundamente, pero ella seguía pensando en irse, tenía que marcharse, y valoró hacer un viaje a Texas. Entonces notó que él se tensaba, se corría dentro de ella, y rodó hacia un lado para apartarse.

Linda juntó las piernas, pero no se cubrió con la sábana. Seguía callada mirando hacia el techo.

—He disfrutado mucho —escuchó que decía—. Aunque hoy no hayas estado perfecta.

—Te dije que no tenía ganas —respondió con voz baja.

Lo escuchó suspirar, levantarse para ponerse los calzoncillos. Entonces Linda se giró, y se cubrió con la sábana.

—Esta noche he preparado algo especial, confío que sí te apetezca y que le pongas ganas.

Desde hacía varios meses, Linda no sentía deseo sexual sino un agobio que la asfixiaba. Sentía la necesidad de huir, de marcharse.

—No —respondió seca.

—¿Qué has dicho? —él, se quedó plantado frente a ella.

—No habrá una próxima vez, he decidido marcharme.

El hombre clavó la mirada en la figura de ella recostada en la cama, y no supo si hablaba en serio.

—Se acabará cuando yo lo decida —sentenció.

Ella había tomado una decisión.

—Visitaré a mi tía —le explicó—. Haré un viaje a Texas.

El hombre se tomó la información como una pausa en la vida sexual de ambos, y no como una ruptura definitiva.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —quiso saber.

—El que sea necesario.

Ella lo miró, y no sintió nada. Simplemente ya no le provocaba nada.

—¿Por qué pienso que me mientes? Lo de visitar a tu tía es una excusa. ¿verdad?

—No —contestó firme—. Pero mis sentimientos han cambiado —le explicó con gesto cansado.

—El sexo no tiene fecha de caducidad —le aclaró él.

—Para mí sí.

—¿Tratas de decirme que no ya no deseas esto como antes?

Ella no tuvo ni que pensarlo.

—Tengo que ser sincera contigo, conmigo, porque ya no siento por ti lo mismo que en el pasado.

Ella se lo había dicho semanas atrás, pero él había hecho caso omiso. Linda Sheridan era una

mujer única, especial, pero muy complicada. Acostada en la cama, y completamente, desnuda parecía que había perdido el rumbo.

—¿Necesitas tiempo? —le preguntó—. Creo que estás confundida.

Él, se había puesto ya los pantalones y la camisa.

—No necesito tiempo —respondió suave.

Ahora lo escuchó blasfemar.

—Sabes que siempre te he deseado.

Sí, él se lo había dicho en infinidad de veces durante todos los meses que habían estado juntos, pero ella ya no quería estar con él. Se había dado cuenta de que necesitaba irse, escapar de su control.

—Pero yo he cambiado, y ya no quiero seguir contigo.

No fue dura, no fue vengativa al decirlo, simplemente estaba constatando una verdad ineludible. Linda quería romper la relación con él, y no se iba a ir por las ramas.

El hombre tomó el resto de sus pertenencias que estaban sobre la mesilla, y se plantó frente a ella. Linda se sentó sobre la cama, y lo miró atenta.

—Te daré un tiempo para que lo pienses, y luego volverás aquí.

No le hacía falta que le diera tiempo porque ella había tomado una decisión. Ya no sentía placer cuando tenían sexo. Y esa falta de placer retroalimentaba su bajo o nulo deseo de corresponderle. Lo que sentía por Larry, estaba muerto.

—Cuando regrese a Nueva York —le dijo de pronto—, no te veré más porque no querré saber nada más sobre ti —su sinceridad aplastante no le gustó a él en absoluto.

—No voy a permitirlo —le advirtió—. Y recuerda que esta noche he preparado algo muy especial e inolvidable. Confío que no te retrases en el trabajo, te tendré preparado un cóctel de esos que te gustan tanto.

Linda desvió la mirada hacia los cristales de la habitación esperando que se marchara, y él lo hizo en silencio.

# CAPÍTULO 1

*Lake Tawakoni, Dallas, Texas*

Lo que veían sus ojos no se parecía en nada a Nueva York. La geografía de Texas era muy diferente. Con un variado y rico territorio, Texas tenía zonas escasamente pobladas en las que la naturaleza y las actividades agrícolas eran dominantes, pero también era una metrópolis internacional. Texas era la zona de transición entre las llanuras del Este y las montañas del Oeste. A Linda le sorprendió la vegetación similar a la de Luisiana, y sobre todo el clima.

Con un suspiro largo, admitió que se había equivocado de ruta. Aparcó el jeep a un lado de la estrecha carretera de montaña, aunque tuvo la precaución de encender los intermitentes. Tomó el mapa del asiento del acompañante y lo desplegó sobre el volante. Por las indicaciones de la carretera que seguía, debía de estar en algún punto medio entre las poblaciones de Emory y Wills Point. Ella iba en dirección a Grenville, y tenía que coger la carretera comarcal en antes de llegar a Royse City, pero estaba perdida, o eso al menos creía.

Miró el reloj de su muñeca. El sol estaba bajo, y oscurecería pronto. A Linda no le hacía nada de gracia estar perdida en un lugar desconocido. Buscó en el interior de su bolso el móvil pues tenía que llamar a su tía para que no se preocupara porque llevaba ya dos horas de retraso, había salido pronto de Buró, pero había encontrado mucho tráfico por la autovía. Cuando marcó el número se dio cuenta de que no había señal.

Se dijo que todo empeoraba.

Salió del coche con el móvil en la mano buscando un punto alto donde pudiera tener un mínimo de cobertura. Caminó unos pasos carretera arriba y llegó a una propiedad en ruinas que estaba frente a una arboleda. Curiosamente al móvil le llegó una señal débil de cobertura, pulsó el botón de llamada, y espero a que su tía respondiera.

—Hola, soy yo —al otro lado de la línea se escuchaba el tono de una mujer preocupada—. Creo que me he perdido.

Linda escuchó en silencio las preguntas que su tía Laura le formulaba al teléfono.

—Sí, he dejado la estatal atrás. Me he desviado en Emory. Sí, pero no he llegado. Estoy en la 276 —continuó escuchando las preguntas de su tía con total atención.

Los primeros días de octubre seguías siendo templados en Texas, como fuera del coche no hacía falta chaqueta, ni se había dado cuenta de que no la llevaba puesta.

—No, ya te he dicho que no estoy en la carretera estatal —siguió explicando de forma paciente—. He cogido una desviación con señalización a Quinlan, pero ahora estoy en una carretera secundaria muy cerca de un lago.

Linda hizo un giro de ciento ochenta grados para observar el entorno.

—Tengo poca cobertura al lado de esta casa antigua en ruinas... ¿Qué te la describa? Tiene un cartel... sí, espera.

Linda utilizó la manga del fino jersey para limpiar la placa oxidada y llena de telarañas. Había muchas ramas apiladas en el suelo.

—Creo que pone King Mountain o algo así —Linda se mantuvo en silencio mientras escuchaba

a su tía—. ¿Ya sabes dónde estoy? ¡Qué alegría! ¿Que tengo que volver por...?

Su tía Laura le estaba dando indicaciones de cómo volver de nuevo hacia la carretera estatal y seguir en dirección a Grenville.

—Vale, sí, entiendo.

Nuevamente guardó silencio escuchando las indicaciones.

—¿Qué me esperas en el motel del cruce? Si dices que estoy tan cerca creo que no tardaré más de treinta minutos. ¿Qué tú tardas un poco más? De acuerdo. Bien, nos vemos.

Linda pulsó el botón de fin de llamada y se dispuso a regresar al coche, pero antes de dar el primer paso, miró de nuevo el muro de la vieja casa. Le parecía atrayente. Ella ignoraba que estaba muy cerca de Lake Bridgeport: un lago muy bonito rodeado de montes y de senderos.

Como su tía tardaría en llegar al cruce que le había indicado porque no se encontraba en Grenville, decidió curiosear un poco por los alrededores. Le extrañó encontrarse en un lugar lleno de vegetación. Ella había viajado de niña a la ciudad de Dallas, pero nunca había visitado las montañas. Sus padres habían comprado una pequeña casa en Arlington, donde los veranos se le hacían eternos. En uno de esos veranos, su tía Laura, que había sido invitada por su madre, conoció a Peter Bradford, y se casó con él. Vivieron en la ciudad de Alvarado, pero tras la muerte del marido, Laura había decidido instalarse en la casa de soltero de su esposo en Grenville.

La verja de la entrada al rancho estaba rota, y algunas piedras del muro estaban en el suelo. Empujó con la mano para apartar el hierro, y cruzó hacia el interior. Los grandes árboles colocados en avenida le llamaron la atención porque en verano y bajo sus hojas, se debía de estar fresco. El camino de entrada era de piedras irregulares, pero estaban prácticamente destrozados en su totalidad. Siguió caminando llena de curiosidad, y, cuando llegó a la enorme casa de madera, la observó con cautela. La ruina en la que se encontraba no desmerecía lo bonita que debía de haber sido en el pasado. Las ventanas estaban rotas aunque seguía teniendo la puerta de entrada, sin embargo, la broza y la naturaleza casi se habían adueñado de la construcción.

Caminó unos pasos más hasta pararse en una de las ventanas, oteó el interior oscuro y completamente en ruinas.

—Una lástima...

Se giró para volver porque el sol se había ocultado provocándole un escalofrío.

\*\*\*

Siempre le había gustado la casa de su tía. En su interior había pasado momentos inolvidables. Había llegado al fin, y estaba muy contenta. La taza con la infusión le calentaba las manos a pesar de que no sentía frío. Su tía tenía la chimenea encendida, lo que le provocaba una cierta incomodidad.

—Ni te imaginas lo contenta que estoy de que estés aquí conmigo —dijo la tía con una gran sonrisa.

Linda terminó por sacarse el jersey y se quedó con la fina camiseta de tirantes.

—Hace mucho calor —dijo al mismo tiempo que dejaba la taza sobre la mesita auxiliar.

—Pronto te aclimatarás a este clima suave.

Ella, que era una chica de Nueva York, no lo tenía muy claro.

—No recuerdo un otoño tan cálido —se lamentó Linda pensando en la temperatura—, es tan diferente a Brooklyn.

—¿Todo bien allí? —preguntó Laura.

Brooklyn seguía exactamente igual que cuando su tía lo dejó tres décadas atrás.

—Sí —contestó la sobrina—, y ¿sabes?, he pensado alquilar mi apartamento el tiempo que pase aquí contigo.

La tía bajó la cabeza en un gesto triste. Estaba en tratamiento por cáncer, y por ese motivo su sobrina había decidido quedarse con ella. El médico le había arrebatado la última de sus esperanzas porque las últimas pruebas habían confirmado que no tenía cura.

—No creo que tengas que quedarte mucho tiempo —susurró Laura sin levantar la vista.

Linda miró a su tía, y no la reconoció. La mujer decidida y alegre que abandonó un día Nueva York para comerse el mundo, había mutado en una mujer vencida por una enfermedad terrible, pero de repente, su tía sonrió de oreja a oreja mostrándole lo equivocado de sus palabras.

—¿Sabes quién es el mejor ajedrecista de la historia?

A Linda se le iluminaron los ojos. Su tía poseía un sentido del humor innato. De niña se había reído mucho con sus chistes.

—No.

—Moisés, porque logró hacerle tablas a Dios...

Linda sonrió. El chiste no había tenido gracia, pero el rostro de su tía se había transformado por completo.

—Debería decirte algo sobre la fe, pero no sé si me escucharías —matizó Linda.

Laura soltó una carcajada.

—Deduces bien porque me estoy muriendo de la misma enfermedad que se llevó a tu madre y a la mía —contestó la tía—. Mi fe hace mucho que dejó de consolarme, pero contar chistes me alegra el día.

—¿Cuándo puedo hablar con tu médico? —preguntó la sobrina mirándola fijamente y cambiando de tema.

La tía lanzó un suspiro largo, profundo, y obvió responderle.

—¿Qué ha sucedido con el hombre con el que mantenías una relación? —le dijo Laura sin dar un rodeo—. Porque no me has dicho una sola palabra sobre él.

Linda no quería responder a su tía, pero no podía mostrar lo que le desagradaba hablar sobre su fallida relación sentimental.

—Sigue tan atareado como siempre —claramente se había ido por las ramas.

—Sigo insistiendo en que no es el hombre para ti. Es demasiado dominante, posesivo...

—No insistas, tía, no tengo intención de hablar sobre él.

A Linda se le encogió el estómago porque su tía llevaba insistiendo para que terminara su relación con él, y no quería decirle todavía que lo había hecho, pretendía evitar que se sintiera culpable de que ella estuviera en Dallas.

—Nunca me gustó su forma de ser contigo, es como si te anulara.

La tía seguía insistiendo. En las dos ocasiones que había visto al hombre, se había percatado del control que ejercía sobre su única sobrina.

—Nadie me anula, tía —contestó la sobrina muy seria—, soy dueña de mi destino.

Laura la miró con cierta dureza en sus ojos castaños.

—¿Por qué siento que no me dices la verdad?

—Es que no deseo que te preocupes.

La tía apretó los labios.

—Sabes que te quiero... —la tía calló durante un momento para que sus palabras calaran—. Sé, lo duro que puede resultar todo allí tan lejos, en Nueva York.



Linda se preguntó por qué motivo a su tía le costaba tanto aceptar su decisión de no hablar sobre su relación sentimental.

—Normalmente las relaciones personales suelen ser difíciles sin importar la ciudad donde uno trabaje.

Linda quería ser la mejor arquitecta, y por eso trabajaba para una de las compañías más importantes del país.

—Eres lo único que me queda.

La sobrina miró a la tía con los ojos entrecerrados.

—Nos tenemos la una a la otra —contestó sincera.

—¿Por cuánto tiempo, Linda?

La sobrina se mordió ligeramente el labio inferior al escucharla.

—¿Sigue en pie la iglesia de Ables Spring?

Linda no quería seguir hablando sobre la enfermedad de su tía. Laura aceptó la decisión de su sobrina de cambiar de tema.

—Hace mucho tiempo que no voy, esta maldita enfermedad se lleva todo mi tiempo y energía.

Los ojos de la sobrina se entrecerraron para que su tía no viera tristeza en ellos, pero tenía sus motivos ya que su madre había pasado por un calvario de dolor extremo que no había servido de nada, salvo para hacer sufrir a su única hija, y también a su hermana.

—No tienes que sentirte culpable por no ir.

—Te agradezco que hayas venido a pasar un tiempo conmigo —dijo finalmente en un intento de aliviar la tensión que observaba en su sobrina.

Los ojos de Linda la escudriñaron. Quería a su tía tanto como había querido a su madre. La veía padecer, y sufría con ella. Por ese motivo se había vuelto solitaria. Introversa, también desconfiada. Sabía lo duro que resultaba para las personas que amaban las muertes de sus seres queridos, y ella no pensaba hacer pasar por eso a nadie.

—Quería estar a tu lado —contestó seria—. Y ha sido una suerte que el estudio de arquitectura para el que trabajo me permita hacerlo desde aquí.

Linda trabajaba para una empresa de arquitectos en Nueva York que diseñaban y construían monstruosos rascacielos que eran destinados a oficinas. Cuando la sobrina supo la gravedad de la enfermedad de su tía, decidió hablar con sus jefes, incluso estaba dispuesta a renunciar al trabajo, pero la empresa había decidido que siguiera trabajando desde Dallas en la medida que las circunstancias se lo permitieran. Habían entendido la grave enfermedad que padecía el único familiar de ella, y como Linda era una de las mejores arquitectas de Nueva York, no habían querido prescindir de sus servicios ni a corto ni a largo plazo.

—Soy tan feliz de que estés aquí.

La mujer le sonreía con verdadero afecto.

—Simplemente tengo que estar —respondió seria.

La tía entrecerró los ojos porque había esperado de ella otra respuesta muy diferente.

—Ven —le dijo la tía—, te mostraré tu habitación y podrás cambiarte antes de la cena, ya la tengo casi lista.

—Si te soy sincera —dijo la sobrina—, apenas tengo hambre.

—Yo tampoco —respondió la mujer—, pero he disfrutado mucho preparando la cena para ti.

—Gracias, tía.

Linda se levantó del sillón y siguió a la mujer con ojos apesadumbrados.

—Tu habitación la he mantenido igual que siempre —le informó la tía sin dejar de sonreír.

—Será bonito evocar todas aquellas tardes contigo.

La tía se giró un poco hacia ella.

—Como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero el tiempo sí pasaba, y dejaba a su paso grandes cicatrices en el alma. Sonó el teléfono de la casa, Linda descolgó, pero tras la línea no se escuchó nada.

## CAPÍTULO 2

En mitad de la noche un grito la despertó. Escuchó un golpe, un leve gemido, y, a continuación, sollozos. Se levantó de la cama y corrió hacia la habitación de su tía. La encontró tirada en el suelo tratando de vomitar. La sujetó con cariño, y le apartó el cabello del rostro.

La media melena se le adhería a las mejillas sudorosas.

—Quería llegar al baño —le explicó la mujer.

—Déjame que te ayude.

Linda tenía experiencia pues durante meses tuvo que ayudar a su madre cuando recibía el tratamiento de quimio y de radio.

Laura tenía una pequeña palangana bajo la cama y que sacó muy rápido para vomitar dentro. La sobrina la sujetó con cariño.

—Recibí la sesión esta mañana, pero no pensé que me sentaría tan mal.

Mientras la sujetaba, Linda recordó el calvario que sufrió su madre. Cuando le dieron la noticia de lo que le pasaba, los médicos no sabían muy bien como iba a reaccionar la paciente y la hija. No se lo habían descubierto por casualidad pues había antecedentes familiares, pero escuchar que su madre tenía un tumor maligno retumbó en el interior de su cabeza durante mucho tiempo. El mundo se paró, y de repente se encontró perdida. La vida de ambas había dado un vuelco rotundo, no solo por el tratamiento tan severo por el que tendría que pasar su madre, sino por todo lo que traía consigo esa enfermedad.

Para sorpresa de todos, su madre se lo tomó mucho mejor que ella.

Los días después de recibir el diagnóstico, Linda se sentía muy reacia a aceptar lo que pasaba, creyó que si no le daba vueltas al asunto sería como si no existiera, como si no fuera real, pero no sucedió así... pocos días después de recibir la terrible noticia comenzaron con las pruebas del preoperatorio.

Su madre mostró una entereza y serenidad que dejó asombrado al equipo médico. Cuando le preguntaban por su estado emocional, respondía que estaba preparada, y en cambio ella deseaba gritar y llorar de la impotencia. Tenía un miedo enorme a perderla, y no se resignaba.

—Quiero ser valiente, pero me siento tan débil —dijo de pronto la tía que había dejado de vomitar.

Trató de levantarla, pero ella se lo impidió.

—Voy a recostarte —le dijo Linda.

—Necesito un tiempo.

Al escucharla tan débil, los ojos se le llenaron de lágrimas. La abrazó más fuerte y pegó su boca a la coronilla de Laura para besarla. Cogió un pañuelo de papel de la mesilla y le limpió la boca con mucho cariño.

—Eres la persona más valiente que conozco —trataba de animarla.

—La segunda —contestó la tía vacilante—, la primera fue mi querida hermana.

Linda decidió sincerarse con su tía.

—¿Sabes? El momento de su operación fue el peor de mi vida —confesó la sobrina en voz muy baja—. Estaba aterrada, pensaba que terminaría todo, que mi madre había llegado hasta ese día y

que todo quedaba ahí. Que su ángel de la guarda la había protegido hasta ese momento y nada más. Ella me tranquilizaba diciéndome que todo saldría bien, y que al día siguiente empezaría de nuevo, que sería el primer día de una vida completamente diferente.

—Salió bien de la operación —le recordó la tía algo más recuperada.

—Fue el comienzo de nuestra bajada a los infiernos —expresó Linda de forma amarga.

—Yo voy a seguir luchando —afirmó la tía.

Linda apretó los labios porque las células cancerosas procedentes del tumor primario de su tía habían migrado a través de la sangre y se habían asentado en los pulmones, exactamente igual que su madre.

—Perdóname por lo que te dije antes —se disculpó la sobrina.

Laura quiso ofrecerle una caricia, pero estaba agotada.

—Entiendo tu postura y la respetó —le informó con una sonrisa—. Tengo que comprarme una peluca.

Linda la acompañó en la sonrisa. Si su tía quería cambiar de conversación, ella no iba a impedirlo.

—Es curioso —comenzó ella—, mi madre aceptó su diagnóstico mucho mejor que la pérdida de su cabello.

—Tenía una cabellera hermosa —le recordó la tía—, tan pelirroja como la tuya.

—Los médicos le dijeron que igual no se le caía, pero la realidad fue muy distinta, aunque las pestañas se le quedaron tal cual. Imagínate, no le quedó un solo pelo en el cuerpo, pero, ¡no perdió las pestañas!

—Me importan poco las pestañas —admitió la mujer que hizo el amago de levantarse—. ¿Recuerdas cuando encontramos a tu madre con los ojos cerrados frente al ordenador?

La sobrina continuó recordando aquellos días del pasado. Estaban de vacaciones en Texas, y ella le había comprado un ordenador para que escribiera sus poesías.

—Claro que lo recuerdo.

—La muy pilla, para no admitir que se había quedado dormida, nos dijo que Windows le había dicho que cerrara las pestañas, y eso hacía.

Tía y sobrina soltaron sendas carcajadas.

—Cuando le pasé la maquinilla por la cabeza y le rapé el poco cabello que le quedaba, mi madre sonrió, y dijo que se veía moderna y atrevida.

Linda contuvo las lágrimas a duras penas.

—Tu madre era única —dijo la tía emocionada—, y he decidido que, si finalmente me quedo sin pelo, quiero una peluca para salir a la calle y que la gente no se quede mirándome —afirmó la tía que ya daba pasos cortos hacia el baño—, deseo que me vean igual de guapa que siempre.

A Linda le parecía admirable que su tía tratara de continuar con su vida como si no ocurriera nada, como si la metástasis no estuviera cebándose con ella.

—Cuando te recuperes, iremos a comprarte una peluca —le prometió la sobrina con una sonrisa de oreja a oreja—. La más bonita de todas.

Cuando la tía se quedó de dormida, Linda se metió de nuevo en la cama, pero se le había pasado el sueño, así que tomó su diario, y comenzó a escribir, pero a los dos renglones lo dejó. Con mucha aprensión, pasó hojas hacia atrás, hasta que llegó a la página que había marcado un antes y un después en su relación con el millonario y exitoso empresario, Larry Gray:

*Hoy me había vestido para una cena con su mejor amigo y su esposa. Había escogido un vestido azul porque me sentaba bien. Y de repente, él, estaba ahí, de pie, apoyado en el marco*

*de la puerta, y mirándome de una forma enigmática. Le sonreí porque pensé que me veía hermosa, y por eso, cuando me dijo que me quitara las bragas, me sorprendió. Le dije que no teníamos tiempo de hacer el amor porque llegaríamos tarde, y entonces me reveló su intención: quería que fuese a cenar sin la ropa interior. Al principio me mostré reacia, y me fijé en mi vestido. Era lo suficientemente largo para no sufrir ningún tipo de problema, como una ráfaga de aire inesperada. Pero la actitud de él tenía que haberme prevenido, porque una vez que estuvimos sentados en el restaurante más caro y elitista de Manhattan, y con los platos de comida frente a nosotros, Larry puso su mano sobre mi pierna, y fue subiendo poco a poco la tela de mi vestido azul. En modo alguno pude esperar que me tocara ahí a la vista de todos. Apenas pude contener un gemido de sorpresa e intenté cerrar las piernas, pero él me lo impidió. Menos mal que el largo mantel cubría sus intenciones. Primero me acarició con un dedo, después con dos, pero una vez superado el momento de pánico, abrí poco a poco las piernas para que tuviera un mejor acceso a mi interior. Escuchaba hablar a su amigo, podía oír el tintineo de las copas, y, entonces, metió otro dedo y frotó con más energía. No sé si era por el momento pecaminoso, o por si nos descubrían, pero logró excitarme hasta un punto como no lo había estado en mi vida.*

*Cada vez que me llevaba el tenedor a la boca, él frotaba más profundo, y yo era incapaz de controlar el bocado, por eso el metal chocaba entre mis dientes. Cuando el tercer dedo se introdujo en mi interior, los pezones se me pusieron de punta, me hormigueaban, y el deseo comenzó su recorrido hasta estremecerme por completo. En mi vida he tenido que contener los ruiditos de place, porque me moría por gritar. El orgasmo fue tan intenso que tuve que morderme el labio para no caer vencida sobre la silla.*

*Tras unos segundos, y mientras recuperaba la normalidad de mi pulso, Larry se llevó los dedos a la boca, y los chupó con deleite, como si los hubiera mojado en miel templada...*

\*\*\*

A la mañana siguiente, Linda le llevó el desayuno a la cama. Su tía estaba hecha un ovillo, y dentro de la habitación se podía oler la enfermedad. Dejó la bandeja sobre los pies y corrió las cortinas.

Fuera hacia un sol espléndido.

—Buenos días —la saludó.

Por respuesta se escuchó un gemido.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media —contestó—, hora de levantarse.

En la bandeja del desayuno había dos porciones de pan tostado con jamón asado, un huevo pasado por agua, fruta fresca troceada, y un yogurt natural.

—Tómame primero esto —la sobrina le ofreció un vaso con agua templada y zumo del limón—. Te aliviará el mal sabor de boca.

Linda sabía que los compuestos químicos de los medicamentos de la quimioterapia entraban en el torrente sanguíneo y de ahí pasaban a la saliva. La saliva transportaba los compuestos químicos a las células receptoras del gusto, y estas enviaban señales al cerebro con los sabores metálico o amargo que tanto le había descrito su madre.

—No tengo nada de hambre —admitió la tía.

—Come lo que puedas —la animó—, pero tienes que alimentarte.

Linda se sentó en la cama, y le colocó la bandeja en el regazo.

—No quiero comer —el rostro de la tía se desfiguró.

La sobrina suspiró suavemente.

—Sé, cómo te sientes —le dijo en voz baja—. Te duele, y estás agotada, pero tienes que alimentarte para estar fuerte.

Laura tomó una tostada y le dio un pequeño mordisco.

—Es posible que lo vomite.

—Pues volverás a comer.

Los ojos castaños la miraron con infinito cariño.

—Eres la hija que siempre deseé —confesó la tía emocionada.

—Voy a prepararte un té con leche.

Linda salió rápido de la habitación porque temía romperse allí mismo. Cuando llegó a la cocina se apoyó en la mesa y cedió al llanto. Volvía a pasar por lo mismo. Iba a contemplar impotente cómo la vida de su tía se apagaba lenta y dolorosamente. Se había prometido hacerle ese trance lo más llevadero posible, pero resultaba muy duro. Lloró de impotencia, de rabia. De dolor y de ira. Se limpió las lágrimas de forma brusca y puso la leche a calentar. Cuando le llevó el té a su tía, había logrado recuperarse lo suficiente para que no se le notara que había estado llorando.

—Eres una campeona —la felicitó pues Laura se lo había comido todo menos el huevo.

—No quiero nada más —protestó al ver que le tendía la taza.

—Está caliente y te templará el cuerpo —la tía respiró profundamente y tomó la taza que le tendía—. En una hora daremos un paseo.

Laura la miró con horror. Le dolía todo. Tenía angustia e incluso fiebre, y su sobrina hablaba de caminar.

—No sé si podré —admitió cabizbaja recostándose sobre los cojines.

—Hoy un poco —le dijo la sobrina—, mañana un poco más, e iremos aumentando día a día.

—Creo que vas a ser conmigo más dura que el bicho.

Esas palabras le hicieron entrecerrar los ojos. Nada podía compararse a esa monstruosa enfermedad.

—No quieres rendirte, y yo me he prometido ayudarte a lograrlo.

La mirada en el rostro de su tía era demasiado elocuente. Linda pudo ver que a pesar de su resolución de luchar, estaba muerta de miedo.

—Gracias, Linda, gracias por todo.

## CAPÍTULO 3

Unos días después, y mientras su tía descansaba, Linda se animó a coger el jeep y volver a pasear por ese lugar tan bonito donde había encontrado el rancho en ruinas. Su alma de restauradora quería contemplarlo una vez más. Aparcó el jeep en un lugar que en el pasado debía de haber sido un ensanchamiento de la calzada.

«Aquí estás preciosidad».

Descendió del vehículo, y se quedó plantada frente a la oxidada verja.

«Me arriesgo a que me detengan por meterme en propiedad privada, pero tengo que verte mejor».

Empujó la puerta de la verja que chirrió con un sonido horrible. Linda se giró asustada, como si creyera que alguien la observaba. Sonrió sintiéndose tonta y empujó más fuerte. Fuera no había nadie. No había casas por los alrededores. Solo estaba el campo, la ruinoso casa y ella. Varios pájaros revolotearon asustados al escuchar sus pasos, y ella entrecerró los ojos. Como una parte del muro oeste se había caído pudo acceder al interior sin problemas. Llevó mucho cuidado porque sabía que una casa en ruinas no era nada segura. Observó el techo para decidir por qué zona avanzar. En su inspección comprobó que casi todas las estancias se mantenían en pie salvo una, que era por la que ella había entrado.

Era realmente acongojante contemplar su aspecto abandonado. Le dejaba una cierta sensación de desasosiego a medida que avanzaba por el interior porque la casa le recordaba a ella. Linda era una mujer atractiva, inteligente, pero había escogido al hombre equivocado. Y como unos ocupas destrozan una propiedad, Larry la había destrozado a ella porque fue laminando poco a poco la seguridad que sentía. Apartó uno a uno a los amigos que conservaba, y la fue aislando de todo. Ahora podía comprender que fue su mejor baza para dominarla y crearle dependencia emocional. De hacer con ella lo que quisiera, y lo logró. Linda era ahora una sombra del pasado. Pero había escapado. La enfermedad de su tía le había dado la oportunidad de lograrlo.

Entró en lo que debía de haber sido un enorme y bonito salón. Los huecos dejaban entrever la maleza que había ido ganando terreno por toda la parte trasera. Todas las ventanas que no daban a la zona delantera están abordadas por grandes matorrales y maleza de todo tipo. Como la casa estaba situada en un lugar al que nadie había accedido desde hacía muchos años, la vegetación se había adueñado de todo. Pasó a otra estancia y vio los restos de lo que fue una bonita chimenea. Todo estaba cubierto de escombros, especialmente cascotes de piedra y trozos de madera que debían corresponder a algunas vigas superiores que se habían derrumbado. Miró asombrada algunos escombros quemados, e imaginó que algún ocupa se habría instalado en la casa durante un tiempo, incluso era posible que gamberros le hubieran pegado fuego como diversión. Era un milagro que toda la casa no hubiera sucumbido a las llamas.

Linda recorrió todas las estancias que pudo, pero con cuidado. Era consciente de los peligros que entrañaba una vivienda en ruinas.

A pesar de la luz, la sensación de sentirse de alguna forma observada, se le hizo muy patente. Sabía que estaba sola en la casa, pero cuando una ráfaga de brisa fría la golpeó por la espalda, la piel se le erizó y se giró sorprendida. No era la primera vez que le sucedía algo así cuando

contemplaba algo tan hermoso y a la vez tan derruido. Era como si la casa le hablara.

«De modo que quieres que te preste atención», se dijo mentalmente.

Cuando Linda diseñaba una vivienda, siempre hablaba con ella. Era su forma de tratar de comprender su misma esencia y complejidad. Era detallista y muy perfeccionista porque para ella el diseño no era un oficio o una profesión, era una pasión que la había llevado incluso a despertarse en medio de la noche para volver a repasar algún trabajo pendiente, asegurándose de que quedara impecable.

Su incursión en el mundo de la arquitectura comenzó casi como un juego. Ocurrió cuando su madre la llevó a ver museos y galerías siendo una niña pequeña. Tanto le gustaban ese tipo de actividades y excursiones, que su madre optó por inscribirla en un taller de dibujo. Fueron unos años muy bonitos y que recordaba con mucho cariño. Cuando de adulta terminó la carrera, descubrió que lo que verdaderamente le apasionaba era restaurar viviendas antiguas.

«Me gustas mucho», le dijo a la casa mientras la seguía observando. «Podría dejarte perfecta si tuviera la oportunidad». De repente, Linda se preguntó a quién pertenecería la vivienda, y si alguna vez su dueño habría pensado en restaurarla. Pensaba preguntarle a su tía sobre el asunto.

Una vez sentada de nuevo en el jeep se dijo que aunque la visita había sido alucinante y las sensaciones muy placenteras, tenía que regresar con su tía pues llevaba fuera más de dos horas.

Muy animada emprendió la vuelta.

\*\*\*

Laura se encontraba pálida y con fiebre. Linda lamentaba haberla dejado sola tanto tiempo, pero su pasión por lo antiguo y roto la metía en un universo personal donde no existía el tiempo ni las prisas.

—No me di cuenta de lo tarde que era —se disculpó.

Linda tomó el calmante para dárselo, pero su tía le hizo un gesto negativo.

—Ya me lo he tomado.

—¿Y no te ha hecho efecto? —quiso saber.

—Tengo el estómago revuelto y mucha fatiga.

Linda pensó que eran los síntomas lógicos tras recibir la sesión de quimio. Le tocó la frente para comprobar si tenía fiebre, y advirtió que podía tener unas décimas, aunque por el brillo de sus ojos dedujo que sería más. Linda ignoraba que su tía se había pasado un par de horas llorando.

—Voy a calentarte un poco de caldo.

—Todavía no —cortó la tía mirándola—. Siéntate a mi lado y cuéntame dónde has estado —le pidió con un hilo de voz—. Mientras te escucho me olvidaré las molestias.

Linda así lo hizo.

—Voy a enchufar la estufa.

Se sorprendió al notarla o enchufada. Laura supo lo que pensaba su sobrina.

—Desde la primera sesión de quimio tengo siempre frío.

La sobrina suspiró y apartó la tela que cubría la mesa.

—He visitado el rancho en ruinas.

—¿Rancho en ruinas? —preguntó la tía.

—Aquel que te indiqué cuando me perdí... —Laura entrecerró los ojos porque no recordaba—. El rancho King Mountain creo que se llama porque la placa está muy oxidada y el nombre no se ve bien.



Los ojos de la tía se entrecerraron recordando.

—Según cuentan era uno de los mejores ranchos de la comarca —le dijo la tía pensativa—. Pero de eso hace mucho tiempo.

—Está en un entorno muy bonito —afirmó Linda pensativa—. ¿Sabes a quién pertenece?

—Sinceramente lo ignoro —dijo la tía—. El último dueño conocido no tenía hijos, pero no sé si tenía familia que pudiera heredar. El hombre murió hace más de cuarenta años.

Ahora Linda entendía.

—La estructura de la casa parece estar bien —comentó en voz baja.

—No tienes remedio, Linda —soltó Laura que trató de reír y solo le salió un gesto de dolor.

—¿Te encuentras bien? —se asustó al verla.

—Son estos pinchazos que me dan cuando menos lo espero —dijo respirando suavemente.

El alivio en los ojos de Linda enterneció el corazón de la tía.

—Estás pensando que te gustaría verme restaurada como haces con esas casas que diseñas, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó con interés.

—Porque eres un libro abierto —contestó Laura—. Ves algo antiguo y pasado de moda, y sientes la urgente necesidad de restaurarlo.

—No puedo evitarlo —contestó la sobrina—. Me piden ayuda.

Laura alzó las cejas en un interrogante.

—Interesante.

Linda sonrió porque sus palabras sonaban incoherentes.

—Es una sensación extraña —se animó a decir—. Hoy, por ejemplo, he sentido que la casa me hablaba, que se comunicaba conmigo.

—¿Te hablaba? ¿Cómo puede hacerlo una casa en ruinas? —quiso saber la tía.

Para Linda estaba claro que su tía respetaba sus opiniones que la hacían parecer un poco loca, y supo lo que pasaba por la cabeza de ella en ese preciso momento.

—Todavía lo recuerdas —afirmó cerrando los ojos un tanto avergonzada.

—Tu madre me contaba que con cada trabajo te despertabas a las tres de la mañana obsesionada con el pensamiento de que habías arruinado el proyecto.

Linda hizo un gesto impotente con los hombros.

—Los primeros años fueron horribles porque me torturaba la posibilidad de equivocarme al diseñar la estructura —contestó sincera—. Que un edificio se mantenga en pie supone mucha responsabilidad.

—Dudabas porque te faltaba experiencia y seguridad —le dijo la tía que trató de sonreír aunque le salió una mueca.

Linda había sido una muchacha insegura, pero el paso del tiempo la había dotado de la serenidad que mostraba en el presente.

—Todavía siento un poco de temor cuando me enfrento a un nuevo diseño.

Los ojos de Laura brillaron cálidos.

—Hay casas que no se pueden restaurar —afirmó la tía muy seria—, y eso es parte de la vida —calló un momento—. Como cuando el médico te dice que tienes las horas contadas, y entonces decides contar despacio.

El rostro de Linda se ensombreció porque su tía hablaba de personas y no de casas abandonadas. Y en parte le molestaba esa actitud por parte de ella. Cualquier conversación entre ambas tenía un doble significado.

—¿Qué te apetece esta noche para cenar?

Laura supo por qué su sobrina había cambiado de tema, y lo respetó.

—Algo ligero, porque últimamente no tengo el estómago muy bien.

—Podríamos improvisar algo —apuntó Linda con humor.

La tía se quedó pensativa durante unos segundos. Que su sobrina mencionara la palabra improvisación, era en verdad sorprendente, pues todo en ella era planificación, orden, y conciencia, al preparar o elaborar cualquier cosa. En ese momento sonó el teléfono de la casa. Linda se apresuró a responder, pero nuevamente tras la línea, solo se escuchaba una respiración.

—¿Quién es? —preguntó la tía.

—Creo que se han equivocado —contestó la sobrina.

Cuando Linda regresó donde estaba su tía, Laura vio la preocupación en sus bonitos ojos.

—Es curioso, quién sea, ya se ha equivocado cuatro veces desde que estás aquí.

Estaba claro que a Laura no se le escapaba nada.

—He pensado en preparar algo de pasta, improvisaré.

—Tengo una botella de vino guardada para un evento especial.

Linda terminó por sonreír.

—¿Preparar algo diferente para la cena equivale a un evento especial?

Laura soltó un suspiro largo.

—Cualquier diferencia introducida en un acto cotidiano se vuelve especial.

Linda no pudo contenerse.

—Abriremos esa botella especial de vino —aceptó resignada porque jamás podría ganarle a su tía una batalla verbal.

—Aunque la cena consista en una tostada con queso —la provocó la tía.

Era su forma de decirle que no deseaba comer mucho.

—Ni hablar —respondió la sobrina—. Cenarás todo lo necesario para que estés fuerte, y no admitiré ninguna queja al respecto.

Laura la observó seria.

—Desde luego que estás obsesionada con la comida.

La sobrina se giró, y la miró con una sonrisa.

—No sé a qué te refieres croquetamente...

Y su repuesta logró lo que buscaba, que su tía sonriera todavía más.

*Hoy hemos discutido, pero he sido yo la que se ha alterado. No suelo decir que no a lo que me propone porque suelo ser intuitiva, y me gusta el sexo bueno. Pero, hay ocasiones en las que me desagrada lo que me sugiere. Y he descubierto que no me gusta que otra persona se ponga mi prendas de vestir, sobre todo las íntimas.*

*Hoy, Larry le ha pedido a la mujer que limpia la casa, que se ponga mi mejor vestido. Y la he visto ponerse mis bragas de encaje, mi sujetador de seda, y el precioso vestido verde. Me he enfadado, pero entonces Larry me ha besado con pasión delante de ella que nos miraba sin perderse detalle. Y entonces él me ha explicado que quería hacerme el amor con una persona mirando. Al principio me opuse, pero no sé qué me sucede con él que me deja sin fuerzas, domina mi voluntad, y cuando sus dedos encontraron el punto entre mis piernas que me da tanto goce, no he podido resistirme. Me daba vergüenza que una mujer mirase lo que me estaba haciendo, pero Larry no me dejaba pensar. Entre beso y beso, caricia y caricia, he terminado desnuda bajo él que me ha penetrado sin delicadeza. Me ha molestado al principio, pero ya*

*estaba demasiado excitada. He mirado hacia la mujer que no se perdía detalle de lo que hacíamos, y, bajo mi mirada, comenzó a masturbarse delante de nosotros. He cerrado los ojos, he girado la cabeza, y, por primera vez, he deseado que Larry terminara cuanto antes.*

## CAPÍTULO 4

Laura se dijo que el tiempo solía pasar muy despacio cuando se cuidaba a un enfermo. El silencio se percibía como una pesada losa que aplastaba el ánimo y también la resolución del más optimista. Linda pensó en lo injusta que se mostraba la vida con algunas personas que no merecían marcharse tan pronto. Su tía no era joven, pero todavía podía ofrecer muchas cosas a la humanidad.

«La vida es injusta y el destino caprichoso», se dijo mientras seguía removiendo como un autómatas los ingredientes para el caldo de gallina. «Que el pasado se vuelva a repetir, ¿quién lo desea? Daría lo que fuera porque el pasado no se repitiera con tanto ensañamiento. Pero nadie puede comprender lo que siento si no han pasado por una situación límite y traumática como una enfermedad tan letal... que no se repitiera el pasado sería la mejor de las noticias».

Linda seguía de pie hablándose así misma frente a los fogones.

—Hoy me encuentro un poco mejor.

Se giró al escuchar la voz de su tía que estaba apoyada en el marco de la puerta. Linda apagó el fuego y apartó la olla.

—Estaba terminando de preparar un caldo.

—Nunca en mi vida he comido tanto...

La sobrina miró a la tía con atención al escuchar sus palabras. Toda ella era piel sobre los huesos, si no la obligara a comer se consumiría por completo.

—Hay que alimentarse para estar fuerte —dijo suave—, para sobrevivir.

—¿Qué es la vida? —la pregunta de Laura era retórica.

Tomó asiento junto a la mesa, y apoyó las manos sobre la madera. Linda comenzó a preparar un té para ambas.

—La vida es aquello que nos va sucediendo día a día —contestó después de unos segundos.

Colocó una taza frente a su tía mientras ella sujetaba otra al mismo tiempo que tomaba asiento a su lado.

—Nunca valoramos lo que tenemos —siguió la tía como si hablara consigo misma pero con un tono de voz crítico.

La sobrina tomó un pequeño sorbo de líquido, y después respiró profundamente.

—Eso es debido a que estamos muy pendientes del futuro y por eso dejamos de lado el momento presente.

—A veces me pregunto el motivo para que cuando estamos enfermos nos agobiamos por tener tantos pensamientos negativos.

Linda aceptó que su tía necesitaba hablar de cosas transcendentales. Durante esos días lo habían hecho a menudo.

—Solo cuando se padece una enfermedad nos enfrentamos realmente al significado de nuestra existencia.

—Nuestra existencia es tan difícil —Laura lo dijo suspirando, lo que aumentó el dramatismo de sus palabras.

—La existencia equivale a experiencia —le dijo la sobrina—, y por eso deberíamos centrarnos

en sentir la vida y aprender de todo lo que nos enseña.

—Ahora que la muerte está presto a darme su beso de enamorado, me doy cuenta de que no quiero que me bese.

Linda pensó mientras bebía, que su tía se había levantado esa mañana muy reflexiva y también pesimista.

—¿Quién querría un enamorado así? —bromeó la sobrina.

Laura entrecerró los ojos y soltó un suspiro largo y profundo.

—Todas queremos un enamorado aunque nos cueste la vida. El amor es el motor que mueve el mundo, que activa la vitalidad y la esperanza en las personas.

Su tía hablaba con doble intención, y Linda no podía estar más en desacuerdo.

—Pero es un hecho que el amor también nos vuelve vulnerables.

Laura se preguntó el motivo para que su sobrina fuera tan cínica siendo tan joven.

—¿Qué te ha sucedido? —le preguntó la tía—. ¿Qué te ha hecho ese desgraciado?

—¿Quieres que te hable de él? —contestó la sobrina con otra pregunta.

La tía se quedó pensativa.

—Siempre he sabido que no era un buen hombre para ti —indudablemente se refería a Larry.

—Hemos terminado —dijo de forma brusca.

Laura parpadeó confundida.

—¿Cuándo? —quiso saber.

Linda había cometido muchos errores. Se calló los motivos de la ruptura, aunque le dijo que la decisión para abandonarlo la había tomado tras recibir su carta.

—Lo nuestro dejó de funcionar —declaró de forma sencilla.

La tía se quedó durante un rato largo mirándola.

—Nunca me ha gustado ese individuo, y te lo he dicho muchas veces —Linda lo sabía.

—Creí que funcionaría, pero me equivoqué.

—Como no tenías un padre, te buscaste uno —le dijo la tía con tono serio.

Linda no iba a enfadarse con ella a pesar de lo injusto de su comentario.

—No digas eso, por favor.

—Es tan viejo que podría ser tu padre —insistió la tía.

Larry era un hombre de sesenta años que se conservaba muy bien. Pero lo más atrayente de su personalidad, era la capacidad de hacerla sentir especial y única. Era un hombre muy rico que deslumbraba con lujos, con sus ademanes de gentleman, y su capacidad de escuchar, pero todo era una fachada, ahora lo sabía.

—El amor no debería de tener edad —respondió la sobrina.

La tía se quedó un momento en silencio observándola.

—No puedo decir que lamento vuestra ruptura... ¿es definitiva?

—Sí. Cuando tomo una decisión, no hay vuelta atrás.

—¿Y te encuentras bien? —se interesó la mujer.

Sí, inexplicablemente, sí.

—Imagino que tras la muerte de mi madre, busqué un apoyo —respondió en un susurro.

—Buscaste un padre, y creíste que lo encontrabas en Larry.

Linda pensaba de forma muy diferente, y así se lo expuso.

—No es cierto, y me molesta que digas algo así porque lo quise a pesar de su edad.

—Siempre he mantenido que no estabas enamorada de él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no te veía feliz ni enamorada —contestó la tía—. Porque no lo mirabas ni con deseo ni con arrebató.

—Eso es propio de quinceañeras, y yo hace mucho tiempo que dejé de serlo.

—Sin importar la edad, el amor debe removernos las mariposas en el estómago.

Linda pensaba distinto.

—El amor llega cuando se tiene conciencia del sacrificio que implica amar y cuidar a una persona como a uno mismo. Cuando se alcanza el punto de altruismo necesario para que las preocupaciones y los problemas no se conviertan en un compañero de cama molesto.

—Me asombra oírte expresarte así —Laura estaba realmente escandalizada.

—¿De forma racional y madura?

—Como si valoraras el mejor trozo de carne con el carnicero...

Esas palabras la golpearon. Linda nunca le había contado a nadie sus pensamientos íntimos, pero su tía se estaba muriendo.

—Creí que Larry era la persona que necesitaba en un momento determinado de mi vida — Laura se mordió ligeramente el labio inferior al escucharla—. Pero he descubierto que no, que no deseo pasar el resto de mi vida a su lado. En realidad, no deseo encadenarme a nadie. Deseo vivir sola, elegir mi propio destino.

Concluyó Linda en voz baja.

—Algo en tu voz me dice que sufriste el tiempo que estuvisteis juntos.

Sí, Linda podría contarle a su tía muchos detalles, pero no pensaba hacerlo.

—Por eso he escogido seguir sola mi camino.

—Pero es tan triste escucharte decir eso —Laura se veía en verdad desolada mirando el rostro de su sobrina—. Yo me estoy preparado para morir —admitió con la cabeza inclinada de tal forma que Linda no pudo ver la expresión de sus ojos—, y me ayudaría mucho que tu tío estuviera vivo para consolarme. ¡Lo necesito tanto!

—Tía...

Linda no pudo continuar.

—Pero he decidido que me iré de esta vida de la misma forma que llegué; chillando con todas mis fuerzas —calló un momento—. Voy a dejar bien arreglados mis asuntos contigo, y con mis amigos.

—No deberías pensar en eso ahora.

Laura entendía a su sobrina.

—Pero me preocupo por ti —explico la tía con voz entrecortada—, porque sé por lo que has pasado con tu madre, y no deseo que estés sola.

—Tengo edad para estar sola —contestó Linda mientras soltaba un suspiro largo.

—Temo el sufrimiento que podré causarte el tiempo que dure mi enfermedad.

—Yo debo ser la menor de tus preocupaciones —Linda trataba de que su tía la comprendiera—. Debes ahorrar fuerzas porque las necesitas.

Laura se dijo que su sobrina sabía realmente lo que decía porque había pasado por una experiencia similar con su madre.

—Gracias a tu serenidad —explicó la tía.

—No estoy para nada serena —la rebatió.

—Tus ojos, tus acciones, dicen todo lo contrario.

Laura se quedó unos instantes callada. Su hermana y su sobrina habían estado muy unidas, no parecían madre e hija sino amigas íntimas que compartían todo. Si para ella había resultado duro

perder a su hermana, para Linda había sido devastador perder a su madre.

—Podemos ir mañana al lago Bridgeport si hace buen día.

Linda parpadeó por la sorpresa.

—¿Te encuentras con la suficiente fuerza para hacerlo?

—Creo que me hará bien tomar el fresco.

Laura lo dijo como si lo fuera a ver por última vez.

—Entonces podemos ir temprano en la mañana y volver a medio día.

Laura cerró un momento los ojos.

—Podemos regresar a media tarde, conozco un lugar muy bueno donde podemos comer tranquilas, y muy cerca de Fort Worth.

—¿Vas a invitarme a almorzar? —preguntó Linda con una sonrisa de oreja a oreja—, pues me apetece mucho.

—Es lo menos que te debo por tu amabilidad.

El rostro de la sobrina se puso inusualmente serio. Había querido gastar una broma, y su tía le correspondía con agradecimientos.

—No me debes nada. Te quiero, soy tu familia...

Laura se dio cuenta de que sus palabras la habían molestado, y esa no había sido su intención.

—Nunca podría pagarte todo el amor y la dedicación que me das —aclaró Laura con voz dulce—. Invitarte a comer ha sido un gesto impulsivo que en nada tiene que ver con los cuidados que me prestas a diario.

El recelo asomó por las pupilas de Linda que veía a su tía replegarse a su comentario anterior, pero ella lo había dicho sin intención de ofenderla.

—Tú, harías lo mismo por mí —dijo al fin la sobrina.

—No te lo crees ni loca —respondió la tía. Los ojos de Linda se abrieron de par en par—. No soy tan valiente como tú, ni tan temeraria.

Linda se quedó un momento pensativa. Ella nunca había sido valiente ni temeraria sino más bien una niña tímida a la que le gustaban todas las cosas que no le agradaban a la mayoría de los niños, quizás por ese motivo había desarrollado esa relación tan estrecha con su madre porque con ella sí podía compartir gustos y afinidades.

—Sé que harías lo mismo —afirmó de nuevo sin apartar los ojos del rostro de Laura.

—Te ayudaré a poner la mesa...

\*\*\*

Dallas había cambiado mucho en esos años en los que ella había estado ausente. Su tía le pidió que hiciera un recorrido turístico con el coche por el centro para enseñarle cuánto había cambiado, y la complació.

Linda se sorprendió de la cantidad de hombres adinerados, poderosos, e influyentes que había en la zona más comercial de Dallas. La ciudad se nutría principalmente del negocio del petróleo, y en segundo plano de la ganadería. Y le sorprendió ver a tantos hombres con sombrero ladeado y botas con espuelas. Dallas parecía sacada de una película de vaqueros.

Después de hacer el circuito que su tía le había indicado, tomaron rumbo a White Rock. Cuando llegaron a Lake Bridgeport, estacionó el jeep en el aparcamiento, y caminaron por el uno de los senderos durante un rato largo. Alquilaron un par de hamacas, y se sentaron sobre las mismas mientras disfrutaban de las vistas. El tiempo era soleado y el lago se veía en calma. Un

día precioso para disfrutar en compañía la una de la otra.

—Ahora lamento no haberme traído las gafas de sol —se lamentó Laura.

Estaban en otoño pero los días seguían siendo muy luminosos.

—Podemos comprar unas en aquella tienda.

Linda señaló uno de los puestos cercanos al agua.

—A veces me olvido de la luz de esta zona.

La sobrina la miró con una sonrisa.

—¡Vives en Dallas! —exclamó asombrada—. No es algo que puedas olvidar.

Laura le mostro una sonrisa radiante.

—Es la costumbre.

—Yo nunca me acostumbraría.

—Aquí terminas odiando o amando el sol.

Linda se tumbó de espaldas sobre la hamaca y cerró los ojos.

—Odio el estrés de Nueva York —confesó un instante después—, y adoro el sol de Dallas.

Laura pegó las rodillas a su pecho y las abrazó. Puso la barbilla sobre el dorso de sus manos, y se quedó mirando el movimiento casi imperceptible del agua. Las dos habían optado por dejar el abrigo en el coche, y, aunque hacia una ligera brisa, no molestaba en absoluto.

—Se respira tanta paz aquí.

—¿Y por qué vives en Grenville? —preguntó Linda interesada.

Si ella hubiera sido su tía, jamás se habría alejado tanto.

—Porque en verano es imposible vivir cerca de esta zona, por el calor, se llena de demasiados turistas.

Era cierto, era el mes de octubre y el lago estaba a rebosar de visitantes.

—¿Dónde piensas invitarme a comer? —preguntó Linda muy interesada.

—En McDonald —contestó sonriente.

—¿Nada de Pay o Kolaches? —bromeó.

—¿Tienes hambre? —preguntó la tía.

Linda pensó durante un segundo.

—La verdad es que sí —contestó reincorporándose.

—Entonces, vamos.

—¿Hace falta coger el jeep?

La tía hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—El restaurante está muy cerca de aquí.



## CAPÍTULO 5

Cuando Linda abrió la puerta del dormitorio de su tía por la mañana, Laura tenía fiebre y tiritaba. Lamentó haberla llevado al lago, pero creyó sinceramente que el paseo le sentaría bien.

—Iré a por un calmante.

Laura negó apenas en un gesto.

—Me tomé uno hace una hora.

—¿Y no te ha hecho efecto? —volvió a negar.

—Me tomaría una infusión.

—La preparo ahora mismo.

Justo cuando se daba la vuelta, sonó el timbre de la puerta.

—Debe de ser Jesse —dijo la tía en voz baja.

—¿Jesse? —preguntó curiosa.

—Abre, por favor.

Cuando se dio la vuelta, escuchó que su tía gemía. Linda se dijo que hablaría de inmediato con el médico para que le suministrara unos calmantes más fuertes. El timbre de la puerta sonó y ella abrió deprisa. Un hombre moreno y con una gran sonrisa se plantó frente a ella. Llevaba sobre las manos una caja llena de verduras.

—Tú, no eres Laura —dijo mirándola con interés.

—No —Linda se hizo a un lado para permitirle el paso creyendo que era el repartidor del supermercado.

¿En qué momento había hecho su tía la compra que ella no se había dado cuenta? Debía de haberla pedido por teléfono antes de ir a Dallas.

El hombre caminó en dirección a la cocina. Depositó la caja sobre la mesa de madera, y enfiló el dormitorio de Laura. Linda se encontró corriendo tras él para detenerlo hasta que escuchó la voz de su tía que le hablaba como si fuera un amigo.

—Estás hecha un desastre —le dijo el hombre sin dejar de sonreír.

—Pues me siento peor —contestó la tía—. ¿Cómo está Emma?

—Pronto la verás.

—La extraño mucho pues hace tiempo que no me hablas sobre ella, también añoro tus vegetales —Jesse sonrió todavía más al escucharla.

—Esperaba encontrarte mejor —dijo el hombre—, pareces un saco de pellejo.

Linda se molestó por las palabras del extraño. ¿Cómo le decía a una enferma algo tan grosero?

—Ayer debió de tomar demasiado sol —tía y hombre giraron el rostro hacia ella que seguía apoyada en el marco de la puerta sin atreverse a entrar.

—Es mi sobrina Linda —la presentó la tía.

—¿La pequeña artista? —preguntó el hombre al mismo tiempo que se levantaba y le tendía la mano en señal de saludo.

Linda se dijo que era indudable que el hombre la conocía, y se sintió en clara desventaja.

—Su tía me ha hablado mucho de usted —le dijo mientras le estrechaba la mano.

—Sirvele un té a Jesse, por favor —le pidió la tía—, siempre le ofrezco un té cuando me trae

las verduras.

Era el colmo que su tía le ofreciera un té al repartidor del supermercado, pero no pensaba contrariarla. Observó que a Laura se le cerraban los ojos. El calmante que se había tomado comenzaba a causarle efecto.

—Sígame, por favor.

El hombre así lo hizo. Linda puso un cazo con agua en el fuego y dos bolsas de té en sendas tazas de porcelana. Sacó el azúcar y la leche y lo puso en el único hueco sobre la mesa que no ocupaba la caja de verdura.

Sabía que él estaba en el marco de la puerta observándola con sus tejanos gastados, sus botas camperas, y esos ojos azules que brillaban como zafiros.

—¿En qué supermercado trabaja?

—¿Supermercado? —preguntó el hombre extrañado.

—Es el repartidor de la compra, ¿no es cierto?

El hombre hizo un gesto con la cabeza.

—Soy ranchero —le dijo sin dejar de sonreír.

—¿Tiene un rancho? —la pregunta era tonta porque vestía igual que un vaquero de Dallas.

Además tenía un bonito tono de piel bronceado, y demasiados músculos bajo la estrecha camisa de cuadros.

—Southfork Ranch se llama —contestó él.

—No conozco ningún rancho con ese nombre.

Linda echó el agua en las tazas, y le pasó una a él.

—¿Conoce todos los ranchos de Texas? —preguntó divertido.

Por primera vez en su vida, Linda se perdió en la mirada de él. No fue consciente de los segundos que se quedó sin decir nada. Se perdía en la mirada azul. Cuando lo escuchó carraspear, se dio cuenta de que se había quedado en blanco. Tuvo que tirar de ingenio para recordar su pregunta.

—No, no conozco todos los ranchos de Texas, pero deduje que trabaja en un supermercado.

El rostro de ella se veía precavido, el de él demasiado interesado.

—Podría decirse que sí —contestó divertido—, pues trabajo en el supermercado de la tierra.

Linda lo miró con ojos entrecerrados tras escuchar su respuesta.

—¿Me toma el pelo?

Por la mirada de él, Linda dedujo que le gustaría tomarle algo más que el pelo, y se le tensó el vientre de improvisado.

—No es un rancho muy grande pues solo tengo tres hectáreas de huertos y frutales muy cerca de King Mountain.

—¿El rancho abandonado? —le preguntó curiosa.

—Ahí mismo.

Linda había paseado por el lugar días atrás.

Cuando Jesse tomó un sorbo de té, ella no pudo evitar admirar su postura. Era muy alto, y de complexión fuerte. Los tejanos se le ajustaban demasiado en la entrepierna que, a juzgar por el bulto, debía de estar bien dotado.

—¿Hace mucho que conoce a mi tía? —quiso saber.

—Bastante, es mi mejor clienta.

—¿Clienta? —estaba realmente perpleja.

Su tía no le había dicho nada, de ahí su extrañeza.

—Cuando decidí abrir mi rancho, necesité ayuda para sacarlo adelante, su tía habló con un estirado director de banco en Dallas que me prestó los dólares —siguió explicándole al mismo tiempo que apuraba el té—. Gracias a su tía, Southfork Ranch es todo un éxito en esta comarca.

—Entiendo —Linda se quedó un momento pensativa—. Entonces presumo que todo le va bien, que el esfuerzo e influencia de mi tía le sirvió.

Jesse pensó que la duda de ella lo ofendía.

—Siempre le estaré agradecido pues me ayudó cuando más lo necesitaba.

En los ojos de ella se podía apreciar la desconfianza, y algo más.

—¿Cómo se conocieron?

El hombre seguía sonriéndole.

—Soy un primo lejano de su difunto marido.

Linda sintió que había metido la pata.

—No pretendía ofenderlo, es que parece que cualquiera aquí en Dallas puede tener un rancho.

¿Lo estaba llamando cualquiera? Jesse tensó los hombros.

—No soy un aprovechado. Soy de Montana.

Linda percibió que el hombre se había molestado.

—¿Y decidió instalarse en Grenville así porque sí?

La mujer comenzaba a parecerle impertinente con tanta pregunta malintencionada.

—Conozco esta zona muy bien pues mi madre nació en Arlington.

—Simplemente estoy sorprendida —dijo ella.

Y era cierto. Por primera vez en su vida, la mirada de un hombre la ponía nerviosa. ¿Por qué no le había sucedido con Larry?

El hombre decidió explicarle más cosas.

—Siempre quise vivir en Dallas, y cuando tuve la suficiente edad para hacerlo, vendí mi apartamento en Maiden, y compré un terreno hipotecado en Grenville.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tres —respondió franco—. ¿Y tú?

—¿Cuántos años cree que tengo? —quiso saber ella.

Jesse dejó la taza sobre la mesa, y se irguió en toda su altura, ladeó la cabeza como si sopesara lo que veía. La estaba poniendo más nerviosa todavía.

—Por la mirada, veintiocho años, por la piel, diecinueve, y por el cuerpo veintiuno.

Ella parpadeó estupefacta.

—Wow, sí que sabe seducir a una mujer.

La sonrisa de oreja a oreja del hombre, tenía que haberla prevenido.

—Ahora solo me queda sumarlos, y sabré la edad que tiene.

Si pretendía dejarla boquiabierta, lo logró.

—Eso ha sido grosero —le espetó seca.

—No tanto como todas esas intenciones perversas que me estás atribuyendo sin conocerme —le dijo tuteándola por primera vez.

—¿Y compró un rancho aquí por...? —quiso saber.

—Porque me gusta el sol —respondió—. En Montana hace un frío de mil demonios.

Ella no podía entenderlo porque en Texas también tenían temperaturas extremas.

—Lamento si mis palabras le han parecido una crítica.

La mueca del hombre le mostró que se lo había tomado precisamente así.

—Esta es una buena tierra para cultivar cereal —le explicó él—, también para ganado.

—¿Otro té? —le preguntó ella.

Para Linda resultaba interesante poder mantener una conversación con un hombre tan atractivo. Desde que había llegado a Grenville, apenas había mantenido contacto con nadie, pero ese hombre la ponía nerviosa, y no le sucedía desde la universidad.

—No tienes sentido del humor —le dijo el hombre de pronto.

Ella lo miró con ojos entrecerrados.

—Ya me cobraré el agravio sobre mi edad.

Jesse le mostró una de esas sonrisas que derriten icebergs.

—Gracias —dijo el hombre—, aceptó otra taza de té.

Mientras Linda rellenaba el cazo de agua, el hombre sacó las verduras de la caja y las fue colocando en la despensa. Se percató de que conocía cada rincón de la casa mejor que ella.

—¿Es muy grande su rancho?

La sonrisa del hombre se amplió todavía más.

—Casi tres hectáreas; una hectárea y media la cultivo con verduras y frutas, media hectárea con maíz, y la otra hectárea con forraje.

—Debe de ser muy duro —Linda puso la taza de té sobre la mesa.

Jesse tomó asiento aunque ella no se lo ofreció.

—Pero muy gratificante —contestó él—, todo lo que cultivo crece al aire libre.

—¿Y reparte las verduras a domicilio? ¿Le compensa?

El hombre la miró como si ella no fuera la sobrina de Laura sino un fiscal tributario.

—Estoy seguro de que no haré una fortuna con mi huerto —explicó de forma sencilla—. Las hortalizas que cultivo la preparo en tres tipos de cesta que reparto semanalmente.

—¿Semanalmente?

La mujer le parecía un loro porque lo repetía todo.

—Los consumidores abonan los pagos de forma mensual, y yo me comprometo a preparar cada semana cestas con verduras de temporada. Cada semana cosecho y reparto entre cada cesta hasta completar el precio que el consumidor ha pagado por ella. Después las llevo al punto de reparto acordado previamente.

—Pensé que las repartía a domicilio.

Jesse pensó que la sobrina de Laura era quisquillosa un rato, y mira que la mujer se había deshecho en halagos hacia ella.

—Solo a su tía.

Linda hizo cálculos mentales porque en las semanas que llevaba en la casa de Laura, esta era la primera vez que le traía los vegetales.

—Pues creo que nos debe un montón de cestas.

El hombre se preguntó el motivo para que la mujer fuera tan desconfiada.

—Las cestas que no le he traído a su tía no han sido cobradas —le explicó en un tono de voz algo más seco—. Tuve que marcharme un par de semanas a San Antonio, y no pude ocuparme personalmente del reparto. El resto de consumidores fueron expresamente a Southfork Ranch a recoger sus verduras.

La explicación de él la avergonzó un poco porque se comportaba con ese hombre con manifiesta antipatía, quizás para ocultar el profundo interés que le despertaba.

—Si mi tía me hubiese dicho algo sobre el compromiso adquirido con Southfork Ranch, habría ido a la recogida de la cesta sin problemas.

—A su tía siempre le reparto yo —se lo dejó muy claro.

—Pues muchas gracias —le dijo ella—, pero mientras esté aquí puedo recoger la cesta de verduras personalmente.

—Prefiero traerle las verduras a Laura —continuó él—, me gusta saludarla y tomar un té con ella —Linda optó por guardar silencio. Ella no era quién para cuestionar las costumbres de su tía —, y ahora me marcho pues tengo todavía cestas que llevar al punto de reparto.

Linda lo acompañó a la puerta, lo despidió, y se quedó pensativa durante un momento largo. Para ella estaba muy claro que la gente solía aprovecharse de mujeres mayores, solas, y, si estaban enfermas, mucho más.

Se preocupó de veras, y se dijo que debía revisar las cuentas de su tía. Laura podría enojarse con ella porque de esa forma demostraba que desconfiaba de su propia capacidad para llevar su economía, pero era lo correcto.

¡Recordaba con perfecta claridad lo generosa que era su tía Laura!

Si una vecina en el pasado pasaba por una precaria situación, allí estaba su tía para resolver sus problemas. Y sin olvidar las generosas donaciones que hacía a diferentes asociaciones de ayuda humanitaria.

Soltó un suspiro largo y pesado.

Quizás estaba siendo demasiado desconfiada, pero necesitaba encontrarle defectos a ese vaquero texano.

## CAPÍTULO 6

—Fui un poco desagradable con tu amigo —le explicó a su tía cuando despertó.

Laura miró a su sobrina sin comprender qué le decía. Linda le traía una taza de té con leche caliente.

—¿Amigo?

—El hortelano vaquero.

—¿Con Jesse? —Laura tomó la taza que le tendía—. Qué gracia me hace que lo llames hortelano.

Linda hizo un gesto afirmativo mientras se mantenía de pie frente a ella.

—Creí que te debía dinero por los vegetales que no te trajo mientras estuvo de viaje —se excusó—, pero me aclaró que no te los ha cobrado.

Laura parpadeó levemente al escucharla. Su sobrina siempre había sido una mujer desconfiada.

—Jesse es una buena persona.

Linda difería de esa forma de pensar.

—Todos son buenas personas hasta que dejan de serlo.

La mirada de Laura se ensombreció.

—Nunca me ha dado motivos para pensar lo contrario. Además, Jesse es un buen partido pues sabe cocinar, puede recitar a Hamlet. Adora a su hermana, y tiene un perro hermoso, por eso muchas chicas de Grenville se lo disputan.

—Algo en él me hace desconfiar de tus palabras.

Escuchó suspirar a la tía.

—Da igual que Jesse sea el mejor hombre del mundo porque siempre buscas los tres pies al gato —contestó la tía.

—Soy una mujer inteligente.

—Y como eres tan lista como los ratones colorados, estás segura de que puedes descubrir que en realidad Jesse no es bueno en la cocina, y que detrás de esa sonrisa arrebatadora que tiene, se ríe haciendo extraños ruiditos molestos que sacan a las mujeres de quicio.

—Además de tener una hermana insoportable y molesta, que se mete en todo a todas horas —terminó la sobrina por ella.

Laura se quedó seria de repente, y el brillo en sus ojos se apagó por completo.

—Jess tiene una hermana, pero no es insoportable. —El cambio de ánimo en su tía, detonó la alarma en el interior de su cabeza—. No tengo duda alguna de que Jesse es una excelente persona.

—Piensas así porque eres una mujer que siempre está dispuesta a creer lo mejor de los demás —respondió la sobrina de forma condescendiente.

—¿Y no crees que es mejor valorar lo positivo de las personas a lo negativo?

Linda parpadeó levemente.

—Una actitud así siempre lleva a desilusiones.

—No es mi caso —aclaró la tía.

La sobrina soltó un suspiro.

—¿Nunca nadie te ha defraudado? —le preguntó a bocajarro.

La respuesta de Laura fue contraatacarla.

—¿Lo han hecho contigo? —Linda podía enumerarle cantidad de personas egoístas a las que había conocido durante su vida—. Claro que sí, el tal Larry, ¿me equivoco? —no, su tía no se equivocaba—. ¿Nunca te has parado a considerar que las circunstancias nos obligan a actuar en determinadas ocasiones de forma muy distinta a como pensamos? —preguntó la tía.

—Eso sería una forma de justificar los errores, ¿no piensas igual?

—¿Por qué desconfiaste de Jesse?

Linda pensó en la respuesta antes de ofrecerla.

—Se paseó por aquí como si fuera su propia casa —le explicó a Laura—, y no mostró reparo alguno en colocar las verduras en la despensa a pesar de que yo estaba aquí para hacerlo. No me gusta que extraños se tomen unas libertades que no se le han dado.

—Jesse no es un extraño —lo defendió la mujer.

—Para mí lo es, y debió de respetar mi reticencia a su actitud de excesiva confianza, sobre todo porque era la primera vez que lo veía.

Laura soltó un suspiro suave.

—Veo que Jesse te ha impactado más de lo que esperabas.

Eso no podía negarlo. Aún recordaba la tensión de su vientre cuando la miró de arriba abajo.

—Le pediré una disculpa si mi recelo lo molestó.

Laura resopló.

—Ahora veo claro que te mostraste a la defensiva como siempre.

Linda observó a su tía tras esas palabras poco halagadoras.

—No me mostré defensiva sino prudente —la corrigió.

—La prudencia no tiene nada que ver en tu actitud.

Linda se preguntó el motivo para estar discutiendo con su tía. Ella solo quería que se mostrara prudente.

—Mi preocupación se basa en el deseo de que lleves más cuidado en el futuro con los extraños.

Laura se apoyó mejor en la almohada. Seguía en cama desde el día anterior. El viaje al lago le había sentado peor de lo que había esperado. Tomó un trago largo de su té que la reconfortó de inmediato.

—Ven, siéntate a mi lado —la invitó la tía.

Estaba claro que no quería discutir más.

Linda dudó un instante, pero finalmente aceptó. Se sentó en el borde de la cama con mucho cuidado para no mover el colchón. Su tía seguía tan blanca como el día anterior. Laura dejó la taza sobre la mesilla de noche y tomó la mano de su sobrina para estrecharla entre las suyas.

—Soy la única familia que te queda —le dijo de pronto—, y me preocupa esa forma de pensar que tienes sobre el resto del mundo porque te quedarás sola tras mi muerte.

Linda bajó los párpados porque no soportaba esa mirada que contenía un brillo de compasión que no necesitaba. Ella había aprendido a ser prudente con los extraños. A no mostrarse excesivamente confiada con los demás.

—Es una situación lógica pues soy hija única y no tengo primos.

No era una crítica, por eso Laura no se lo tomó como tal. Ella había anhelado con todas sus fuerzas tener hijos, pero la vida no se los había dado. A cambio tenía una única sobrina algo refunfuñona y tremendamente desconfiada, pero tan guapa que no dejaba a nadie indiferente.

—¿Cuánto te importa la amistad? —le preguntó de pronto.

Linda sentía ganas de decirle que no le apetecía hablar, pero se contuvo. No quería ser brusca porque sabía que durante los siguientes minutos, Jesse sería el tema principal de conversación.

—Hay muchos tipos de amistad, ¿a cuál te refieres?

—A amigos de toda la vida, aquellos que conociste de pequeña, los del colegio, el trabajo — Linda hizo un gesto con los hombros. Ella había perdido a todos sus amigos de universidad gracias a Larry—. Esas personas que a base de tratar un día y otro se convierten en parte de tu vida cotidiana.

—No tengo personas así en mi vida —admitió llanamente.

—¿Por qué? —la tía estaba más que asombrada.

Su sobrina era una mujer inteligente, guapa, se le hacía difícil imaginar que no tuviera amigos.

—Esas personas a las que te refieres —le dijo a la tía—, y que solo veo de vez en cuando, no son mis amigos pues solo comparto con ellos algunos momentos que no son trascendentes en mi rutina diaria.

—El ser humano, por naturaleza, no está hecho para estar solo —objetó la tía.

—Conozco a mucha gente que está sola —se defendió la otra.

—Amistad es compartir, compartir experiencias de la vida con otras personas con las que somos afines y con las que nos sentimos a gusto.

—Si esa es tu definición de la amistad, entonces no tengo amigos —confesó sincera.

—Pues debes de saber que quien tiene un amigo tiene un tesoro —reiteró Laura.

—Se te olvida que vivimos en una sociedad cada vez más individualista.

—Da lo mismo en qué sociedad vivamos, es importante para nuestro bienestar conservar nuestras amistades. Trabajar para obtenerlas.

Linda pensaba de forma muy diferente, y así se lo expuso.

—En nuestra sociedad actual la amistad se ha hecho volátil, más fácil de hacerse, deshacerse, y, basada en el interés —contestó Linda—. Los amigos de toda la vida ya no existen, ahora hay amigos especializados.

Estaba claro que Laura no la comprendía. Seguía siendo de la vieja escuela.

—¿Amigos especializados?

—Sí, amigos vinculados exclusivamente a un tema o una actividad.

—No sé a qué te refieres.

—Que el mundo cambia, tía. Ya no hay tiempo para esas amistades de siempre a las que te refieres, ahora es más fácil sacar un rato para nuestro grupo de frontón o para tomar unas copas con los compañeros de trabajo.

—Pero eso no son amigos sino conocidos.

Linda mostró una sonrisa franca.

—Por eso te he dicho que yo no tengo amigos.

—La amistad es un tesoro para alegrarnos la vida y ayudarnos en los momentos difíciles. Los amigos están ahí cuando los necesitamos.

Linda estuvo a punto de replicarle a su tía que ella no había visto muchos de esos amigos que defendía en las semanas que llevaba de tratamiento, pero se contuvo.

—Yo no he dicho lo contrario —trató de mostrarse ecuánime.

—El amor y la amistad son dos sentimientos poderosos y muy relacionados entre sí. Son necesarios e imprescindibles en nuestra vida.

—Estoy de acuerdo.

—Pues si piensas como yo es hora de que empieces a conocer a personas. No es tan



complicado si te lo planteas firmemente. Puedes comenzar por buscar amistad, compartiendo aficiones con personas afín a tu personalidad, que compartan tus mismos intereses y gustos.

—Que esté de acuerdo contigo no significa que comparta esa necesidad de tener gente a mi alrededor.

—No son gente son amigos —reafirmó—, y yo conservo todavía a unos cuantos.

—¿Y por qué motivo no vienen a visitarte? —Linda se arrepintió un segundo después de haber formulado la pregunta.

Laura se dio perfecta cuenta de la recriminación de su sobrina.

—Porque no quiero que me vean así —había dolor en su respuesta.

Linda parpadeó apesadumbrada Le había gustado mucho que su tía se sintiera con las suficientes fuerzas como para iniciar una conversación sobre la amistad con ella.

—¿Por qué? ¡No lo entiendo! —exclamó preocupada.

—Les he hecho creer a mis íntimas amigas que estoy de viaje.

—¿Y toda esta verborrea sobre la amistad y la importancia de tener a los amigos alrededor de uno?

—Me importa mucho que te quedes sola —su preocupación era evidente.

—Uno puede estar rodeado de gente, y sin embargo puede sentirse muy solo.

Su sobrina acababa de decir una verdad enorme.

—Lo sé —Laura calló un momento como si meditara en la conversación que mantenía con su sobrina—, pero no es mi caso —afirmó—. Tengo varias buenas amigas, pero ahora prefiero que sigan en la ignorancia. Tengo que prepararme para contarles lo que me sucede.

Linda entendía muy bien. Su tía tenía que pasar por varios lutos, y tenía que hacerlo uno a uno.

—¿Qué te apetece hoy para comer? —le preguntó en un intento de distraerla.

—Jesse suele traer verduras muy buenas.

—¿Un asado entonces?

—Un asado estaría bien.

Linda se inclinó para besar la frente de su tía.

—Asado y un poco de arroz blanco.

Cuando la sobrina ya se levantaba, Laura la sujetó de la mano.

—Linda...

—Dime.

—Si me encuentro mejor, me gustaría pasear un poco esta tarde.

Linda sonrió de oreja a oreja. Que a su tía le apeteciera salir a la calle era el mejor de los diagnósticos. Que discutiera con ella, también.

—Estoy deseando que paseemos juntas —respondió sincera.

—Quiero ir a un lugar especial.

Su sobrina la miró con atención.

—Te llevaré dónde tú quieras —le ofreció cándida.

—Me gustaría que me llevaras a la iglesia de Ables Spring.

Laura la miró de una forma que no podía negarse. Si su tía le pidiera la luna, Linda trataría de bajársela.

—A la iglesia de Ables Spring entonces...

## CAPÍTULO 7

De regreso de la iglesia, donde habían pasado una hora en completa quietud, Linda volvió a equivocarse de carretera. Laura dormía en el asiento del acompañante del jeep. Sabía que iba en dirección sur porque veía que el sol se ponía por la derecha. Atajó por un camino en mal estado creyendo que así regresaría a la nacional. Pasó por un desnivel bastante rápido, y Laura se despertó sobresaltada.

—Lo siento —se disculpó sincera.

La tía parpadeó tratando de ver por dónde iban.

—Vamos en dirección a Emory —afirmó la mujer.

—Es que no he visto ni una maldita señalización —se quejó la sobrina.

Laura sonrió y se afianzó mejor sobre el asiento porque los diferentes botes la desplazaban de izquierda a derecha.

—Aquí no hay señalizaciones.

—Me desquicia el poco sentido de la orientación que tengo —se quejó.

—¿Y por qué no me has despertado? —Linda simplemente la miró de soslayo.

—Creía que podría regresar por mí misma, además estabas muy cansada.

Sin saber cómo Linda y Laura terminaron en el camino que conducía al rancho abandonado que tanto admiraba ella.

—Desde aquí es fácil regresar a la estatal —le dijo la tía—, no te preocupes que no estamos perdidas.

Laura se percató de que su sobrina reducía la velocidad a medida que pasaban por la verja rota. Linda miraba las ruinas de soslayo y con añoranza. Laura sonrió. La breve siesta le había despejado el ánimo.

—Para bajo esa arboleda —le indicó—. Me apetece pasear, y quiero recoger algo.

Linda giró el volante hacia la izquierda y subió una pequeña pendiente. Los arboles estaban plantados en varias líneas en paralelo. Apagó el motor y miró a su tía expectante.

—¿No te encuentras cansada?

Laura hizo un gesto negativo.

—No, y como me apetece estirar las piernas, creo que este es un buen lugar para hacerlo, ¿no piensas lo mismo? —como era indudable el interés que la propiedad despertaba en su sobrina, Laura había decidido que hicieran un alto allí mismo.

—Las vistas son espectaculares —admitió la otra.

—Estoy de acuerdo, es una tierra muy bonita.

Linda ayudó a su tía a salir del coche. Cogió la chaqueta de la parte trasera del vehículo, y se la dio.

—Aunque la tarde es templada, no quiero que te enfríes.

Las dos caminaron un poco por el campo. Olía realmente bien. Linda pasó el brazo de su tía por el suyo para ofrecerle un punto de apoyo mientras avanzaban.

—Es cuanto menos curioso que la carretera esté asfaltada y sin embargo no circulen vehículos —comentó de pasada.

—Desde aquí se puede llegar a Quinlan —le dijo la tía—, pero más adelante los caminos empeoran bastante, por ese motivo no hay tráfico, luego regresaremos por la estatal.

La tía la dirigía hacia una zona apartada del rancho que no tenía valla.

—Es peligroso —le advirtió la sobrina.

—Solo quiero coger un poco de Bluebonnet —informó Laura.

—¿Bluebonnet? —preguntó curiosa—. Nunca he escuchado ese nombre.

—En el pasado, en estas tierras crecían muchas de esas flores.

—Interesante —meditó en voz alta.

Las dos habían dado un rodeo bastante significativo.

—Cuidado por donde pisas —le advirtió la tía.

Los ojos de Linda se dirigieron a sus pies, y se quedó maravillada al ver las pequeñas florecitas de color azul intenso, y le recordó los ojos del hortelano vaquero amigo de su tía.

—Son las flores oficiales del Estado de Texas —explicó la mujer.

Laura ya se había puesto en cuclillas para cortar con delicadeza algunas de las flores.

—Huele muy bien —afirmó Linda cuando se llevó a la nariz una pequeña flor.

—Si me ayudas, podemos coger unas cuantas.

—¿Cómo es que crecen ahora? No es primavera.

Laura la miró sonriendo.

—Hay demasiadas semillas, y hace buen tiempo.

—De verdad que huelen maravillosamente bien —afirmó Linda mientras su tía seguía cortando con delicadeza las flores.

—Esta flor silvestre es una belleza. Florece al principio de la primavera y crece tan tupida que crea la ilusión de una alfombra azul.

—Me encanta.

Laura le dijo a su sobrina que se acercara al vehículo por si acaso en el interior tenía alguna bolsa o recipiente para colocar las flores que cortaban. Linda así lo hizo, y regresó poco después con una bolsa.

—Sigue cortando flores y colócalas con cuidado en el interior de la bolsa.

—¿Cuántas piensas coger? —preguntó la sobrina.

La tía no contestó la pregunta, sino que siguió informándola.

—Esta flor tan delicada fue declarada flor oficial del estado de Texas en el año 1971, junto con otras cuatro flores, y después de una batalla entre grupos de hombres y de mujeres que duró más de 70 años. Dicen que por su robustez representa las cualidades del estado y sus habitantes.

—Me dejás sin palabras.

—Esta especie es típica de las praderas de Texas, no crece naturalmente en ningún otro lado.

—Podría hacer una corona con estas flores —el entusiasmo en la voz de Linda era innegable.

La tarde era preciosa pues el sol todavía brillaba. La brisa era algo fresca, pero a ninguna de las dos mujeres le importó.

—Estás muy guapa —le dijo la tía cuando Linda se colocó una flor tras la oreja.

—Me ha podido la coquetería —Linda sonreía mientras veía a su tía cortar las rosas del azafrán con tanto cariño.

—Cuando tu tío vivía —comenzó a explicarle—, solíamos pasear muy cerca de aquí, y cuando descubrimos que estas flores crecía salvaje en este lado, decidimos recoger unas pocas para elaborar un ramo. Tengo uno ya seco en la casa —Linda evocó la imagen de sus tíos paseando por ese lugar tan bello.

—Ahora que no está el tío, ¿cómo vienes hasta aquí? —preguntó interesada.

—Algunas veces me trae Jesse. Me deja la cesta de verduras, y me acompaña un rato por la tarde cuando tiene algo de tiempo.

Linda se dijo que ese hombre parecía muy importante para su tía.

—Entiendo.

—Todavía no he superado la muerte de tu tío, y hace ya cinco largos años, pasa el tiempo veloz —se le escapó un sollozo.

La voz de Laura sonó emocionada.

—¿Y no viene más gente a pasear por este lugar tan hermoso? —preguntó la sobrina.

La tía dudó un momento antes de contestar.

—Imagino que sí, pero nunca he visto a nadie por los alrededores, y sería una verdadera pena que estas hermosas flores se marchiten sin que nadie pueda disfrutar del regalo que nos brindan.

Linda decidió sentarse sobre su trasero porque le dolían las rodillas.

—Son muy frágiles —comentó en voz baja.

Y estuvieron durante un tiempo disfrutando del paisaje antes de regresar a Grenville.

## CAPÍTULO 8

Linda se encontró esperando la llegada de Jesse casi con impaciencia. Su tía sufría de fuertes dolores a pesar de que el médico le había aumentado la dosis de analgésicos para el dolor, y por ese motivo ya no salía de la cama. Ella se esmeraba en prepararle alimentos apetecibles, pero cada día comía menos. Veía que las fuerzas de Laura se extinguían como la llama de una vela cuando ya no tiene cera con la que alimentarse.

Sonó el timbre de la casa y Linda abrió rápido. Jesse estaba de pie frente a ella y sostenía una caja de verduras recién cortadas. Se hizo a un lado para permitirle el paso al interior de la vivienda. Desprendía un aroma a fresco que le desencajó las ideas.

—¡Buenos días, picajosa! —la saludó él.

Como ella se había mostrado en las últimas visitas un poco impertinente, se había ganado el detestable apodo que le había puesto él.

—Buenos días —correspondió ella.

—Aquí traigo las verduras —la boca de Linda sonrió ante lo obvio—. ¿Cómo está Laura hoy? —tras escuchar la pregunta del hombre, el rostro de Linda se ensombreció.

—Lleva dos días con fuertes dolores. Hoy no se ha levantado de la cama.

Jesse se puso serio.

—¿Puedo? —le preguntó porque ella lo dejaba plantado fuera de la casa.

—Hay algo que huele muy bien —Linda atisbó en el interior de la caja que sujetaba él para saber qué era lo que desprendía ese aroma tan sutil.

Jesse se encontró oliendo la nuca de ella. Estaba acostumbrado al olor de los vegetales que criaba, y por eso distinguía perfectamente el perfume de ella.

—Es el hinojo —respondió él—. Está recién cortado.

Jesse ignoró que ella no le había dado permiso para entrar, se dirigió hacia la cocina como la vez anterior.

—Nunca he comido hinojo —admitió sincera.

El hombre la miró un tanto sorprendido.

—La crema de hinojo está realmente buena.

Jesse dejó la caja sobre la mesa de la cocina y comenzó a sacar las verduras del interior: berenjenas, espinacas, nabos con unas hojas impresionantes, brécol, puerros, zanahorias, y el hinojo mencionado.

—Creo que prepararé esta noche una menestra de verduras —dijo ella mientras colocaba parte de la verdura en la parte baja del frigorífico.

—También he traído manzanas, castañas, y membrillos.

Linda cogía cada pieza de fruta para olerla.

—Cuando las compro en el supermercado no desprenden este olor.

Él, veía la forma en la que ella acariciaba las frutas, y deseó sentir esas manos sobre su cuerpo. Fue pensarlo y ponerse duro de inmediato.

Linda Sheridan era la mujer más irritante del mundo, también la más hermosa.

—Eso es porque las trato con tanto cariño cuando las planto, que me obsequian cuando las

cosecho con todos sus aromas —bromeó él que sonreía de oreja a oreja.

Linda miró el rostro atractivo del vaquero, y algo se despertó en el interior de ella.

Debía reconocer que era un hombre muy atractivo, inteligente, carismático, y encantador... también con un sentido del humor desquiciante como el de su tía. Quizás por eso se llevaba tan bien.

—He preparado té —le dijo Linda con ánimo cuando hubo colocado la fruta en el frutero—. Siéntate, por favor.

Como era la sexta vez que se veían, ya lo tuteaba como un viejo amigo.

—Te lo agradezco.

Durante los siguientes minutos, los dos se mantuvieron en silencio. Jesse se tomó su bebida despacio para saborearla.

—¿Podré ver a Laura esta mañana? —preguntó tras dar el último sorbo del té.

—Se despertará dentro de media hora —contestó ella.

El hombre miró el reloj de su muñeca como si quisiera cerciorarse de la hora.

—Puedes venir más tarde a verla, si en este momento no te viene bien —sugirió Linda.

Jesse hizo un gesto negativo. Tenía la camioneta llena de cestas que no había repartido todavía, y volver a Grenville sería más complicado que esperar media hora para saludar a Laura.

—¿Cómo ha pasado la semana?

Linda le contó muy por encima algunos detalles.

—Lo más difícil de todo esto es que cada día empeora más —confesó seria.

—Creía que los medicamentos la ayudarían.

Tras la conversación que había mantenido con el doctor, Linda sabía que el cuadro clínico de su tía empeoraba a pasos agigantados.

—La quimio no está funcionando como debería.

—¿Hay otros tratamientos más efectivos? —preguntó el hombre con verdadero interés.

Linda alzó la mirada y clavó sus bonitos ojos en los zafiro de él. Casi parecían un océano oscuro y sereno donde la invitaban a nadar sin peligro. ¿De dónde había sacado ella esa idea?

—Mi tía aceptó todos y cada uno de los tratamientos disponibles porque deseaba curarse de verdad... —Jesse estaba sin palabras—. Ahora la están tratando de cuerpo entero —continuó explicándole ella que no se había terminado su taza de té.

Entre los dos se sucedió un silencio. Jesse se alegró de veras de que estuviera al lado de su tía en un momento tan crucial para ella.

—Háblame sobre ti —le pidió el hombre mientras cruzaba una pierna sobre la otra—. Yo ya te he hablado sobre mis verduras —bromeó.

Linda sonrió al escucharlo.

—¿Sabes cuál es la fruta que más se ríe? La Naranja ja ja ja...

Jesse levantó los ojos al techo. Linda era de verdad una criatura hermosa, pero era una pésima contadora de chistes.

—Veo que no te ha hecho gracia —dijo seria, pero el brillo de sus ojos desmentían sus palabras.

Jesse la miró con los ojos entrecerrados.

—Se puede conocer muy bien al jardinero por cómo trata a sus flores.

Se lo había dicho con toda la intención.

—¿Quieres decir que en realidad me estabas hablando de ti a través de tus vegetales?

Preguntó ella con voz socarrona.

—Quería impresionarte.

Ella se dijo que Jesse no debía de hablar en serio.

—No es fácil sorprenderme.

A la vista estaba de que ella sí hablaba en serio.

—Ahhh, pero seguro que te sorprendería si yo fuera un cuadro estropeado o una casa en ruinas —Linda parpadeó al escucharlo porque ella no le había hablado sobre su profesión o trabajo—. Tu tía me hablaba a menudo sobre ti, eres su única familia.

Si Jesse le mencionara las largas conversaciones que habían tenido sobre ella, Linda lo despediría de la casa con cajas destempladas. Sabía más de ella, que la propia Linda.

—Es cierto, soy su única familia —respondió obviando las anteriores palabras de Jesse.

—Por eso me hablaba sobre ti.

—Cosas buenas, espero.

El brillo en los ojos de él la alertó.

—Eres como una hija para ella.

Claramente le mentía.

—Lo sé.

—Una lástima que te esté disfrutando ahora que le queda tan poco.

Desde luego que el vaquero sabía utilizar el látigo de las palabras.

—¿Advierto una crítica en tus palabras?

Jesse negó con la cabeza.

—Ha sido un pensamiento en voz alta —Linda se puso a la defensiva aunque no fue consciente—. Tendríais que vivir más cerca la una de la otra.

—¿Tú tienes tu familia aquí?

La mujer sabía cómo contraatacar. Jesse se ruborizó porque lo había pillado en un traspie.

A ella le pareció encantador que se sonrojara. Era la primera vez que veía a un hombre ponerse tan colorado, y ese detalle le hizo sentir bien. Pensó en Larry, y el pensamiento le hizo apretar los labios.

—Toda mi familia está en el norte, incluso mi hermana —respondió él.

Los ojos de Linda se abrieron de par en par.

—Tienes una hermana.

Se lo había dicho su tía, pero se le había olvidado.

—Mi madre se divorció de mi padre cuando Emma tenía dos meses, se suicidó cuatro meses después.

Se quedó atónita, y le pareció que la conversación se ponía trascendental.

—¿Qué edad tiene tu hermana ahora?

—Quince años.

Los ojos de Linda mostraron un brillo de confusión.

—Debió de ser muy duro.

El hombre se mantuvo en silencio durante unos momentos.

—Estoy haciendo arreglos para traerla al rancho.

Los bonitos ojos zafiros de él se habían puesto tristes.

—Imagino que tu padre se opondrá.

Jesse negó con la cabeza.

—Murió hace un par de años...

Jesse ya no dijo nada más. Miró su reloj con algo de impaciencia. Linda entendió el mensaje.

—Iré a ver si mi tía se ha despertado ya.

—Esperaré en el vestíbulo.

Mujer y hombre se levantaron a la vez. Linda tocó con los nudillos la suave madera de la puerta. Escuchó la voz de su tía y movió la manivela.

—Tienes visita.

Corrió las pesadas cortinas, y colocó un almohadón tras la espalda de su tía. Le acercó un vaso de agua con un analgésico, y esperó a que se lo tomara.

—No sé qué hora es.

—Las once de la mañana.

—¿Tan tarde?

—El hortelano vaquero está esperando para verte, ¿te sientes con ánimo?

—¡Jesse! —el rostro de la tía se iluminó.

Linda vio que tenía profundas ojeras y el entrecejo fruncido, señal de que debía sentir bastante dolor.

—Ayúdame a colocarme la bata, lo veré en el salón —contestó la tía.

—¿Estás segura? —Laura estaba débil y no había tomado nada desde el día anterior.

—Esta habitación huele a enfermedad —explicó la tía—, y en el salón ahora debe de entrar el sol a raudales.

Linda pensó que su tía tenía razón. La habitación olía a medicamentos.

—Te dejaré con Jesse, y ventilaré la habitación mientras la limpio.

Y se entregó a la tarea de forma concienzuda. Quiso borrar con la limpieza el olor de la muerte que tenía impregnado en la nariz. No importaba el tiempo que pasara, ahí estaba de nuevo.

—Me desharía de toda esta ropa vieja —murmuró para sí misma.

No importaba lo que se lavaran las sábanas. El olor del sudor de los medicamentos continuaba en el tejido.

—¡Joder! ¡Cómo detesto este olor!



## CAPÍTULO 9

Hombre y mujer se saludaron con entusiasmo. Jesse la sujetó por las manos y la miró fijamente. El rostro de Laura había envejecido mucho, y lamentó de verdad que estuviera sufriendo tanto.

—Es peor de lo que parece —confesó ella.

Jesse la ayudó a que se sentara en el sillón al lado de la ventana.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que me muero —él, bajó los párpados para evitar su mirada directa porque le afectaba lo que veía—. Quiero pedirte que hagas algo por mí.

—Si está en mi mano —contestó él.

Laura miró hacia la puerta que había cerrado su sobrina para que tuvieran cierta intimidad mientras ella limpiaba y ventilaba el dormitorio.

—Quiero que le lleves una carta a mi abogado.

—¿A tu abogado?

Laura hizo un gesto afirmativo.

—Hace tres meses que formalicé mi testamento —le explicó—, pero quiero que incluya una agenda y que prepare los poderes para que pueda comprar algo en mi nombre.

—Lo haré encantado —aceptó él—. ¿Qué piensas comprar?

Laura sonrió antes de doblarse por el dolor que la fustigó de repente.

—¡Maldita quimio! —protestó con voz débil—. Me duele el estómago de tanto vomitar.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Jesse estaba realmente preocupado.

—Creo que va siendo hora de llamar a mis amigas para explicarles que me estoy muriendo.

Julie, Therese, y Martha, eran las tres amigas íntimas de Laura.

—Tenías que habérselo dicho desde el principio.

La acusación de Jesse le dolió, pero sus palabras eran ciertas.

—No quería hacerlo porque pensé de verdad que me curaría y no quería hacerles pasar por este disgusto de forma innecesaria —Laura suspiró de forma profunda. Cuando le detectaron el cáncer se lo calló y no dijo nada a nadie, pero había llegado el momento de ordenar sus asuntos para marcharse en paz—. No están acostumbradas a conversar sobre la muerte. Me atrevo a decir que nuestra sociedad llega a extremos increíbles para ocultar la realidad inevitable de la muerte. Se considera intrusivo o incluso grosero pedir a los demás su opinión sobre ella, y mis amigas no son una excepción.

—Es lógico que ellas cambien de tema cuando pones la conversación muy seria o solemne, y estoy de acuerdo en que a nadie le gusta hablar sobre la muerte.

Laura quería mucho a sus amigas, pero con ninguna de ellas podía mantener conversaciones profundas sobre la muerte y la enfermedad.

—Por ese motivo no quería decirles nada a ellas. He preferido que pase el tiempo antes de hacerlo, pero ha llegado el momento.

—¿Te sientes con fuerzas? —en las palabras del hombre se advertía la preocupación.

No, pero tenía que aprovechar ahora que todavía le quedaba algo de aliento.

—Quieren ingresarme en el hospital, pero Linda se opone.

—Y tú, ¿qué piensas sobre ello?

—Que soy egoísta —confesó en un murmullo—. Que quiero agotar todo el tiempo posible fuera del hospital. Quiero morir aquí en mi casa, en mi cama, y con la única familia que me queda en el mundo.

—Pienso que haces lo correcto.

—Pero eso me convierte en una pesada carga para mi sobrina.

—Nunca somos una carga pesada para quien nos ama.

Laura se quedó un momento en silencio.

—Tú entiendes mucho de cargas pesadas —replicó ella con tristeza—, y nunca te he visto quejarte al respecto.

Jesse entrecerró los ojos porque no le gustaba el pesar que contemplaba en el rostro de Laura. Veía la forma en la que se consumía día a día, y su corazón se encogió de pena. Era una mujer admirable. Llena de generosidad.

—El amor es el sentimiento más grande que existe. El más fuerte y poderoso, por ese motivo nunca la he considerado una carga —las palabras del hombre destilaban cariño genuino.

Ambos sabían a quién se refería él.

—Sé, cuánto la amas —le dijo Laura en voz baja.

Los ojos de Jesse brillaron.

—Por eso nunca será una pesada carga, porque la amo por encima de todo, como tu sobrina te quiere a ti.

—Linda es la hija que siempre quise tener —musitó llena de pena—, y se me parte el corazón que pueda sufrir el mismo designio de su madre y mío.

—Parece una mujer fuerte.

—¿Qué remedio le queda, Jesse, cuando la muerte puede llamar a su puerta para llevársela como me llevará a mí?

—¿Has hablado con ella sobre esto que te angustia? —quiso saber él.

Laura hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Puedo entender que no te gusta su actitud —contestó el hombre.

Laura lo miró sin comprender a qué se refería.

—Se equivoca, Jesse —la mujer calló durante un minuto—. Linda ha encadenado un error tras otro, sobre todo con Larry, menos mal que ya se terminó.

A él no le hacía gracia que hablaran de Linda sin estar presente, pero la tía lo necesitaba.

—Es posible que tu sobrina sea mucho más fuerte de lo que piensas.

Algo así le parecía ilógico a Laura.

—La primera vez que recuerdo haber visto un muerto fue cuando tenía dieciocho años —contestó Laura—. ¡Estaba aterrada! Era el cuerpo de mi madre en el interior de un ataúd. Ver su cuerpo sin vida me provocó verdadero pánico. Todo el concepto de muerte me confundió y me puso enferma, y entendí que la muerte no debe ser tomada a la ligera.

—Ver morir a una madre es terrible —se condeñó Jesse.

Hablaba por experiencia propia. Tras el nacimiento de su hermana Emma, su madre había perdido la razón, y por eso decidió suicidarse meses después porque no era capaz de enfrentar las dificultades.

—Ver a mi hermana en un ataúd trajo el mismo tipo de miedo y sobriedad que sentí con mi madre —continuó explicándole Laura—. Y luego le siguió mi padre, mi esposo...

—Es normal sentir miedo.

—¿Por qué no me alivia?

Jesse no sabía que decir, pero lo intentó.

—Porque has perdido la esperanza, y, aunque la esperanza no nos hace olvidar la dureza de la muerte ni el sufrimiento que comporta, ni los sufrimientos humanos que son tantos, tan grandes y tan extensos, puede transformarlos y llenarlos de luz.

A Laura se le iluminaron los ojos. Esas mismas palabras se las dijo ella a él años atrás.

—Es curioso que me recuerdes aquello que te dije hace tantos años.

Jesse le sonrió.

—Me dijiste que la esperanza empuja con una fuerza irresistible a fijar la mirada, por eso no dejes que te la arrebathe las dudas y el miedo —Laura lo miró con verdadero cariño—. Tus palabras me ayudaron cuando más lo necesitaba.

—Me alegra saber que fui de ayuda.

Jesse la tomó de las manos y se las apretó con cariño.

—Mi diste esperanza cuando me creí vencido.

La puerta del salón se abrió de pronto, y la cabeza de Linda asomó por el hueco abierto. Cuando vio que el hombre tenía las manos de su tía cogidas, entrecerró los ojos con recelo. ¿Habría algo entre ellos? Esa intimidad que observaba no le gustaba ni un pelo. Y sintió algo en su interior, algo a lo que no supo ponerle nombre. Su rostro debió de reflejar lo que pensaba porque él soltó las manos arrugada de su tía con cierta brusquedad.

—El señor Moore pregunta por ti —dijo ella.

—Te dejo —se despidió Jesse.

—No te olvides de darle mi carta a mi abogado. Está en la consola de la entrada.

—No lo haré, descuida —Jesse la besó en la frente y salió del salón.

Laura clavó sus ojos en su sobrina.

—Dile al reverendo padre que lo veré ahora.

Los ojos de Linda mostraron la confusión que sentía. ¿El hombre que esperaba en el vestíbulo era el párroco de Grenville? ¿Y por qué no vestía con sotana o alzacuellos? Además no debía de tener más de treinta años. No parecía un religioso en absoluto.

—Jesse le sonrió mientras le hacía un gesto de despedida.

Linda y Jesse tropezaron el uno con el otro. Cuando ella quedó desestabilizada, las manos de él la sujetaron, y Linda sufrió una debacle porque esas manos la quemaron allí donde las puso. Las sentía al rojo vivo través de la fina tela de su vestido. Tuvo que suspirar con fuerza y contener un gemido.

Jesse no se parecía en nada a los altos ejecutivos de Nueva York. No vestía traje y corbata sino camisas de cuadros y tejanos gastados, sin embargo, su cercanía la ponía nerviosa. Le aceleraba el pulso, y Linda le puso un nombre a todo lo que le hacía sentir: deseo.

No hizo falta que Linda lo acompañara a la puerta pues Jesse se marchó rápido.

*Hoy, me he asustado de verdad. Hace tiempo que observo una actitud extraña en Larry. Está como intranquilo, reservado. Intento animarle preparando recetas deliciosas que practico en la escuela de cocina, pero nada parece atraer su atención, y por eso decidí que lo ayudaría físicamente a olvidarse de los problemas. Vine del trabajo corriendo para ahorrar el mayor tiempo posible. Preparé una cena romántica con uno de esos vinos franceses que tanto le gustan y que guarda en su bodega. Y yo me preparé a conciencia. Me bañé con agua y pétalos*

*de rosas. Me nutrí con cremas para que mi piel estuviera lo más sedosa posible. Me lavé el cabello, lo sequé con mimo y me lo dejé tal y como le gusta a él. Preparé la mesa con el mejor mantel, con los cubiertos pulidos, pero Larry no se fijó en todo el esfuerzo que hice. Sin saber cómo, comenzamos a discutir, y su tono de voz se fue elevando hasta casi gritar, nunca lo había visto así, y, de repente, quizás por la mirada que le dirigí, o por la confusión que podía ver en mi rostro, caminó directamente hacia mí y me besó larga y profundamente. No fui consciente de que empujaba toda la vajilla y cristalería hacia el suelo, ni que me sujetaba con excesiva fuerza. Cuando fui consciente de lo que pretendía, me negué, pero entonces me susurró al oído que no podía hacerlo, porque se lo había prometido. Me tumbó con brusquedad sobre la mesa, estómago con madera. Me subió la falda, me arrancó las bragas, y, sin preámbulos, me penetró de forma violenta. Sentí dolor, me sentí mal. Esa no era la forma de sexo que yo quería, pero no me dejaba pensar pues sus penetraciones eran profundas y dolorosas. Cuando creí que llegaba al orgasmo, puso sus manos en mi cuello y comenzó a apretarlo. Sentí que me asfixiaba, apenas podía respirar, pero él seguía empujando y sometiéndome de una forma que me desagradó.*

*Me apretó tanto el cuello que estuve a punto de perder la conciencia. Creí que me ahogaría, y, entonces, cuando casi mi rostro se volvió azul, él eyaculó en mi interior. Su grito resonó en mis oídos tan ardiente, como el ácido de mis lágrimas al bajar por mis mejillas. Me sentía herida, me sentía ultrajada, pero entonces Larry descorchó la maldita botella de vino, y brindó a nuestra salud...*

## CAPÍTULO 10

Había llegado una carta de Nueva York para ella, pero Linda no quería abrirla. Seguía mirando el sobre que descansaba sobre la mesa de la cocina. Como había remodelado el apartamento de la directora de la oficina central de correos en Brooklyn, le había dejado la dirección de la casa de su tía para que le enviara el correo que le llegara. Sharon Olivier era una mujer caprichosa, voluble y muy guapa que había intentado que ambas fueran amigas inseparables, pero Linda nunca había estado por la labor. Ella era la profesional que había transformado su vivienda, nada más.

Linda giró la cabeza al escuchar que su tía gemía por el dolor. Se mordió ligeramente el labio inferior llena de impotencia. Ella no podía hacer nada, sobre todo porque su tía había contratado días atrás los servicios de una enfermera profesional para que la atendiera durante la noche. La enfermera había transformado el dormitorio de su tía en una habitación de hospital, y Laura ya no salía de allí. Cuando la morfina que le administraban lograba calmarle los terribles dolores que padecía, sobre todo por las noches, ella aprovechaba para leerle un poco, pero ya no conversaban como en el pasado. Su tía apenas podía alimentarse, y lo único que podía hacer por ella era acariciarla para brindarle un poco de consuelo.

«¿Por qué tiene que ser tan duro?», se preguntó angustiada. «Quiero que termine pronto, que no siga sufriendo de forma tan injusta», continuó enfadada con todo. El teléfono sonó de repente, y fue la primera vez que Linda ignoró la llamada.

De nuevo clavó la mirada en el sobre antes de cogerlo entre los dedos fríos para romperlo en varios pedazos. Un segundo después se levantó, y abrió la puerta del armario bajo el fregadero que escondía el cubo de basura. Abrió la tapa y tiró los restos del sobre que no había abierto.

Como una autómatas abrió la puerta del frigorífico y sacó un recipiente que contenía caldo. Puso un cazo en el fuego y añadió parte del caldo. Comenzó a removerlo despacio. Tenía que lograr que su tía se tomara unas cucharadas, aunque fueran pocas. Llevaba así cinco minutos cuando la enfermera entró en la cocina.

—¿Puede prepararme un café? ¿Por favor? —le pidió la mujer.

El cuerpo de Linda se giró hacia ella.

—¿Mi tía...? —no continuó la pregunta.

—Ahora descansa —respondió la profesional.

A ella le parecía inaudito que le dijera algo así cuando hacía solo un momento que la había escuchado quejarse. Separó el cazo del fuego y tomó otro donde puso agua. En casa de su tía solo había café instantáneo, y le preparó uno a la enfermera.

—¿Puedo sentarme? —pidió la mujer.

Linda le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Por supuesto —veía a la profesional cansada. Llevaba cuatro días seguidos ocupándose de su tía, por ese motivo se ofreció a sustituirla—. Podría descansar un poco —le dijo de pronto—. Yo puedo ocuparme de ella unas horas.

La mujer negó con la cabeza mientras aceptaba el café y tomaba un sorbo.

—Descanso cuando duerme —le explicó—, pero necesitaba un café, esta noche pasada resultó bastante larga.

Linda también se había mantenido despierta. La enfermera cuidaba a su tía porque Laura lo había dispuesto así semanas atrás, pero ella no podía dormir cuando su tía sufría tanto. Se sentía inútil, perdida. Desconsolada por completo.

—Lamento que el café sea instantáneo —Linda le pasó la taza de té y el azucarero para que la mujer se sirviera tanto como le apeteciera.

—No se preocupe —contestó amigable—. Podría salir a la calle para que le de un poco el aire, parece agotada —le aconsejó la enfermera.

Desde que su tía había empeorado, Linda no había salido de la casa. Jesse tampoco había repartido esa semana la cesta con las verduras, y se preguntó el motivo.

—¿Dormiré mucho tiempo? —preguntó a la enfermera.

La mujer dejó la taza sobre la mesa antes de responder.

—La dosis que le he dado la mantendrá calmada al menos durante cuatro horas.

—¿Tanto?

—Temo que pronto tendremos que recurrir a la sedación paliativa terminal.

Laura no había dejado ningún detalle sin especificar. Como no quería morir en el hospital, había hecho arreglos para que una persona cualificada se ocupara de ella en sus últimos días, también para que le administraran los fármacos necesarios como estrategia asistencial en sus últimas horas.

—Es tan duro como recordaba —se lamentó Linda.

—La situación clínica de los enfermos con cáncer en etapas avanzadas es bastante compleja y difícil.

—Soy consciente de ello.

—Entonces ya sabe que todo irá a peor —le explicó la enfermera.

La mente de Linda regresó a un momento concreto del pasado.

—Cuando mi madre ya no pudo resistir el dolor, aceptó la sedación. Yo no quise, me opuse con todas mis fuerzas, pero el equipo médico respetó su decisión.

—Es una medida válida y necesaria cuando ya no es posible modificar el desenlace natural de la enfermedad —le aclaró la sanitaria.

—Cuando mi madre decidió aceptar que la sedaran, me lo tomé muy mal —murmuró Linda sin mirar a la mujer—. Era joven, inmadura, y la quería hasta el punto de que no podía aceptar que se fuera de forma voluntaria.

La enfermera entendía perfectamente la inquietud de ella y su resignación.

—Tómese un tiempo fuera de la casa, le hará bien.

Linda no tenía ganas de salir, solo quería esperar, pero era consciente de que no podía hacer nada por su tía cuando descansaba. Pensó en visitar el rancho en ruinas, pero decidió que visitaría mejor el de Jesse para recoger algunas verduras.

—Iré a comprar algo de verdura fresca.

Linda tomó la tarjeta de Southfork Ranch que su tía tenía puesta con un imán en la puerta de la nevera. Al lado de la tarjeta había una foto de ella en su graduación. Al verla sintió ganas de llorar. Laura no se había perdido ningún evento relacionado con ella y su instrucción tanto educativa como profesional.

—Me alegro de que siga mi consejo —sonrió la enfermera al ver que Linda se preparaba para salir.

Pero dudaba entre quedarse o irse.

—Tiene mi número de teléfono —le recordó—, llámeme si surge algo imprevisto.

La enfermera la animó con la mirada.

—Ella estará bien —la mujer se refería a su tía.

—Me da miedo salir y que surja un problema y yo no esté aquí.

Ese era su miedo más inmediato

—No le hace bien estar aquí recluida —la mujer tenía razón.

Pero ella seguía vacilando.

—¡Vamos! ¡Váyase!

Soltó un suspiro largo y finalmente se puso la gruesa chaqueta, cogió el bolso. Buscó las llaves del jeep, y, cuando se percató de que estaban dentro, se despidió de la enfermera y salió a la calle. La fría brisa de diciembre le hizo subirse el cuello del fino jersey.

El día estaba gris como su ánimo, pero esa circunstancia no la detuvo. Abrió la puerta del coche, metió la llave y arrancó. Con un suave acelerón dejó la casa de su tía y sus miedos atrás.

## CAPÍTULO 11

Laura abrió los ojos y vio a su abogado frente a ella. Trató de sonreír pero solo le salió una mueca. Giró el rostro buscando a su sobrina pero no la encontró en la habitación.

—Ha salido a comprar un poco de verdura fresca —le informó la enfermera que le tocó la frente para comprobar la temperatura.

—¿Te sientes con fuerza para firmar los papeles de la compraventa? —le preguntó el hombre trajeado.

—¿Te costó mucho localizar al propietario? —inquirió con voz cansada.

—Prepararé un poco de té —se ofreció la enfermera que dejó al abogado y a Laura a solas para que trataran asuntos legales.

—Fue más fácil de lo que pensaba —respondió el hombre—, y aunque rechazó nuestra primera oferta, logré convencerlo.

El abogado le colocó una almohada de plumas tras la espalda de Laura para que pudiera reincorporarse un poco. Sacó los papeles del maletín, y se los puso bajo una carpeta.

—Tienes que firmar aquí, y aquí —se lo señaló paciente.

Laura estampó su firma de forma temblorosa.

—Me alegro tanto de que hayas podido arreglar la compraventa —le dijo agradecida.

El abogado la miró durante un instante con ojos entrecerrados.

—Es una propiedad en ruinas, es posible que no comprenda tu interés en comprarla para ella.

Laura ya lo sabía, pero había visto cómo ese lugar le iluminaba el rostro de su sobrina: se transformaba, y aunque era un riesgo comprar un rancho como regalo sin preguntarle su opinión al respecto, asumió el posible riesgo.

—Mi sobrina ama las ruinas, y estoy convencida de que hará un buen trabajo con ellas.

El abogado guardó los documentos de nuevo en el maletín.

—Te recuerdo que tu sobrina vive en Nueva York. Es posible que decida vender todo y regresar allí.

—No me preocupa —admitió Laura—. Ese rancho que he comprado significa algo muy importante para mi sobrina —le contó a la abogada—. Será un sueño que Linda le devuelva el esplendor que tuvo en el pasado, y que lo venda.

El hombre ya no pudo responder porque la enfermera traía una bandeja.

—Aceptó una taza, pero tengo que marcharme pronto.

Laura tomó la mano de su abogado y le sonrió

—Gracias...



\*\*\*

Jesse no se sorprendió al verla, y por ese motivo le mostró la misma sonrisa de siempre. Ella se tomó su bienvenida muy bien.

—¿Cómo está nuestra querida Laura? —a Linda se le hizo un nudo en la garganta al escucharlo

Y sin previo aviso, rompió a llorar. Fue espontáneo, inesperado, pero Linda se encontró entre los brazos del vaquero que la consolaba.

—Tranquila —la dijo él—, es normal que te sientas así.

Ella no podía parar. Eran meses, y semanas viendo que su tía se apagaba poco a poco. No lo resistía.

—¿Está peor? —le preguntó él.

Linda suspiró largo.

—Ahora está dormida, y vigilada por la enfermera.

—Me alegra de que hayas decidido tomar el aire.

—Lo necesitaba.

Jesse le ofreció un pañuelo. Ella lo aceptó agradecida.

—¿Quieres una visita guiada por Southfork Ranch ?

Linda hizo una mueca que a Jesse le pareció un atisbo de sonrisa.

—He extrañado tus verduras —en realidad quería decirle que lo había extrañado a él.

Jesse resopló con fastidio.

—Se rompió una tubería de riego y tardaron tanto en repararla que la mayoría de las verduras terminaron pudriéndose.

—Lo siento mucho.

Jesse le puso la mano en la espalda para guiarla por la propiedad.

—Los consumidores habituales de mis verduras se están portando genial —le explicó él—, no podría hacer frente a tantos pagos devueltos.

Ella lo miró asombrada.

—¿Y entonces?

—He paralizado con el banco los futuros cobros, y los actuales los resarciré en la siguiente cosecha.

Linda sabía que la horticultura era arriesgada porque dependía del clima, de situaciones imprevistas como inundaciones, granizo, etc.

—Si necesitas liquidez puedo hacerte un préstamo.

Jesse la miró asombrado.

—¿Harías eso por un hortelano vaquero que anda como por su propia casa en la de tu tía? — Linda no tuvo más remedio que sonreír al escucharlo.

Después de la conversación que había mantenido con su tía sobre Jesse, la mujer había terminado llamándolo hortelano vaquero. Cuando le contó a él los motivos para llamarlo así, Linda enrojeció hasta la raíz del cabello porque Jesse la miró de una forma que le derritió los huesos, y hasta el día presente no sabía si era por la vergüenza que sintió, o por algo más que no se atrevía a analizar.

Le encantaba su compañía porque la hacía sentir bien. Habían hablado en incontables ocasiones cada vez que le llevaba las verduras a su tía. Le gustaba como la miraba porque le aceleraba el pulso. Había momentos en los que Linda pensaba cómo sería un beso suyo, pero

recobraba el sentido con rapidez. Eran amigos, y no quería estropear la primera amistad sincera que tenía con alguien desde hacía mucho tiempo, aunque fuese tan atractivo y enigmático como Jesse Pratt.

—Muchas gracias, Linda —correspondió él a su ofrecimiento de prestarle dinero—, pero saldré de esta como he salido de otras.

—No lo pongo en duda —respondió sincera.

—Ven, te mostraré el huerto de naranjos, y las pocas verduras que todavía no se han ahogado.

Durante la siguiente hora, Linda recibió una clase completa sobre plantación, germinación, tala, y cosecha de frutos. Jesse le explicó el programa de actividades diarias que tenían y le mostró algunas fotos sobre el comienzo de Southfork Ranch. Probó tomate en conserva, mermelada de naranjas, y bizcocho de calabaza.

El horticultor le habló de su infancia. Le habló de sus padres, pero no le habló de Emma. Ella sentía curiosidad, pero no le preguntó, y para Linda fueron las dos mejores horas en mucho tiempo.

—Podría dibujar aquel huerto de naranjos.

—¿Y por qué no lo haces?

Ella lo miró durante un momento sorprendida.

—Hace mucho tiempo que no dibujo.

—Debe de ser como montar en bicicleta, una vez que se sostiene un pincel ya no se olvida cómo utilizarlo —Linda volvió a reír—. Pareces más joven cuando sonríes.

La mujer agradeció que no utilizara el comodín de la belleza sino de la juventud para piropearla.

—¿Has sumado ya los años que tengo?

Le recordó la broma que le había gastado anteriormente, y lo vio sonrojarse de nuevo. Le resultaba tremendamente encantador.

—He sonreído más desde que te conozco que en toda mi vida —le dijo ella.

—No me extraña —contestó él—. El frío y árido Nueva York cría fuertes muchachas pero nulas en sentido del humor.

—¡Tengo sentido del humor! —exclamó con falso enojo.

—El mismo que una endibia —Jesse le señaló un plato lleno de ellas.

Linda hizo un gesto de impotencia con los hombros.

—Entiendo por qué te gusta la horticultura —le dijo ella—, aquí se respira vida.

Tras pronunciar esa frase se quedó callada.

—Va a ser muy duro, pero lo superaremos.

A ella le gustó que Jesse se incluyera en el nutrido grupo de gente que quería a su tía, y que la iba a extrañar cuando faltara.

—Cada día se me hace más difícil ver cómo se va apagando.

—Tengo que ir a verla, pero he estado muy liado resolviendo los problemas de inundaciones en el huerto.

—Se alegrará de verte —le dijo Linda—, aunque cada vez está menos consciente de todo.

—Entonces trataré de pasarme mañana antes de ir al banco.

Jesse la iba acompañando hacia la salida del huerto donde Linda había aparcado el jeep. Ella sacó las llaves del bolsillo de su pantalón.

—Me alegró de haberme pasado por aquí.

Era cierto. Ahora se daba cuenta de cuánto necesitaba la mirada azul de él. Sus bromas

continuas. Jesse destilaba vida por cada poro de su cuerpo.

—Puede venir siempre que lo desees, y puedes traerte tus lápices para inmortalizar los naranjos.

—Dibujar, no, pero podría darte una charla completa sobre cálculos de estructuras.

El rostro de Jesse mostró lo que le parecía esa propuesta.

—Si vienes otro día, te invito a merendar —le ofreció él.

—Seguro que lo haré.

—Dale un beso muy fuerte a tu tía de mi parte.

Jesse le tendía la mano en señal de despedida. Linda tardó un par de segundos en aceptarla. Cuando lo hizo, una descarga eléctrica la recorrió de la cabeza a los pies. Le brillaron los ojos, y se le aceleró la respiración. Linda desconocía que Jesse había sufrido la misma debacle que ella. ¿Por qué esa sensación de vértigo no le había sucedido nunca con Larry?

—Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de un paseo.

—Me alegro de haber sido yo el que te llevara al huerto.

Linda terminó por reír al escucharlo.

—Cúidate, Jesse —le dijo ella.

—Tú, también, y trata de descansar más, se te nota agotada.

El rostro de ella se ensombreció.

—Ahora es imposible que descanse, no, cuando mi tía lo está pasando tan mal.

Y Jesse hizo algo impulsivo, se inclinó sobre ella, y la besó, al principio de forma suave, pero ella aceptó el beso, y él lo profundizó. La sujetó por la cintura, y la atrajo hacia su cuerpo musculoso. Linda se dejó llevar por el beso, y participó de forma activa. ¡Besaba tan bien! Pero cuando ella iba a abrazarlo por el cuello, Jesse concluyó el beso.

No se dijeron nada, no hacía falta.

Ya sin mirarlo, Linda se dirigió hacia el coche. Abrió la puerta y se introdujo dentro. Metió la llave en el contacto, y, con un fuerte acelerón, salió de la finca.

Jesse se quedó atrás mirando la estela de polvo que el vehículo iba dejando a medida que se distanciaba de Southfork Ranch. Soltó un suspiro largo y pesado. Linda le gustaba mucho. Se sentía atraído poderosamente hacia ella desde las largas conversaciones que había mantenido desde su llegada. Se arrepentía de haberla besado, pero no había podido resistirse.

Lamentaba de verdad que Laura estuviera tan mal, y maldijo la inoportuna avería que no le había permitido ir a verla.

Miró una última vez el punto lejano del coche de Linda, y regreso de nuevo al huerto.

## CAPÍTULO 12

Linda se encontraba leyendo unos versos en voz alta.

—¡Es precioso!

Linda giró el rostro para mirar a la enfermera que aplaudió cuando ella terminó de recitar. Creía que estaba sola con su tía.

—Le leía a mi tía versos de su poeta preferido —le explicó a la mujer que se abotonaba la bata blanca.

—¿Cómo se titula ese que le leía?

—En paz.

Los ojos de la enfermera brillaron pues su paciente estaba bañada, peinada, y olía a perfume de rosas. Su sobrina le había puesto unos pendientes de perlas, y al cuello la cadena con la fina cruz de oro blanco.

—Si me hubiese esperado, la habríamos bañado entre las dos. Es muy pesado hacerlo sola.

Linda se levantó del sillón que habían colocado al lado de la cama, se puso las manos en los riñones y se los masajeó.

—No ha sido difícil, pesa muy poco.

Los ojos de Linda se clavaron en el rostro de su tía que dormía. La enfermera le había administrado un fuerte sedante por la noche.

—Necesita descansar un poco —le dijo la mujer.

Como la enfermera había tenido que bajar al hospital para recoger unas medicinas, Linda había aprovechado para poner guapa a Laura. Aunque estaba muy delgada, arreglada parecía menos enferma.

—¿Se despertará hoy? —quiso saber.

La enfermera no respondió en seguida, se tomó su tiempo para hacerlo.

—Veo síntomas que me indican que es posible que haya entrado en sus últimos días de conciencia.

Linda soltó un gemido de angustia. Ella también los había percibido, pero no quería aceptarlo. Las pupilas de Laura ya no eran reactivas. No respondía a los estímulos verbales. Ya era incapaz de cerrar los párpados por sí misma. Ella podía reconocer todos y cada uno de esos síntomas por su madre, y porque un amigo médico se los había señalado para que aceptara la verdad de una vez.

—Iré a preparar un café.

Salió de la habitación de la tía con urgencia. Necesitaba estar sola para serenarse. No era lo mismo sospechar que su tía había entrado en la etapa final, y otra muy distinta escucharlo de un profesional que entendía de síntomas mucho mejor que ella.

En la cocina se apoyó en la encimera y cerró los ojos. Aunque trató de evitar el llanto, no pudo. Y durante varios minutos se desahogó en silencio. Pensó en su madre y en la falta que le hacía. Si estuviera con ella, la consolaría como solo una madre puede y sabe hacer. Pensó en lo lejos que estaba su casa en Nueva York. En su trabajo inacabado. Pensó en su vida y en lo sola que se iba a quedar en el mundo. Lloró hasta la extenuación, pero las lágrimas actuaron de exorcismo.

Momentos después se limpió el rostro y puso un cazo con agua al fuego. Tenía que comprar una cafetera porque el café instantáneo le gustaba bien poco, pero siempre lo posponía. Sacó unas galletas de avena del armario y las colocó en un plato pequeño. Lo puso todo en una bandeja y la llevó al cuarto de su tía.

—Imagino que querrá acompañarme a tomar este café tan malo.

La enfermera le mostró una sonrisa cordial.

—Un café, aunque sea instantáneo, es mejor que nada, muchas gracias.

La mujer tomó la taza que le tendía Linda y bebió un sorbo.

—Mi tía siempre tomaba té —le explicó a la enfermera—, por ese motivo solo tiene en la despensa café instantáneo.

—Yo no soy persona hasta que me tomo el primero —admitió la otra.

Linda volvió a sentarse en el sillón mientras la enfermera lo hacía a los pies de la cama con mucho cuidado.

Laura seguía en la misma postura y con los ojos cerrados.

—No tendría que pasar por estos momentos sola —le dijo la mujer que se había terminado su café y dejaba la taza sobre la bandeja.

—Soy su única familia —susurró Linda.

—Mi experiencia me dice que debería llamar a alguna amiga para que le acompañe durante unos días.

Ella no tenía amigas. Larry Gray se había encargado de ello.

—Ya me he enfrentado a esto antes —como la mujer la miraba curiosa, ella optó por aclararle sus palabras—. A mi madre también se la llevó el mismo cáncer que se está llevando a mi tía —la enfermera entrecerró los ojos meditando en las palabras de Linda.

—¿Y no se siente preocupada? —preguntó con alarma.

—Realmente no —Linda escuchó perfectamente la exclamación de la enfermera—, aunque tengo todas las papeletas del sorteo para ser la siguiente afortunada.

—Podría tomar precauciones desde ya —le aconsejó.

Linda sentía ganar de llorar de nuevo.

—Mi tía las tomó tras la muerte de mi madre: chequeos cada seis meses. Analíticas. Se hizo varias pruebas genéticas, y cuando le diagnosticaron el cáncer de mama, se le había extendido al pulmón —Linda calló un momento antes de continuar con voz seca—. De nada sirvió todo lo que hizo para prevenir, salvo alargar su agonía.

—Si te hicieras la prueba genética —la tuteó por primera vez—, y diera positivo, podrías extirparte las mamas antes de que se reprodujera el cáncer —apuntó la enfermera.

El rostro de Linda empalideció por completo.

—El gen mutante en la historia de mi familia no solo abarca lo senos sino también el útero. ¿Qué sería si me extirpara las mamas y el útero?

—Una persona viva —respondió la mujer.

Linda desvió el rostro de la enfermera al de su tía. Como iba a morir de todas formas, prefería hacerlo más rápido y al menos completa.

—Eso no es una opción para mí.

La enfermera se sentía desconcertada al escucharla.

—La vida siempre es una opción —la rebatió firme.

Linda tomó la mano de su tía entre las suyas, y sonrió sin ganas.

—Mi madre luchó como una fiera, mi tía también, y las dos se fueron de esta vida mutiladas e

incompletas.

—Tu tía no está muerta todavía —le recordó—, y esto no tiene por qué sucederte a ti —insistió la otra.

Linda apretó los labios porque no quería seguir hablando sobre ello como no lo quiso hablar con Laura en los meses anteriores. Ella conocía muy bien sus motivos, y le molestaba que terceros los cuestionaran.

—He decidido vivir la poca o mucha vida que me quede como una mujer completa.

La enfermera parpadeó confusa.

—Igual pensarías de forma diferente si tuvieras pareja e hijos.

Linda chasqueó la lengua por la conclusión a la que había llegado.

—Precisamente por esta posibilidad certera de muerte, he decidido no tener hijos.

La mujer no podía comprenderla. ¿Qué persona en su sano juicio decidía mantenerse sola en la enfermedad y en la muerte? La mirada de Linda le indicó que estaba muy molesta por la conversación que mantenían.

—Te pido disculpas si piensas que me he metido en tu vida privada opinando sobre estos temas.

—Sí —respondió Linda—. Has invadido mi espacio privado —le espetó con cierta amargura.

—De nuevo te pido disculpas.

Linda percibió que la mujer la miraba precavida.

—Lamento mi tono desabrido —le dijo entonces—, pero este tema consigue alterarme por completo.

—Lo entiendo —afirmó la mujer.

Durante varios minutos ninguna de las dos dijo nada. Se mantuvieron en un silencio pesado pero que no resultó molesto.

—Mis palabras anteriores muestran mi rechazo a tener hijos y exponerlos a este sufrimiento si finalmente tengo la mutación y desarrollo la enfermedad que se llevó a mi madre y que se llevará a mi tía.

La enfermera la había comprendido aunque no compartía su forma de pensar. Como profesional dedicada a cuidar la vida de las personas, esa disidencia la descolocaba.

—Estoy convencida de que tu tía se ha sentido agradecida por no estar sola en estos momentos a pesar de la angustia y el dolor que su muerte te provocará.

Ese era el punto descosido que amenazaba con deshacer el resto de costuras que mantenían el corazón de Linda en su sitio.

—Yo no quiero hacerle pasar a nadie por esto —concluyó con voz firme.

Y ya no se dijeron nada más. Linda dejó a la enfermera con su tía, y ella se dedicó a vagar por la casa, pero tras dos horas en un incesante ir y venir, decidió dar un paseo con el coche. Antes rebuscó las acuarelas y los oleos que su tía guardaba de ella, de cuando era una estudiante feliz y ajena a todos los infortunios que le deparaba la vida. En el interior del armario, en la banda superior, había una caja que ella conocía. La sacó con cuidado y la dejó sobre los pies de su cama. Abrió la tapa y lo que encontró dentro le llenó los ojos de lágrimas: fotos de su niñez y cartas que le escribía a su tía desde Nueva York. Un recopilatorio de poemas, unos dibujos a carboncillo hechos por ella. En el fondo estaban todavía los tubos de óleo y los pinceles que su tía había limpiado y guardado en una bolsa. Sonrió llena de cariño. Ahora solo le faltaba pasar por la tienda para comprar una libreta de pinturas. Lo metió todo en el interior del coche, lo arrancó de forma mucho más suave que de costumbre y enfiló la carretera hasta la ciudad donde compraría lo

que le faltaba para pintar. Conocía el lugar perfecto donde podría olvidarse por unos momentos de la angustia y la impotencia en la que estaba sumida.

Pero no llevaba ni media hora allí, cuando vio la camioneta de Jesse que aparcaba junto a su jeep. En el rancho ruinoso se encontraron los dos.

—Llamé a la casa de tu tía, y la enfermera me indicó dónde encontrarte.

Ella no respondió pero se alegraba de verlo.

Caminaron juntos hacia las florecillas azules que tanto le gustaban a su tía. Se sentaron sobre una manta a cuadros que Jesse había tendido sobre la fresca hierba. Hablaron sobre la vida, y, en algún momento en el que Linda no pudo recordar, Jesse puso el brazo sobre sus hombros, y la animó a que se apoyara en él, y en esa postura íntima, disfrutaron del bonito paisaje en silencio. No necesitaron decirse nada, solo escuchar el silencio de ambos, y bañarse en los tonos amarillos y naranjas mientras el sol se iba escondiendo. Después, con la creciente oscuridad, Jesse la besó de forma tierna, suave. Ella se dejó besar porque lo necesitaba. Nunca Larry había despertado en ella ese ansia por devolver el beso, y era porque Jesse no exigía ni tomaba por la fuerza. Pedía y esperaba. Mucho se temía Linda que estaba enamorándose de él.

¿Cómo lo había logrado? Con infinita paciencia. Porque no se parecía en nada a los hombres que había conocido en Nueva York.

—Voy demasiado rápido —se quejó Jesse—. No deseo hacer nada que te moleste.

Linda giró el rostro para que no viera su turbación. Jesse era cuidadoso, Larry, no. Jesse preguntaba, Larry imponía. Existía un universo de distancia entre ambos.

—Pararé si tú lo deseas...

Linda sintió ganas de llorar. Estaba muy afectada por su tía, por su pasada relación con Larry, y necesitaba sentirse protegida. Ese último pensamiento la decidió.

—Por favor, Jesse, sé paciente conmigo, sé tú mismo para los dos...

Jesse no necesitó ningún otro aliciente mas, y, lo primero que hizo, fue hacerla sentir tranquila, como si fuera su primera vez. La abrazó con fuerza, y la besó de forma linda. Con infinita paciencia, la fue preparando con suaves y largas caricias hasta que la sintió relajada bajo sus brazos, y entonces comenzó a acariciarla de forma más profunda, pero siempre pidiéndole permiso, y lo obtenía con la forma de responderle. Las caricias fueron subiendo de voltaje hasta tornarse lenguas de fuego en el interior de ambos, y, a pesar de la excitación, Jesse siguió tranquilo y transmitiéndole a ella una profunda serenidad. Cuando la penetró fue tan dulce y tan responsable, que Linda sintió deseos de llorar.

Jesse le había hecho el amor de muchas formas diferentes en ese breve espacio de tiempo, y lo había hecho de una forma que la hizo sentir limpia, admirada, deseada. Y no solo le hizo el amor con su cuerpo, se lo hizo con los labios al decirle cosas hermosa, que ella jamás podría olvidar. Por primera vez en mucho tiempo, Linda tuvo un orgasmo natural, intenso, y que la llenó de un enorme alivio porque hasta que ella no llegó al clímax, Jesse no se permitió llegar al suyo. Después, la rodeó con sus brazos, y la encerró entre ellos. Como si Linda fuera la más preciosa de las reliquias.

\*\*\*

El día del entierro de Laura, llovió como suele llover en Texas: en ráfagas, y con furia

desmedida. La noche silenciosa en la que la habían velado, dio paso a una mañana fría y desangelada. Al sepelio acudieron más de doscientas personas. Linda ignoraba que su tía era tan querida y conocida en los alrededores de Grenville. Sus amigas del alma la consolaron, lloraron con ella, y contaron sus penas y alegrías haciéndole las horas del velatorio menos amargas. Incluso el alcalde había dicho unas palabras sentidas que la emocionaron. Ya de pie en la capilla, cuando oraban por el descanso eterno de Laura, Linda sintió unos ojos clavados en su espalda. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, y, por instinto, giró el rostro. Larry estaba unas cuantas filas detrás, y la miraba con rostro frío. ¿Cómo se había enterado de la muerte de su tía? ¿Qué hacía en Grenville?

Soltó un suspiro largo y tenso. Tenía los ojos enrojecidos, bolsas oscuras bajo ellos, y un hielo dentro del corazón que no lograba derretir ni la calefacción del edificio. Tras la última oración, y plantada frente al féretro donde reposaba el cuerpo sin vida de Laura, la gente se dispuso a hacer la cola reglamentaria para expresarle el pésame. Ella sola ocupaba y presidía la fila primera de bancos, y volvió a suspirar completamente agotada. Recibía las muestras de condolencia de personas que no había visto nunca, pero veía en sus rostros la tristeza y el dolor que les causaba la pérdida de Laura. Cuando le llegó el turno a Jesse, le sujetó las manos con verdadero afecto y le ofreció unas palabras de consuelo: fueron las únicas de las cientos que había escuchado que le oprimieron el corazón de verdad.

Sentía ganas de llorar, pero ya no tenía lágrimas. Jesse la abrazó de forma natural, y ella se dejó vencer sobre su recio cuerpo. Jesse le hacía sentir que no estaba sola. Que él siempre estaría a su lado, y la promesa de sus ojos la llenó de alivio.

Llegó el turno de él, y Linda bajó los ojos. Se sentía incapaz de sostenerle la mirada.

—Te doy el pésame —le dijo sujetándole las manos como momentos antes lo había hecho Jesse—. Podrías haberme llamado.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

—Confío que pronto podamos hablar.

—Gracias.

—Mírame —le ordenó. Ella así lo hizo, aunque renuente—. Estaré aquí unos días, confío que podamos hablar cuando lo creas prudente porque tienes que regresar a Nueva York.

—Gracias —reiteró.

No podía decir nada más.

Durante la siguiente hora, siguió recibiendo palabras de ánimo y de consuelo, pero la mente de Linda estaba centrada en un hombre de sesenta años, de pelo cano, y que ella había dejado atrás.

Había hecho lo imposible por hacerlo.

Larry Gray estaba en el entierro de su tía, y Linda se preguntó cómo podría deshacerse de él. Era el segundo día más triste de su vida, y la presencia de él empañaba todavía más el momento amargo.

*Tengo que dejar a Larry, y tengo que hacerlo porque ya no soporto que me toque. Es mirarlo, y me provoca náuseas. ¿Cómo he permitido que me sumerja en este pozo de inmundicia? ¿Cómo he permitido que me denigre a mí misma de tal forma? Pero toda la culpa no es mía, porque confié en él, y lo hice a pesar de las malas experiencias que vivo a su lado. Me creí enamorada, me creí una princesa que alcanzaba la dicha con el hombre más extraordinario, pero ese hombre al que creía un príncipe, resultó estar enfermo de mente y de corazón; podrido, y jamás podré perdonarle que me haya podrido a mí también.*



*Regresé a casa feliz, había conseguido un proyecto importante, y me sorprendió que hubiese preparado un cóctel pues apenas eran las cuatro de la tarde. Estábamos los dos solos en la casa pues había despedido a la mujer que limpiaba a petición mía. Sonreí porque me gustó la atención que me dispensaba. Lo había preparado todo para tener una velada romántica. Al menos eso es lo que me hizo creer por el ambiente del salón, por la suave música, y por la copa de cóctel que estaba muy buena, tanto, que repetí. Se sentó a mi lado y escuchó mi noticia, creí ver que se alegraba, y ello provocó en mi interior que la nieve que tenía acumulada por las dos últimas experiencias sexuales con él, se derritiera de repente. Larry me importaba, quería ser feliz a su lado, pero me repugnaba las cosas que quería hacerme y que le hiciera. Por mi falta de autoestima, creí que complaciéndole llegaría a quererme de verdad, pero me engañaba. Sonó el timbre de la puerta, y se ofreció para abrirla, aunque antes me llenó otra copa con el dulce cóctel. Al salón entraron dos hombres que no conocía, Larry los presentó como dos de sus socios, y comenzaron a hablar al lado de la chimenea de un asunto importante, pero Larry me aseguró que no dudaría mucho. Yo me sumergí en pensamientos sobre el ambicioso proyecto conseguido, en lo que podría crecer como arquitecto pues era una obra muy importante para la comunidad, y de repente, me sentí mareada, quise dejar la copa sobre la mesita, pero no la alcance. Al estrellarse en el suelo, Larry se giró hacia mí, y me miró con ese brillo extraño en los ojos. Quise levantarme, pero no pude, y tuve que echarme hacia atrás porque el mareo iba en aumento. Larry caminó hacia mí, y tuve que cerrar los ojos. No sé cuánto tiempo estuve así de mareada e inconsciente porque cuando volví a abrir los ojos estaba desnuda sobre el sofá. Uno de sus amigos me lamía la vulva, el otro me pellizcaba los pezones con los dientes. Quería gritar, pero no podía. Larry estaba frente a nosotros mirando como si fuera un voyeur. El muy desgraciado había preparado todo para su disfrute que no el mío. Saqué fuerzas de donde pude, y manoteé a esos guarros que me ensuciaban con lo que me hacían. Les grité que pararan, y debí armar bastante escándalo porque lo hicieron. Comencé a llorar de impotencia, de rabia, y entonces Larry les hizo un gesto con la cabeza, y me dejaron. Caminé dando tumbos hacia el dormitorio pues pensaba irme de inmediato. Me sentía asqueada, y profundamente herida. Debí desmayarme, porque cuando desperté, estaba metida en la cama, vestida con un pijama de seda, y sentado a mi lado estaba el doctor O'Sullivan. Durante dos días no pude levantarme de la cama, y después de eso, Larry trató de convencerme de que había sufrido una pesadilla debido a la fiebre, pero yo quería marcharme, y cuando me levanté para hacer la maleta, él me lo impidió, lo insulté, le grite, y entonces él hizo algo inesperado, se arrodilló frente a mí, se abrazó a mis piernas y me pidió perdón. Me dijo que necesitaba ayuda, que me necesitaba, pero yo estaba decidida. No quería saber nada más de él, y entonces amenazó con quitarse la vida si me marchaba. Me juró por lo más sagrado que había sido una pesadilla, que él jamás me haría algo tan monstruoso, quiso ser convincente, se mostró persuasivo, pero yo no pensaba creerlo nunca más. Y entonces, viendo mi determinación, Larry cogió las tijeras del cajón del mueble del baño, y se cortó las venas delante de mí, me sentí responsable, y tan perdida, que no fui capaz de dejarlo para que se desangrara. Llamé a una ambulancia, lo acompañé al hospital donde tuve que rellenar ingente cantidad de papeles, allí lo dejé ingresado, y al regresar a la casa, recibí la carta de mi tía donde me explicaba lo enferma que estaba, y que se moría.*

*En mis manos tenía el medio para lograr un fin; marcharme de una maldita vez, y entonces me llamaron del hospital porque Larry había intentado de nuevo suicidarse arrancándose la vía del brazo.*

*Pero ya no me importaba lo que fuera de él, pero de nuevo tuve que ir al hospital para llevar*

*la póliza de seguros de él.*

*Me presenté en hospital llevar la maldita póliza, y allí, en el mostrador de recepción, estaban los dos rostros de mis pesadillas. Si hubiera irreal, no los habría reconocido, porque hasta el incidente en la casa, no los había visto nunca. Y sentí que me importaba muy poco que se muriera. Que en realidad lo deseaba. Tiré la póliza a la papelera, y me di la vuelta para marcharme para siempre.*

## CAPÍTULO 13

Miró la casa en ruinas, y volvió a llorar. Su tía había hecho las gestiones oportunas y necesarias para comprar el rancho, y se lo había dejado regalado. Por mediación de su abogado, había hecho indagaciones para encontrar al heredero. Las diferentes gestiones tanto en el Registro como en la municipalidad, habían dado sus frutos. El único heredero de la propiedad residía en la ciudad de Seattle, el heredero había aceptado la oferta de compra que le había propuesto su tía. En la carta escrita de su puño y letra que le había dejado Laura, le pedía que restaurara la propiedad y que la convirtiera como en el pasado, en un próspero rancho. Su tía le había dejado también la casa en Grenville, y todo lo que poseía salvo una pequeña parte que deseaba entregar a la parroquia del pueblo.

Laura la había atado sin pretenderlo a esa tierra, porque ella se sentía incapaz de deshacerse de sus posesiones que tanto le recordaban a ella.

«¿Qué voy a hacer contigo?», le preguntó a la casa.

Una semana después del entierro, y tras la apertura del testamento, Linda se encontró con dos propiedades y sin ganas de regresar a Brooklyn. No tenía ánimo de volver a la rutina, y como había aceptado la última voluntad de su tía, ahora se encontraba con el muro de burocracia de Grenville. Ella quería restaurar la casa siguiendo la última voluntad de Laura, pero existía infinidad de impedimentos y trabas. Tenía que buscar la ayuda de un profesional capacitado para que la aconsejara, porque de antemano ya sabía que ponerse al día con los pagos atrasados de la propiedad la iba a dejar en los huesos.

Hizo cálculos mentales del dinero del que disponía, y pensó en contratar a la empresa Property Brothers. Los hermanos Scott se trasladaban a todas partes del país donde los solicitaban. Eran los mejores reformando viviendas de segunda mano. Linda podría mostrarles lo que tenía pensado para la casa.

«¡Ya sé qué voy a hacer contigo», se dijo. «Comprendo por qué tu dueño se ha deshecho de ti», siguió hablándole a la casa. «Me vas a costar un riñón, y dudo de que merezcas la pena si finalmente no puedes ser el lugar que te mereces».

—¿Hola? —Linda se giró hacia la voz que provenía de fuera—. ¿Estás ahí?

Era la voz de Jesse.

—¡Estoy dentro! —exclamó con ánimo.

Jesse asomó por el muro caído.

—No es seguro que estés ahí.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Porque te conozco —respondió.

—He ido al edificio de la municipalidad a recoger un montón de documentación que me hace falta para solicitar los permisos —Jesse no se decidía a entrar al interior—. ¿Te haces una idea de la cantidad de papeleo que tiene que gestionar un familiar por la muerte de un ser querido?

—Puedo imaginarlo —respondió el hombre.

Linda se quedó un momento pensativa.

—¿Por qué me buscabas?

En la mirada de ambos se podía apreciar lo que comenzaban a sentir el uno por el otro.

—Necesito que anules los futuros pagos de las cestas de verdura porque el banco seguirá abonando las cantidades a menos que le ordenes lo contrario. He tenido que venir hasta Grenville en un intento de hablar con el director para anular los cuatro pagos que ya se han hecho efectivos, pero necesita tu autorización.

Linda había tenido que anular muchos pagos además de telefonía, seguros, tarjetas, etc.

—Había pensado seguir consumiendo tus verduras el tiempo que siga aquí.

Los ojos de Jesse brillaron al escucharla.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo?

Linda miró la casa y soltó un suspiro. Tenía ante sí un reto enorme, y quería empezar cuanto antes.

—Soy la dueña de esta hermosa ruina gracias a mi tía —le dijo emocionada.

Jesse sonrió.

—Hermosa ruina, qué gracia —repitió las palabras de ella—. Laura me contó que quería comprar la propiedad para ti, y puso en marcha la maquinaria para hacerlo.

Linda se quedó pensativa unos segundos.

—Estuvimos recogiendo flores muy cerca de aquí, y me dijo que tú la traías de vez en cuando para que pudiera hacerlo —Linda calló un momento—. Te doy las gracias por lo bien que te has portado con ella mientras vivía.

—Quería mucho a tu tía.

—Me consuela saberlo.

Entre los dos se hizo un silencio que rompió Jesse segundos después.

—Entonces, ¿piensas restaurar la casa?

—Me lo estoy planteando, pero la burocracia es desesperante.

—Algo me dice que eso no te desanimará.

Las pupilas de Linda brillaron.

—Todo lo contrario, cuanto más difícil, más empeño pongo en lograrlo.

—¿Y qué piensas hacer con ella? —Jesse se había decidido al fin. Dio un paso y cruzó el muro caído—. Esto es muy peligroso —reiteró.

—Sería bonito restaurarla y convertirla de nuevo en el fructífero rancho que fue en el pasado.

—Sería bonito, la verdad.

Mientras pensaba en los pros y contras, Jesse hizo algo temerario como apoyarse en una pared, y Linda vio suceder el desastre a cámara lenta.

—¡Jesse, no! —el aviso llegó demasiado tarde.

La pared entera cayó hacia atrás y Jesse con ella. Frente a sus ojos quedó lo que en el pasado había sido una bodega. Un trozo grande de escombros había golpeado la esquina de un botellero de obra y lo había roto por completo.

Afortunadamente el techo seguía intacto sobre ellos. Linda corrió hacia él.

—¿Te has hecho daño? —lo ayudó a reincorporarse.

—Ha sido una caída tonta —Jesse se masajeó el tobillo—. Afortunadamente no está roto solo magullado.

Linda pasó el brazo masculino por sus hombros y lo ayudó a salir fuera de la casa. Jesse se dejó ayudar porque el encantaba sentirla bajo su cuerpo.

—Menos mal que no era una pared maestra o ahora estaríamos los dos enterrados bajo los escombros —le dijo ella.

—¿Y cómo demonios entras en un lugar tan peligroso —la censuró.

Linda sonrió porque él se había confiado.

—Porque no toco ni me apoyo en nada, solo observo.

Cuando Jesse vio que ella regresaba otra vez a la casa exclamó preocupado.

—¿Pero qué haces, loca? ¡No me dejes aquí malherido!

Ella giró el rostro hacia él.

—No estás malherido, y solo quiero recoger mi bolso donde están las llaves del coche, tengo que llevarte al hospital.

—No será necesario, no está roto solo dolorido —Jesse se refería al tobillo.

Linda volvió a sonreír y regresó al interior de la casa. Cruzó el muro caído con mucho cuidado de asegurar bien los pies y de no tocar nada, no, como había hecho anteriormente Jesse. Cuando sus ojos divisaron su bolso en el suelo, se agachó para recogerlo, y entonces algo metálico brillo a su izquierda.

El escombro caído había roto el botellero, y una caja había quedado a la vista. Caminó hacia allí con cuidado, quitó piedras y ladrillos. Tuvo que escarbar un poco hasta poder sacarla. Era una antigua caja metálica de galletas. Por el deterioro de la misma, supo que llevaba muchos años allí, quizás un siglo. Caminó despacio sorteando los escombros y salió al exterior.

—¡Mira lo que he encontrado! —exclamó ilusionada.

Linda agitaba la caja sobre su cabeza mientras caminaba hacia donde estaba sentado Jesse.

—Yo no lo abriría —le aconsejó él—. Puede contener en su interior algún bicho.

Si quería desanimarla, no lo consiguió. Linda se sentó en la hierba a su lado mientras soplaba la tierra que cubría la caja.

—Es posible que contenga algo muerto —admitió—, pero está cerrada con precinto, ¿lo ves? —se la mostró.

—¿Qué piensas que hay dentro? —preguntó Jesse.

—Es lo que voy a averiguar.

Despacio comenzó a quitar el precinto que cubría la totalidad de la abertura. El pegamento estaba demasiado seco y le costó arrancarlo.

—Si no hubieras tirado la pared, no la habríamos descubierto —apuntó alegre.

—Yo no he tirado la pared —se quejó Jesse—, me ha tirado ella a mí.

Linda fue dándole trozos del precinto que quitaba. Abrió la tapa y se encontró con una bolsa de plástico bien cerrada.

—Esto es una señal —dijo ella emocionada.

—O un mal agüero —respondió el hombre que tenía el cejo arrugado.

Linda soltó una risa al mismo tiempo que abría con cuidado la bolsa.

—Si hay algún bicho debe de estar bien muerto —se dijo para animarse.

Pero su sorpresa fue mayúscula cuando encontró fotos, cartas, y varios objetos dentro de la bolsa. Fue mirando las fotos y se las pasó una a una a Jesse.

—Son fotos del rancho y sus dueños.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Este hombre debe de ser el dueño. Mira, aquí está la cocina, y aquí en uno de los salones —su boca se amplió en una sonrisa—. Aquí hay otra foto suya en la bodega con los vinos.

—El rancho era muy diferente a su estado actual —admitió Jesse.

Los ojos de Linda miraron la casa con nostalgia. Lo que quedaba de ella no se parecía en nada a lo que veía en las fotos.

—Parece que contiene un diario —dijo el hombre muy interesado cuando sus dedos tocaron las tapas duras.

A los dos se les había olvidado el accidente de Jesse. Linda lo sacó de la caja y fue pasando las hojas escritas a mano.

—¡Son operaciones bursátiles a mano! —exclamó con deleite.

—No debía de existir la calculadora —dijo Jesse con humor.

—¡Estoy emocionada! —gritó extasiada.

Jesse la miró y sonrió al ver su entusiasmo.

—Yo hubiera preferido encontrar joyas —dijo algo decepcionado.

Linda suspiró profundamente porque estaba tan emocionada que sentía un ligero mareo. Para un restaurador encontrar una caja con semejante tesoro era algo increíble y maravilloso.

—Todo el contenido parece estar en buen estado.

—Estaban bien protegidos en el interior de la bolsa —Jesse veía a Linda tan entusiasmada que se alegró por ella. La tristeza de sus ojos había desaparecido con el encuentro de la caja metálica —. ¿Te imaginas que haya más cajas escondidas por la casa?

—Tendrás que tirarla abajo por completo para encontrarlas.

El rostro de ella se puso serio.

—Nunca haría tal cosa —aclaró firme—. Existen muchos métodos para desnudar una casa sin tener que tirarla abajo.

Linda seguía mirando los objetos del interior de la caja, cuando de pronto lanzó una exclamación.

—¡Jesse, me olvidé de tu tobillo!

El hombre sonrió al escucharla.

—Estoy perfectamente.

Ella no podía creerlo.

—Te llevaré al hospital —Linda metió todo dentro de la caja, y la guardó en su bolso.

—Voy a demostrarte que estoy perfectamente.

Jesse la tumbó de espaldas y comenzó a besarla profundamente.

—¡Dios! ¡Cómo te deseo!

Ella también lo deseaba. Se sentía con ánimo, aliviada, y comenzó a devolverle cada beso y caricia que recibía. Sin saber cómo, Linda percibió que Jesse la acariciaba por debajo del jersey, y deseó más, mucho más.

—Deseo que me hagas el amor —le susurró ella.

Jesse estaba tan metido en situación, que se había olvidado que la tenía tumbada sobre la verde hierba. Al no llevar pantalones, podía acceder al cuerpo de ella con facilidad.

—Este no es el lugar —aceptó él—. Pero me dejé llevar por lo que siento por ti, y no pensé en nada más.

—Esta sería la segunda vez en este lugar —le recordó—. Además, me parece un lugar muy apropiado, rodeados de hermosas flores —susurró—. Tu rancho también me parece un lugar ideal, pero ahora no estamos allí.

En Southfork Ranch habían hecho el amor varias veces.

—Eres única —le dijo él.

Linda entrecerró los ojos porque estaba a punto de dar un paso decisivo.

—¿Qué sientes por mí?

Allí, en plena naturaleza, se sentía libre por primera vez en mucho tiempo. Jesse la ayudó a

reincorporarse, pero ella no se lo permitió.

—Dejaremos mi coche aquí, y lo recogeremos por la mañana.

—¿Te estás invitando a mi rancho? —le preguntó él.

Ella se quedó quieta observándolo.

—No creo que pueda esperar hasta llegar a Southfork Ranch para que me hagas el amor.

—¿Estás segura?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Este me parece el momento y el lugar idóneo...

Jesse no necesitó más invitación.

## CAPÍTULO 14

El timbre de la puerta sonó, y Linda dio un brinco. Era sábado por la tarde, y ella no esperaba a nadie. Todos sus conocidos estaban en el pueblo, en Brooklyn, y también en la capital, en Nueva York, así que se sorprendió de la llamada. Sin preguntar quién era abrió la puerta creyendo que podía ser Jesse. Con el abogado de su tía había logrado una cierta complicidad pues le había ayudado a gestionar el papeleo posterior a la muerte de Laura. Le había aconsejado sobre las dos propiedades que había heredado, y le había ofrecido su ayuda por si decidía venderlas para regresar a Nueva York, pero tampoco era el abogado trayéndole noticias. Y Jesse se había convertido en el mejor amante con el que pasaba momentos inolvidables en su huerto. Cada vez que se veían, terminaban haciendo el amor.

Linda se sentía feliz porque Jesse no necesitaba experimentar sexo extremo con ella. Junto a él era una mujer sencilla que se dejaba amar de la forma más tradicional según él, y maravillosa para ella.

Linda soltó un suspiro largo, ella no iba a regresar a Nueva York. Quería restaurar el rancho, y seguir trabajando desde Grenville. Se había acostumbrado muy rápido al clima de Texas, y la casa de su tía le reportaba una paz increíble.

—¿Se puede?

¡Era la voz de él!

Linda dejó lo que estaba haciendo, y se levantó rápido de la silla. Estaba limpiando la plata de la cubertería de su tía, que ahora era de ella.

—¿Qué haces aquí? —ella no le dio la bienvenida.

Larry Gray miró a la mujer con ojos entrecerrados.

—Me has dado permiso para entrar —le recordó.

Linda llevaba los dedos manchados, por ese motivo no aceptó el saludo que él le ofreció con la palma extendida.

Larry miró los cubiertos.

—Devolverle el brillo es un trabajo duro.

—Sí.

—¿Puedo sentarme?

Ella dudó durante un momento muy largo.

—No, vete —le dijo al mismo tiempo que se limpiaba las manos con un trapo que había conocido tiempos mejores.

—He esperado tu llamada durante varios días.

Linda apretó los labios.

—¿Estás loco? No tenía que hacer ninguna llamada.

Larry soltó un suspiro largo. Había pasado mucho tiempo esperando que ella recapacitara. Que se diera cuenta de lo erróneo de su actuación. Había tomado una decisión equivocada con respecto a los dos, y él creía que le había dado suficiente tiempo para que se percatara por sí misma del grave error que había cometido largándose sin mirar atrás.

—Como siempre te equivocas —respondió él de forma seca.



Los hombros de Linda se tensaron.

—Fui muy clara contigo en Nueva York —le espetó de pronto sin dejar de mirarlo.

—Fuiste inmadura, despectiva, y cruel —aunque las palabras del hombre eran severas, ella no se enfadó—. Me abandonaste.

Durante esos meses en Texas, sentía que Larry había perdido capacidad de control sobre ella, aún así carraspeó.

—Te dije que se terminó, acéptalo.

El hombre volvió a suspirar de nuevo.

—Te dije que te daría un tiempo para pensarlo.

—No había nada que pensar. Te desprecio, lárgate.

—Te aconsejé que no tomarás una decisión precipitada.

—Lo que me hiciste... —no pudo continuar.

—Por tu culpa, casi pierdo la vida.

Que la culpaba a ella fue la gota que colmó el vaso.

—Vete de una maldita vez.

—Te mostré que no pensaba renunciar a lo que teníamos.

Linda soltó el trapo sobre la plata, y se puso las manos en las caderas.

Claro que no pensaba renunciar a la sumisión de ella. A Linda le había costado su tiempo entender lo enfermo que estaba Larry. Cuando creía que lo amaba, le había permitido que la usara, que la degradara, porque ella creía que le pedía todas esas excentricidades porque estaba enamorado, pero no era cierto. Era un enfermo del sexo, y necesitaba ayuda profesional.

—¿Y qué teníamos? Porque lo que me hiciste vivir a tu lado fue una pesadilla.

—Teníamos una vida placentera juntos —apretó los labios enfadada hasta el punto de importarle bien poco mostrarse desagradable—. Me perteneces, y no puedes acabar así como así con nuestra relación —le dijo sin dejar de mirarla.

Gracias a Jesse, Linda le había perdido el miedo.

—Estás enfermo, y necesitas ayuda —le dijo muy seria.

—Solo te necesito a ti.

Linda se preguntó cómo había podido engañarse creyendo que lo amaba. Era un hombre distinguido, y con una gran fortuna que la había sumergido en una vida depravada y sin sentido. Cuando se amaba, no se exigía se daba.

—Me desconcertó que huyeras a Dallas —comentó él como de pasada.

Linda, casi no soportaba mirarlo, porque veía en sus ojos la vida degenerada que le gustaba.

—Mi tía se estaba muriendo —le recordó agria.

Los ojos del hombre se entrecerraron.

—Y sacrificaste lo nuestro.

Entre los dos se suscitó un pesado silencio que resultó incómodo.

—No quería más de eso —contestó dolida—. Te enumeré todas y cada una de las razones por las que no quería continuar la relación que manteníamos.

—Habría aceptado todas y cada una de esas razones si no me pertenecieras.

Linda tragó con fuerza.

—No te pertenezco, nunca te perteneceré.

El hombre sonrió sin humor, sus ojos brillaron, y a ella le parecieron repulsivos.

—Esa es una decisión que me corresponde en exclusiva.

—Ya no soy tu sumisa, ya no pienso doblegarme a tus caprichos obscenos.

El hombre se apoyó en el respaldo de la silla y la miró amenazador.

—Lo serás hasta que yo decida lo contrario.

—¿Interrumpes mi duelo para amenazarme? —ella no podía creérselo.

—Quiero meterte en esa cabeza que no puedes deshacerte de mí.

Linda parpadeó varias veces.

—Estás enfermo —le dijo muy seria—. Y no voy a permitir que me utilices más.

Él sabía que ella iba a enumerar todas y cada una de las razones por las que lo había dejado.

—Tenemos algo único.

Ella giró el rostro porque escucharlo le provocaba náuseas.

—No, nunca más.

—En una relación de su misión y amo, solo mi opinión cuenta, y no he dicho la última palabra.

Cuando Linda recibió la carta de su tía anunciándole que estaba enferma, en su mundo de oscuridad, se abrió una rendija de luz. Vio la forma de escapar, y no dudó en hacerlo. Quiso poner punto y final a todo.

—Has cometido actos que van más allá de la aceptación explícita de la sumisión, lo sabes —le recordó—. Puedo acusarte de violación.

—Nunca te he violado —ella giró el rostro porque recordó infinidad de ocasiones en las que la había forzado a mantener relaciones sexuales sin su consentimiento.

—Viví engañada, me creí tus mentiras, pero ya no.

—¡Eres mi sumisa! —exclamó violento.

—No pienso ser tu sumisa nunca más. No te quiero, te desprecio.

El hombre no se esperó ese estallido por parte de ella.

—Estás tomando una decisión equivocada.

—No me equivoqué, di un paso adelante para liberarme de ti.

—No estabas presa —le aclaró—. Tomaste la decisión de estar conmigo, y lo volverás a hacer.

—No.

—Puedo ser muy persuasivo, lo sabes.

En el pasado lo había sido, pero ahora, delante de ella, la venda había caído de sus ojos. Larry Gran era un hombre mayor con gustos sexuales excéntricos que rayaban el delito. Muchos perversos sexuales estaban en la cárcel por mucho menos.

—¡Vete! —le espetó con mirada dura.

El hombre la miró como si no la conociera.

—Tienes que volver —le ordenó Larry—. O volveré a suicidarme.

Ella lo miró con profunda aversión.

—Jamás te perdonaré todo lo que me hiciste. Te quiero fuera de mi vida, creo que te lo dejé muy claro antes de irme. Y me importa una mierda que te mates.

Larry apretó los labios ofendido. Ella sabía ser muy dura.

—Llevarías mi muerte sobre tu conciencia.

Linda soltó un suspiro largo.

—No quiero nada contigo —dijo finalmente—, y si sigues acosándome, acudiré a la policía.

—Tengo a la policía comprada —le dijo ufano—. Incluso hay políticos que les gusta las mismas prácticas sexuales que a mí.

Esa declaración le provocó más asco todavía.

—Entonces acudiré a la prensa —lo amenazó—. Sacaré todas tus miserias a la luz, veremos lo que opina la sociedad de Nueva York sobre uno de sus más afamados empresarios.

Larry optó por levantarse y comenzó a caminar hacia ella.

—¿Me estás amenazando? —le increpó.

—Sí.

Ella le había perdido el miedo, y no dudó en mostrárselo.

—Puedo ser implacable.

—No tengo la menor duda, pero ya no soy esa jovencita deslumbrada por tu apariencia y riqueza —ella tomó aire—. Me convertiste en un ser despreciable, y te odiaré toda mi vida por ello.

El hombre entrecerró los ojos mostrando el gran disgusto que sentía. No quería deshacerse de la mejor sumisa que había tenido nunca. Con ella había alcanzado cotas de placer inusitadas, pero tenía una reputación que salvaguardar porque la sociedad no entendería sus gustos sexuales tan extraños.

Linda supo que Larry había aceptado su amenaza.

—Me alegro de que al fin lo aceptes —le dijo con voz seca.

Él, hizo algo inesperado: caminó hacia ella y se plantó a un solo paso de la figura. Levantó las manos hacia su cuello, y se lo apretó. Linda no se movió, siguió impertérrita y sin apartar la mirada del rostro anguloso.

—Podría matarte, y disfrutaría con ello. —No bajó los ojos, él apretaba más fuerte. Linda manoteó para que la soltara—. Disfruté mucho someténdote.

Ella estaba a punto de lanzarle un rodillazo a los testículos.

—¿Qué diablos ocurre aquí?

La voz de Jesse logró que la soltara. Linda se llevó la mano al cuello para masajearlo.

—Ya me despedía —soltó Larry sin dejar de mirarla, y, de pronto, Jesse lo golpeó y lo lanzó hacia el suelo.

Un segundo después lo volvió a golpear con furia, y otra vez, y otra.

—Vuelve a tocarla y juro que te mato —lo amenazó.

Jesse le había roto la nariz a Larry, además le sangraba el labio.

El hombre se levantó, se masajeó el mentón, y caminó hacia la puerta, pero antes de salir por ella, la voz de Jesse lo detuvo.

—Si vuelves por Grenville, eres hombre muerto.

Larry se giró para mirarlo sin soltar el tirador.

—Eres una puta —respondió él—, mi puta, no lo olvides.

El hombre cerró la puerta tras de sí.

Linda, que había creído calmadas sus tormentas interiores, se dio cuenta de que no era verdad. En Grenville se había creído tranquila, falsamente en paz, pero entonces miró hacia su interior, y comprobó que la tormenta no había pasado sino que el ojo del huracán la devoraba por completo.

Ella había creído que ese ojo de huracán era ella, pero no, era Larry, el ser más despreciable de todos.

En Grenville había creído ver el cielo raso, pero Larry había traído sus nubes pasadas para oscurecer sus mañanas futuras. De nuevo, inmersa en esa turbulencia gris, se quedó petrificada. Se había cerrado la puerta tras él, y ella trató de mover esas nubes pesadas tratando de alejarlas, y que la envolvían por completo. Debía continuar hacia delante, pero no podía porque cada nube, cada viento frío, era provocado por sus acciones pasadas. Ella misma había propiciado ese frío hostil que la consumía. Y darse cuenta de la realidad logró encogerle el corazón hasta un punto peligroso. Linda respiró, y sintió que le dolía el alma, y que le pesaba. Levantó la cabeza en un

intento de despejar las dudas, y se percató de que estaba llorando.

Jesse la miraba con el corazón encogido.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó sin atreverse a acercarse a ella.

Como un terrible augurio, el reloj marcó las seis de la tarde. Ese reloj que le arrebatava segundos, le mostraba la realidad de las acciones que había tomado en el pasado. Lo bajo que había caído como ser humano.

—Me lo hice a mí misma, y lo hice conscientemente.

Jesse no sabía a qué daño se refería ella. Deseaba abrazarla, besarla, pero algo en la mirada de Linda se lo impidió.

Nunca había visto esa mirada en el rostro que amaba.

Linda sentía en la boca un sabor amargo. La prueba irrefutable de que seguía viva pero herida hasta lo más profundo de su ser. Tenía que comenzar a reconstruirse de nuevo como tras la muerte de su madre, de su tía... seguir con el día a día aunque con el dolor rasgándole las entrañas porque ella misma no se perdonaba que la hubieran usado, degradado, y con su propio consentimiento.

Amaba a Jesse, pero sus pecados pasados no le permitían estar con él. Lo que había entre ambos, se había terminado.

## CAPÍTULO 15

Los obreros habían dejado la casa en los huesos. Tras conseguir los diversos permisos de rehabilitación y la ayuda de un estudio de arquitectura a los que le había pagado un ojo de la cara, Linda había decidido comenzar las obras. Se incrementó el aislamiento acústico. Se examinó a conciencia los techos y se fortificaron. Al ser una vivienda muy antigua, el técnico trató de convencerla para que no conservara ninguna parte sino que hiciera una nueva casa, tampoco ninguno de los detalles esenciales y que la dotaban de su propia personalidad, pero Linda se mantuvo firme. Ella quería conservar las vigas antiguas que eran detalles de la esencia de la vivienda. Las gruesas paredes podían ser restauradas. También quiso conservar la bodega y la cocina. El técnico terminó aceptando su firmeza, y las partes que ella pretendía conservar se coordinaron con el resto de cambios de la casa.

Como profesional, Linda decidió respetar la primera distribución del edificio, y para hacerlo posible tenía las fotos que había rescatado de la caja metálica. Lo único que iba a cambiar de verdad era el aspecto de la cocina. Deseaba que fuera en armonía con el resto de la casa.

—¿De verdad piensas que merece la pena?

Linda se giró sobre sí misma al escuchar la voz de Jesse. Llevaba un par de semanas esquivándolo. Tenía que recomponerse antes de tener la conversación final con él.

—¡Sí! —exclamó decidida.

—Te he traído la cesta de verduras.

La reforma del rancho era la excusa perfecta que necesitaba para no ver a Jesse.

—He estado muy ocupada, y se me había olvidado por completo que me traías la cesta —reconoció sin vergüenza.

—La tengo en el coche.

La cesta era la excusa perfecta que necesitaba Jesse para un encuentro con ella.

—No era necesario que la trajeras.

Los dos salieron de lo que ya era el vestíbulo de la casa. Jesse intuyó que la mejor forma de acercarse a Linda era usando su interés por el rancho.

—Vas a gastarte una fortuna.

—Lo sé —admitió sincera—, pero el dinero está para gastarlo.

—Al contrario que tú, yo lo emplearía en viajar, en conocer mundo.

Sí, esa también era una buena opción, pero Linda vivía para mejorar y reformar cosas.

—El diseño y la restauración son mi vida —explicó como si en el mundo no existiera nada más que restaurar objetos antiguos.

Esa afirmación le dolió, y no pudo callárselo.

—Yo aspiraba a ser parte importante en tu vida.

Linda no le había explicado nada, y sabía que tendría que hacerlo, pero, ¿como se le dice al hombre que te importa lo que has sido en el pasado? ¿La relación sucia y pervertida que había mantenido con otro? Ella quería que Jesse la siguiera viendo igual, pero cuando ella le contara la relación tóxica que había mantenido con Larry, todo se terminaría entre ambos.

Jesse había estacionado el vehículo justo detrás del de ella. Sacó la cesta y se la tendió. Linda

accionó el botón automático y abrió el maletero. Introdujo la cesta en el interior y cerró la puerta.

—Te invitaría a un café —le dijo ella—, pero no estamos en Grenville.

—Tu café es horrible —sonrió por su respuesta —, y tengo que regresar a Southfork Ranch.

—¿Has repartido todas las cestas?

Parecía que ella quería mantener una conversación banal con él.

—Emma ya está en casa —era la primera noticia que tenía Linda de la llegada de la hermana menor de Jesse.

Abrió los ojos de par en par sorprendida.

—¿Tan pronto?

Los ojos del hombre le mostraron lo desafortunado de esa pregunta.

—Llevo años tratando de traerla a casa —fue su seca respuesta.

Ella se percató de su error y se disculpó.

—Lo lamento.

Jesse se puso todavía más serio.

—Pásate por Southfork Ranch, tenemos que hablar.

Hablar con Jesse sobre su relación con Larry, era lo último que deseaba, por ese motivo se había sumergido en las obras de restauración del rancho, para no tener que hacerlo.

—De verdad, pásate, tomaremos un café, y charlaremos.

Linda terminó aceptando.

—Está bien —le dio solemne—. Prometo pasarme pronto, aunque no puedo decirte cuándo.

—Estoy convencido de que usas este viejo rancho para evitarme.

Los ojos de Linda dejaron de mirar el rostro de él, y giró la cabeza hacia la casa.

—Restaurar es lo más parecido a crear vida —susurró.

Jesse no la había escuchado.

—Linda, en serio, tenemos que hablar sobre nosotros, sobre el futuro...

Linda se mordió el labio inferior.

—Cuando llegué a casa de mi tía, era como un barco a la deriva —Jesse la miró muy serio—. La carta de mi tía llegó en un momento trascendental, y me obligó a tomar una decisión que había pospuesto demasiado tiempo.

—¿Sobre tu relación con ese viejo?

Ella no quería decirle allí mismo la miseria humana en la que se había convertido.

—Sobre mí misma, pues era la única culpable de mi infelicidad.

Los ojos de Jesse brillaban.

—Imagino lo duro que debió resultarte romper con él.

Linda dejó asomar por sus ojos la tristeza que invadía su alma.

—La enfermedad de mi tía me devolvió a la vida, curioso, ¿no?

El hombre quiso restarle seriedad al asunto porque no entendía su contradicción.

—¿Y cómo estás ahora? —preguntó él que se cansaba de la evasión de ella a pesar de lo que sentía el uno por el otro—. ¿Cómo te sientes a mi lado?

—No quiero hacerte daño —él, se tomó sus palabras de una forma muy distinta.

—No me importa tu pasado, de verdad que no —insistió él.

La mirada de Jesse fue tan afilada que Linda sintió un escalofrío involuntario. La percibió como un corte limpio y profundo en su carne.

—Debería importarte —respondió ella—. Porque no podría vivir a tu lado sin que lo conocieras.

—¿Quieres conocer tú mi pasado? —le preguntó él?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué quieres que conozca el tuyo cuando tan segura estás de que perjudicará nuestra relación?

Esa era una gran verdad sobre la que Linda no tenía respuesta.

—Porque me avergüenzo de lo que fui, y de lo que hice.

—Pues resulta que yo no quiero saberlo —respondió en un tono algo desabrido.

—Entonces serías un necio.

Los ojos de él se empañaron durante un momento largo. Pensó una respuesta, pero se la calló, pensó otra, y la descartó también.

—Soy una hombre sencillo que vive el día a día sin preocuparse de lo que no tiene remedio, como los actos pasados.

Ese había sido un golpe bajo.

—No quiero enfadarme contigo —terminó ella.

Jesse entrecerró los ojos.

—Pues creo que estás buscando precisamente eso.

Linda se resintió.

—Me presionas para que hablemos, y luego me atacas, admite que puedo enojarme por tus palabras.

—Yo solo quiero hablar sobre lo nuestro —le dijo él—. Pero rehúyes un encuentro conmigo —la atacó sin piedad—. Tratas de asustarme con tu vida pasada, pero desde ya te digo que te equivocas conmigo.

—Todo es muy complicado —fue su respuesta.

Los ojos de Jesse se entrecerraron. Quería a la sobrina de Laura. Era una mujer inteligente, hermosa, y muy creativa, pero tenía un cacao mental descomunal. Se mantenía tan pendiente del pasado que se olvidaba de lo más principal: vivir el presente.

—¿O eres tú quién lo complica? —los ojos de Linda llamearon—. Discúlpame, Linda, no tenía ningún derecho a hablarte así.

Esas palabras le provocaron un terremoto emocional mucho mayor que si la tratara de loca.

—Se supone que disfrutas de cierta ventaja para hablar con sinceridad sobre mí y sobre mis motivos —contestó ella—. Quizás por eso no necesitas que te hable sobre mi pasado.

Jesse entonces la miró atónito.

—¿De verdad tengo esa ventaja? Porque créeme, lo dudo.

Él hizo amago de irse, ella lo sujetó por el brazo.

Los dos estaban en King Mountain que daba nombre al rancho, a escasos pasos de las obras de la casa que había heredado Linda por la generosidad de su tía, y sin que Linda tuviera las ganas o la necesidad de conversar de forma tan profunda como pretendía él sobre ambos, sin embargo, lo estaba complaciendo.

—Tú siempre has tenido ventaja sobre mí, ¿no es cierto? —contraatacó—. Mi tía era un libro de información sobre la pequeña Linda.

Jesse arqueó las cejas estupefacto. Ella siempre escurría el bulto.

—¿Qué miserable eres acusándome de algo así!

—¡Jesse!

—Me marchó —contestó él—. Pásate por Southfork Ranch cuando quieras.

—¿Quién es el miserable ahora? —inquirió ella más dolida de lo que pretendía demostrar.

Jesse la miró de lleno, clavando en las pupilas de ella las suyas.



## CAPÍTULO 16

Qué mal sabor de boca le había dejado la discusión que había mantenido con Jesse dos días atrás. Linda se felicitó por irritar a la única persona en todo el estado de Texas que la toleraba, y para colmo de males, el alcalde había paralizado las obras de la casa por el accidente que había sufrido uno de los operarios. El Técnico le había asegurado que no tenía demasiada importancia y que no iban a tener retrasos significativos. El hombre se había quitado los arneses de seguridad cuando reparaba el tejado. La caída podría haber sido mucho más grave, pero había caído sobre el montón de arena para mezclar.

Se llevó la taza de té a los labios, y bebió un sorbo del líquido templado. Como se había cansado de mirar la calle a través de la cortina, la corrió de un solo movimiento. La calle estaba desierta, como desierto estaba el pueblo.

«Desierto está mi corazón», se dijo de pronto.

Lanzó un suspiro largo y dejó la taza vacía sobre una estantería de la librería. Se encontraba en ese punto donde una persona se comporta más como un vegetal que como un ser humano cuando nada logra despertar su atención.

«En momentos así extraño hasta el frío gélido de Nueva York», se dijo resoplando hastiada. Mientras las obras estuvieran paradas, ella solo podía quedarse en casa mirando por la ventana una calle vacía de vida. Y pensó que la culpa que sentía le pesaba como si llevara sobre los hombros una rueda de molino. Se recordó que se había peleado con Jesse por no saber controlar sus palabras. Y después pensó en Larry que era un hombre de éxito. Inteligente, atractivo, elitista, pero estaba enfermo. Ella se había creído feliz durante un tiempo. Como empresario de éxito, el trabajo le absorbía la mayor parte de los días con sus noches. Linda y él compartían juntos fines de semana alternos, pero para ella había sido una buena opción hasta que él hablo de vivir juntos, y la introdujo en un mundo oscuro y sórdido del que le costó escapar.

Ella ya no disfrutaba de los juegos sexuales que a él tanto le excitaban, sobre todo porque la hacía sentirse sucia. Después de un tiempo, cada vez que él preparaba algo especial, la negativa acudía a sus labios como una temprana llovizna de otoño, pero él la tenía controlada, y Linda se sintió encerrada en una jaula que la ahogaba, y entonces un carta de su tía Laura contándole lo enferma que estaba, logró lo impensable: que Linda tomara de nuevo las riendas sobre su vida.

Linda se preguntó si su decisión habría sido diferente de no haber recibido la carta, y se dijo que sí porque había tocado fondo. La muerte de su madre había sido el detonante. Le costó mucho enderezar su vida pegando los trozos esparcidos de la persona que fue en el pasado, y entonces conoció a Larry, y su relación con él fragmentó todavía más todos esos trozos que ella había unido.

Linda se sentía absolutamente desmembrada.

Jesse... pensar en él le provocó un vuelco en el estómago porque había insistido en ser su apoyo. Deseaba ser esa persona en su vida que inspira amor verdadero, y Linda tenía miedo. Desde la sinceridad de su alma llegó a aceptar que el terrible miedo la había acompañado siempre. Ahora podía hacer frente al hecho de haber rechazado el hombro que le ofreció Jesse para que encontrara alivio, porque no era consuelo lo que ella buscaba sino redención.

De repente sintió la necesidad de sincerarse con Jesse. Necesitaba su afecto. Era como el pozo de agua para el sediento que ha cruzado un arenal.

«¿Por qué me importa tanto cómo me verá después de mi confesión?», se preguntó intrigada. Jesse era un hombre afable en el trato, también altruista pues se lo había demostrado muchas veces con su trato hacia Laura. «Me importa porque no me ve desde la misma perspectiva corrompida que me veo yo», admitió con sinceridad.

Y pensó en ir a su rancho, y aceptar ese café que le había ofrecido tantas veces.

«Tengo que pedirle disculpas por mi brusquedad del otro día», se animó.

Cogió el bolso, se lo colgó al hombro. Cerró la puerta con llave, y salió a la desierta calle. Esa tarde no le apetecía estar sola, y no iba a estarlo.

\*\*\*

Southfork Ranch olía especialmente bien. Sus fosas nasales se impregnaron del olor a hierba cortada. A lluvia fresca y a cítricos. El huerto estaba ubicado en un lugar muy frondoso, y muy cercano al río y el camino de entrada a la propiedad.

—Jesse está en la casa —le dijo una trabajadora. Linda, en sus visitas a Southfork Ranch, nunca había pasado del huerto—. Acompáñame.

Ella lo hizo en silencio.

Jesse, cuando la vio, le ofreció su sonrisa más sincera. En su rostro se apreciaba que se alegraba de verla.

—Bienvenida —le dijo él abriendo la puerta de la vivienda.

Cuando los ojos de Linda se posaron en la silla de ruedas, el rostro se le demudó. El hombre soltó un suspiro suave.

—Te presentó a mi hermana Emma.

Estaba asombrada, y sin saber qué decir porque ni su tía ni él le habían dicho nada. La niña miraba un punto indeterminado del salón. Tenía las manos retorcidas sobre su cuerpo, y la boca abierta. Ella reaccionó al fin.

—No sabía... no tenía ni idea... —fue incapaz de continuar.

Jesse no perdía detalle de la expresión de ella. Linda no apartaba los ojos de Emma, y por el iris de sus ojos asomó la pena y la compasión en el mismo porcentaje. Se sintió ofendido hasta la médula.

—Veo que no esperabas algo así —en sus palabras había un tono de amargura que percibió con claridad.

—Solo estoy sorprendida —logró decir.

Jesse cerró la puerta tras ella, y le tendió la mano para saludarla. Los ojos de Linda parpadearon con nerviosismo. Había esperado uno de sus besos apasionados.

—¿Nunca has visto a una niña como Emma? —inquirió muy molesto.

Jesse podía esperar rechazo y lástima de otra persona que no se hubiera enfrentado a la muerte como Linda, por ese motivo le sorprendía tanto su comportamiento.

—No —admitió franca.

—Prepararé un café —le dijo, y cuando hizo amago de marcharse del salón, los ojos de Linda brillaron con horror—. Emma no muerde.

Tras sus palabras, Linda se dio perfecta cuenta de lo herido que se sentía por su reacción. ¿Qué demonios le ocurría para mostrar tanta falta de solidaridad? Culpó a la sorpresa que había

recibido porque Jesse nunca le había comentado nada sobre la enfermedad de su hermana. Cuando se quedó sola con la niña, sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral. Se giró hacia ella aunque no quería mirarla. Cuando regresó Jesse con una bandeja, ella sintió un alivio abrumador. El hombre tomó un biberón rosa que traía, se lo puso en la pequeña mano, y comenzó a hablarle como si pudiera entenderle todo lo que le decía. Le habló sobre la visita, como si la niña supiera quién era ella. Jesse la estrechó contra sí mismo como si el manoteo desmadejado de ella fuera un abrazo intencionado.

Linda sentía deseos de llorar.

## CAPÍTULO 17

—Perdóname —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Te serviré el café.

Ella lo hizo como una autómatas. Tomó asiento frente a la mesa donde él había depositado la bandeja con la cafetera y las tazas. Lo observó ponerle una y tendérsela. La tomó con gesto torpe. Jesse se sentó frente a ella, pero antes de decir nada, giró el rostro para mirar a su hermana.

—Cuando se tiene un familiar como mi hermana Emma —comenzó Jesse con voz grave—, hay que vivir el día a día tal y como viene.

Ella se mantuvo en silencio mientras soplaba sobre el líquido oscuro de la taza. Cuando escuchó una palmada, giró el rostro hacia el sonido. La niña las había chocado. Esas manitas blancas, pequeñas y retorcidas le hicieron soltar un suspiro.

—Emma no podrá escribir un libro ni tocar un instrumento con sus manos, pero esas manos tampoco podrán causar daño —le dijo él.

Linda dejó la taza sobre la mesa.

—¿Qué ocurrió? —preguntó al fin.

Y él se lo contó. Le habló del día que nació Emma, de lo aterrados que estaban sus padres. De las largas semanas que pasaron ambos en el hospital.

—Debió de ser muy duro para todos —dijo Linda en voz muy baja.

—Tan duro que llevó a mi madre al suicidio.

—¿Lo supo en el embarazo? —preguntó a bocajarro.

Jesse se mantuvo en un sospechoso silencio, como si valorara la pregunta de ella, y le avergonzara tener que responderla.

—Mis padres eran católicos —contestó—. El aborto no estaba en sus planes.

Linda era protestante.

—Yo no habría sido capaz de traer una hija al mundo para que conociera solamente el dolor y la muerte —confesó sincera.

El hombre pegó la espalda al sillón y la miró de frente.

—¿Crees en Dios? —le preguntó él—, porque yo no, aunque creo verlo cada vez que miro a mi hermana.

—¡Jesse! —exclamó ella al percibir su tono herido.

—Nació con una malformación congénita —Jesse escuchó perfectamente el suspiro de ella—, que no fue detectada durante el embarazo de mi madre —Linda sintió verdadera pena por la chiquilla—. Yo soy lo único que tiene en el mundo.

Durante los siguientes minutos, Jesse se mantuvo en silencio, y ella lo secundó. Ahora comprendía por qué motivo se había llevado tan bien con su tía Laura. Por qué había decidido comprar un pequeño rancho en Dallas...

—¿Me ves distinto por Emma? —le preguntó después de un momento.

Ella no sabía a qué se refería.

—Sigues siendo el mismo Jesse de siempre —respondió sincera.

—Pero ahora ya no soy ese hombre libre sin ocupaciones, ¿verdad? La mujer que decida pasar

su vida conmigo, lo hará también con Emma.

Linda soltó un suspiro largo.

—No estoy aquí para hablar sobre tu hermana, y tu responsabilidad con ella.

Jesse soltó una carcajada ausente de humor. El café se le había enfriado en el interior de la taza que no había tocado.

—He venido aquí a contarte mi historia —susurró ella sin dejar de mirarlo de forma muy seria—. Por favor, escúchame.

Y Linda se pasó las siguientes dos horas hablándole sobre sus errores pasados. Le contó la forma en la que había conocido a Larry, y de cómo la introdujo en un mundo sórdido y de baja moral. A medida que le iba desvelando su relación con Larry, el rostro de Jesse se contraía.

—¿Y participaste en todo eso de forma voluntaria?

En su tono de voz se podía apreciar la perplejidad.

—Me costó aceptar que soy masoquista —confesó. La mirada de él la descentró—. Cuando una persona se siente pequeña y desamparada, suele someterse a otra, y le concede una fuerza abrumadora sobre ella, es capaz de auto convencerse de que no puede hacer nada para evitarlo — Linda calló para tomar aire—. Las personas como yo pensamos que hay que pagar un coste de sufrimiento, pero que al final llegará la paz interior y la tranquilidad, pensamos que es el precio que hay que pagar por no estar solos, aún a sabiendas que ese final de felicidad no suele llegar.

—Eres una mujer preparada, de éxito reconocido, ¿cómo es posible?

—Las personas como yo prefieren renunciar a su propio yo, a su propia personalidad, entregándolo a otro individuo que tomará decisiones y asumirá responsabilidades por ella.

—Me cuesta verte de esa forma que describes.

—Deja que continúe... —le pidió en un tono bajo—. Cuando Larry me propuso iniciar una relación BDSM, no pude negarme. Aunque en mi defensa debo decir que ignoraba que era una relación de manipulación y de sumisión auténticamente cruel. El sexo que teníamos era cuando él quería, donde quería, y como quería.

—Eso no es amor —respondió él.

—Vi en él cosas que no existían, porque una cosa es el juego puntual, limitado en el tiempo y con normas claras, y otra es cuando la relación de dominación se extiende a toda la vida de la persona, como fue en mi caso.

—¿Cuándo te diste cuenta del infierno en el que vivías? —le preguntó él.

—Estaba tan dominada que las alarmas no sonaron en mi cabeza hasta que fue demasiado tarde.

Y Linda pasó a narrarle algunas de las experiencias que había tenido con Larry. Viendo su cara de desagrado, supo lo que pensaba al respecto.

—¿Cómo pudiste dejar que te degradara de esa forma? Porque no es nada sano pensar en cómo lastimar a alguien a quien dices amar

—Pero es que Larry no me amaba, aunque yo me engañara creyendo que sí.

—¿Y por qué estaba en la casa de tu tía cuando fui a verte?

—Porque desea que regrese con él, porque dice que soy la mejor sumisa que ha tenido nunca.

—¡Es un cabrón! —estalló de pronto—. Le tenía que haber partido el cuello.

—Contarte todo esto me avergüenza mucho porque cambiará tu forma de pensar sobre mí. ¿Eres consciente?

Y era cierto. Jesse era un hombre sencillo de gustos normales. Para él, el sexo era una forma de disfrute, siempre que la otra persona estuviera a gusto. Él jamás exigiría nada pervertido o degradante, de pensarlo se ponía enfermo.

—Soy consciente de muchas cosas —respondió seco—, la primera que no tendría que mantener esta conversación contigo delante de Emma.

—Pero era necesario —le explicó ella—. Había pospuesto esta conversación demasiado tiempo.

—De verdad que me cuesta comprender tu grado de participación en todo eso.

—Estaba vacía, rota... —Linda desvió la mirada.

Y entonces Emma comenzó a toser.

Jesse se levantó y se dirigió hacia la silla de ruedas. Se inclinó hacia ella y comenzó a hablarle sobre el cielo y los pájaros que trinaban. Sobre un lago de peces de colores que devoraban migas de pan. La niña torció la boca en lo que parecía una sonrisa. El hermano le colocó un mechón de pelo fino detrás de la oreja, y ella inclinó más la cabeza como si quisiera mantener el contacto. Le dio un beso en la punta de la nariz, y los ojos de Emma brillaron. La niña había dejado de toser.

Jesse se enderezó y se giró hacia la mujer que estaba muda.

—Tengo que irme —dijo Linda de repente.

Jesse la miró sorprendido.

—Todavía no hemos terminado de hablar —le dijo muy serio.

—Ya te lo he contado todo —farfulló ella—. Ahora tienes que digerirlo.

A ella le costó un mundo moverse. Finalmente se levantó y caminó unos pasos hacia la puerta, se giró hacia las dos figuras y quiso decir algo, pero no pudo.

—Te dejo esto —Linda dejó su diario sobre la mesa—. Confío que sepas entenderme y perdonarme.

Salió en silencio, y cabizbaja.

## CAPÍTULO 18

Durante la semana siguiente, Linda se volcó en la restauración del rancho con todas sus fuerzas. Su confesión a Jesse le había supuesto un maremoto emocional, y había logrado que se replegase sobre sí misma como tiempo atrás.

La había llamado egoísta, y posiblemente lo era, pero ella no se tenía por una ignorante sobre temas y asuntos médicos. Había pasado muchos meses en hospitales y consultas asistiendo a su madre, y sabía de primera mano que existían casos graves de hijos con malformaciones, y que los padres sufrían auténticos calvarios al tener que soportar múltiples cirugías largas y complicadas, con largos periodos de estancia en unidades de cuidados intensivos para luego ser dados de alta con graves secuelas que perduraban toda una vida.

¿Acaso Jesse se preguntaba dónde estaba la calidad de vida de esos niños? Sus padres, la comunidad religiosa, e incluso la propia sociedad los obligaban a sufrir nefastas consecuencias. ¿Cómo podían obviar su sufrimiento físico y emocional, precisamente por ser niños a los que la comunidad médica trataría como objetos de ensañamiento terapéutico por no querer rendirse a sus limitaciones académicas?

¿Cómo se atrevía Jesse a llamarla egoísta por decirle lo que pensaba al respecto?

Jesse y ella pertenecían a la privilegiada generación que había tenido la oportunidad de crecer con una sexualidad libre, y donde la información estaba al alcance de la mano, incluso en la propia casa con instrumentos tan valiosos como internet. Un mundo internauta donde apenas existía el analfabetismo, y donde se podía consultar absolutamente todo: sobre todo sexualidad, prevención de adicciones y un largo etc. Y a pesar de toda esa información, ella había caído en manos de un depravado. No había visto las alarmas por ningún lado. Linda suspiró. Jesse y ella pertenecían a la generación mejor preparada del futuro, y seguían comportándose como egoístas del pasado provocándose así mismo infelicidades. Linda por cuenta propia, Jesse por culpa de sus padres.

No quería perder la relación con Jesse, pero al dejarle su diario, mucho se temía Linda, que sería el propio Jesse quién la acabaría. Ambos pensaban diferente, ambos actuaban según sus ideas y convicciones, entonces, ¿por qué motivo le causaba tal desazón la pelea suscitada entre ambos?

De pronto sintió la necesidad de hablar con alguien, pero estaba sola. Soltó un suspiro largo y siguió con la tarea de la pintura. Estaba terminando unos oleos rurales para el salón principal de la casa. Solo quería acabar el proyecto para comenzar otro. Sumergirse en la actividad física frenética para no tener que pensar, pero lo hizo.

Siguió machacándose sin compasión porque se había portado mal con Jesse. Se había mostrado irrespetuosa, insensible, y se arrepentía, pero el daño ya estaba hecho.

El mismo día que concluyó la restauración de la casa, se encontró conduciendo hacia Southfork Ranch. Compró en el supermercado una caja de bombones de chocolate, y en la floristería una planta de grandes hojas para llevar como ofrenda de paz. Se montó en el coche con ánimo, también con aprensión. En esos meses que llevaba en Grenville, había aprendido muchas cosas, pero la más importante era cómo quería que la viera Jesse.

Ella nunca había temido al fracaso ni profesional ni emocional porque no había tenido lugar de analizarlo. Había estado tan centrada en problemas médicos con su madre y con su tía, que casi se había olvidado de sí misma y de sus anhelos y aspiraciones. Toda esa lucha fatua para la supervivencia, la habían cubierto de un grueso velo de humo que le impedía ver el cielo azul sobre su cabeza, y por eso se había fijado en el hombre menos indicado. ¿Por qué pensaba en todo eso mientras conducía hacia Southfork Ranch? Porque durante días había meditado mucho sobre el significado de la vida y sobre las palabras que le había dicho Jesse... que nunca podría hacer feliz a nadie.

Y de tanto que le dolieron, decidió mostrarle que estaba equivocado.

Aparcó el jeep y lo cerró con llave. Llevaba el chocolate y la planta ornamental en las manos. Tocó el timbre y esperó. Jesse fue el que abrió la puerta. Cuando la vio, la sorpresa se dibujó en su rostro.

—¡Linda! —no pudo decir nada más.

—Te debo una disculpa —le dijo sincera—, y vengo a ofrecértela.

—¿Una disculpa?

—Por ser una necia —Linda no parpadeó—. También quiero disculparme porque eres el hombre más bueno del mundo, y te he hecho daño —los ojos del hombre se arquearon atónitos.

Tras unos instantes de silencio, finalmente se hizo a un lado.

—Pasa, prepararé un café —le ofreció.

Linda soltó un suspiro largo y profundo. Se alegraba enormemente de que Jesse no fuera rencoroso.

—¿Cómo está Emma? —le preguntó al mismo tiempo que le pasaba los chocolates y la planta.

Jesse depositó la planta en un rincón mientras la miraba con ojo crítico.

—Yo me comeré los bombones —dijo de pronto—. Gracias.

Linda sonrió de oreja a oreja.

—Lo suponía.

—Estoy sorprendido de verte —admitió neutro.

Ella hizo una mueca bastante elocuente.

—He llegado a aceptar que me has dicho todas esas cosas porque me aprecias.

—¿Te refieres a lo inmaduramente egoísta que te veo, y que te mencioné con gusto el otro día?

Jesse le había clavado el cuchillo de la verdad hasta la empuñadura.

—He aprendido contigo más cosas sobre las relaciones entre un hombre y una mujer, que en toda mi vida —el hombre puso las manos en jarras y la miró—. Vivo con miedo a la vida desde que tengo uso de razón —confesó con ojos brillantes—, y con una tremenda culpa por mi relación pasada con Larry.

—Fuiste muy cobarde —le dijo sin rencor—. ¿Cómo permitiste que te hiciera todo eso?

Estaba claro que había leído su diario. Linda tuvo la sensatez de agachar la cabeza porque estaba en verdad avergonzada.

—He dejado todo eso atrás.

—Lo sé.

Jesse seguía escuchándola mientras preparaba una cafetera. Colocó el azúcar y los bombones en una bandeja. Puso dos tazas y una jarrita de leche.

—¿Dónde está Emma? —preguntó ella interesada.

—En el solarío, tomaremos el café con ella.

Minutos después Linda se encontró caminando tras Jesse hacia una habitación muy soleada. El



sol de la tarde resultaba muy agradable. La chica estaba sentada en su silla de ruedas, y miraba hacia la enorme ventana abierta. Fuera se escuchaba el trino de los pájaros y alguna chicharra.

—Cariño, tenemos visita.

Linda caminó con paso lento hasta situarse junto a Emma. La tomó de la mano y la saludó. Le habló con voz dulce y muy despacio mientras Jesse ponía el café en las tazas.

—Se alegra de verte —le dijo de pronto.

Linda respiró profundo, y se giró hacia la mesa.

—Y yo de verla a ella —respondió emocionada.

—Sé que se alegra porque percibo sus cambios corporales, y diferencio las formas de su respiración: agitada cuando está nerviosa, relajada cuando algo le gusta.

—No tenía ninguna duda al respecto —aceptó ella.

Linda tomó asiento frente a él.

—Emma acepta tus disculpas —le anunció Jesse—, como yo.

Linda se permitió una sonrisa de oreja a oreja.

—Te he extrañado mucho —admitió ella.

Jesse podía ver en el brillo de sus ojos cuanto anhelaba su compañía.

—No nos hemos movido de aquí —contestó él.

Linda sopló sobre su café antes de tomar un trago.

—Creí que no querías volver a verme.

Los ojos zafiro de Jesse se entrecerraron.

—¿Me juzgas a mí por lo que harías tú? —ella pensó que Jesse no tenía pelos en la lengua—. Leí tu diario, y me enfurecí contigo, con él, conmigo —explotó Jesse mientras Linda se sonrojaba—. Me ha costado aceptar que la Linda que creía conocer, es muy distinta.

—¿Y entonces?

—No soy quién para juzgarte —confesó de pronto.

Esas palabras le provocaron un alivio infinito.

—Gracias.

El resto del café se lo tomaron en silencio, pero un silencio que no resultó incómodo porque pudieron escuchar algunos sonidos que emitía Emma. Linda pensó que trataba de hablarle a los pájaros del jardín. Segundos después miró a Jesse.

—Te miro y todo mi mundo se hace añicos —admitió en voz baja, pero Jesse la había escuchado—. Es como si necesitara encontrarte a ti para encontrarme a mí.

—Te amo sin condiciones —contestó muy serio—. Así de simple.

Amar sin condiciones, repitió ella mentalmente.

—Nunca he conocido ese tipo de amor —en su voz había culpa.

El hombre alzó las cejas sorprendido.

—No, has conocido un tipo de amor enfermo que te ha ensuciado, pero creo que has aprendido, ¿no es cierto? —la pregunta era retórica—. Ya no eres aquella Linda de Nueva York sumisa y dispuesta a las más perversas depravaciones sexuales.

—Ya no soy la misma Linda del pasado.

—No deseo que volvamos a tener esta conversación en el futuro.

—¿Por qué?

—Porque me causa rabia, dolor, y porque te amo...

Linda terminó por sonreír.

—La palabra amor en tu boca me revela otro significado.

Jesse parpadeó al escucharla.

—¿Qué significado?

—Valentía, reciprocidad...

—¿Vas a quererme de verdad, Linda? ¿Con todas tus fuerzas? ¿Con todo el calcio de tus huesos?

Ella tardó una eternidad en contestar.

—¿Con todo el calcio de mis huesos? —preguntó burlona.

—¿Estás evadiendo mi pregunta?

No lo estaba haciendo.

—Quiero amarte así —confesó—, creo que ya te amo, no solo con el calcio de mis huesos, sino con la sangre que bombea mi corazón.

Jesse apoyó la espalda en el respaldo de la silla mientras entrecerraba los ojos.

—Cuando leí tu diario, percibí que te daba miedo entregarte hasta las últimas consecuencias.

Linda pensó que él no se iba por las ramas.

—En mi defensa diré que estuve perdida por todo el sufrimiento que viví con mi madre, y luego con Larry. Ese fue el barro con el que estoy formada ahora.

—Yo soy un hombre simple —le dijo él—. No deseo una relación contigo que te aburra, y que te obligue a marchar de mi lado, lo menciono porque no lo soportaría.

Linda jadeó por la sorpresa que le provocaron las palabras de Jesse. Él la miraba muy serio. Con esos ojos llenos de sufrimiento y valor a la vez.

—Sabes que pienso ir a Nueva York a romperle la crisma a ese hijo de puta.

Linda se quedó pensativa.

—No es algo de lo que quiera hablar ahora —susurró seria.

—Todo eso no puede quedar así —le dijo Jesse—. Porque si callas puede haber otra Linda que sufrirá tanto o más que tú.

—¿Qué me estás pidiendo? —le preguntó.

—Que lo denuncies —ella lo miró como si no lo comprendiera—. Sabes que ese tal Larry es un depredador sexual, y tiene que estar encerrado.

—Si hiciera tal cosa saldría a la luz mi pasado oscuro con él, y me moriría de la vergüenza.

—Si empezamos una vida juntos, ese desgraciado tiene que estar entre rejas.

El rostro de Linda se veía atormentado.

—No pararé hasta lograrlo.

Linda se quedó pensativa. Jesse miraba en el interior de su alma, y luego la zarandearla.

—¿Por qué quieres que de ese paso?

—Porque es la mejor forma de liberarte.

—Larry ya no tiene poder sobre mí.

—Pero hay muchas mujeres ahí afuera que pueden sufrir lo mismo que tú si mantienes silencio sobre todo ese sórdido asunto.

Durante varios minutos, Linda se quedó pensativa. Ella había amenazado a Larry para que la dejara en paz. Pero escuchando las palabras de Jesse, supo que tenía razón. Si se sentía mal por todo lo pasado con él, ¿como se sentiría si una sola mujer pasaba por el mismo sufrimiento que ella? Jamás se lo perdonaría.

—Creo que tienes razón, Jesse, todo este sórdido asunto me perseguirá de por vida si no lo zanjo de una maldita vez.

—Esta es mi chica...

Jesse soltó una carcajada, y Emma se revolvió en la silla.

—Le gusta el sonido de la risa —le explicó.

Esa afirmación le provocó a ella un nudo en el estómago.

—Has vuelto mi mundo del revés —dijo Linda de pronto.

Jesse se quedó callado durante un momento. La veía diferente. Parecía y actuaba como si hubiera sufrido una metamorfosis.

—¿Qué día te parece mejor para casarnos?

—¡Casarnos! —exclamó sorprendida.

—¿Vas a casarte conmigo, Linda Sheridan?

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Y así pasaron el resto de la tarde. Conversaron sobre la boda, sobre el rancho restaurado, y dónde debería vivir ella cuando llevara su apellido. Linda nunca se había sentido con tanta paz como la que sintió esa tarde acompañada de Jesse y de Emma.

\*\*\*

Linda fue capaz de admitir que tenía asuntos sin resolver en su vida, y uno de ellos tenía nombre y apellido: Larry Gray. Tenía que decidir sobre el rancho, y a qué quería destinarlo tras ser restaurado. Tenía un trabajo en Nueva York, pero no quería volver. Había comenzado a adorar el sol texano, y a no extrañar las nieblas frías de Brooklyn.

Hablar con Jesse actuaba como un exorcismo necesario en su vida. Gracias a él había comprendido demasiadas cosas. La había sumergido en unas aguas furiosas y negras. Y una vez que había salido de ellas, un huracán de emociones la había engullido y zarandeado hasta dejarla sin capacidad de reacción.

Se alegró enormemente de tenerlo, y porque lo amaba, se encontró cogiendo el teléfono y marcando un número. Al tercer pitido de llamada, una voz de mujer contestó tras la línea. Durante un largo minuto, ella no pudo decir nada. Solo suspiraba y se debatía entre la necesidad de colgar, y hacer lo correcto.

—¿Hablo con Stephanie Jones del New York Times? —cuando escuchó la confirmación, continuó—. Soy yo, Linda Sheridan, tu compañera de cuarto en la universidad...

Durante las siguientes dos horas, Linda sacó de su interior todo lo que había guardado. Habló sin descanso, sin interrupciones. Stephanie la escuchó paciente. Cuando concluyó su declaración, la periodista le pidió una entrevista en directo, Linda se negó, pero consintió en ofrecer una entrevista para su columna del periódico. Le confirmó que pensaba quedarse en Grenville de forma definitiva, y juntas acordaron un día y hora para conversar de tú a tú. La periodista estaba sin palabras, y le adelantó, que ella tenía sospechas de asuntos turbios con el empresario. Cuando le preguntó por qué se había decidido a hablar, tampoco se anduvo por las ramas. Le habló sobre su tía, sobre Jesse, pero sobre todo, le habló sobre lo que había sufrido en su relación con Larry Gray.

Cuando Linda colgó el teléfono, sintió el alma ligera y el ánimo libre. Había sentido un impulso, y lo había seguido. La periodista con la que había compartido habitación durante sus años de universidad, le había agradecido su iniciativa, y le había asegurado que la visitaría muy pronto para hablar largo y tendido sobre la exclusiva que le había dado. Era una oportunidad innegable que Stephanie iba a provechar muy bien.

Linda se quedó pensativa, realmente se había quitado un peso de los hombros. El empresario

Larry Grey no iba a provocar daño a ninguna otra mujer. Y Linda se dijo lo bien que le había hecho el tiempo que había pasado con su tía, conocer a Jesse y enamorarse de él. El tiempo pasado con su tía le había enseñado muchas cosas: el valor de la amistad. Jesse, el perdonarse a uno mismo. En Grenville había aprendido que el destino podía ser un verdugo o un aliado, pero uno podía decidir enfrentarlo con valor o sufrirlo como cobarde, y ella no quería seguir escondiéndose, ya no.

Soltó un suspiro largo y pesado porque tenía que hacer todavía muchos cambios, el primero debía de ser sobre sí misma, pues ya no era la misma mujer de meses atrás. No, Linda había aprendido tanto, que no sabía cómo contener toda esa energía que se había activado dentro de ella.

Descolgó otra vez, y llamó a Southfork Ranch.

—Está hecho —le confirmó.

Jesse la escuchó con paciencia, y, cuando terminó de contarle todo, le dijo que la amaba, que estaría siempre a su lado. Que había sido la mujer más muy valiente de todas, y que él la protegería de todo. Jesse la animó de todas las formas que conocía, y ella se sintió feliz.

## EPÍLOGO

—¿Vienes a la cama?

Linda escuchó la voz de Jesse, y se giró para mirarlo. Estaba completamente desnuda mirándose en el espejo. El vientre había vuelto a su posición normal, aunque le habían quedado unas pequeñas estrías.

—Puedo verme los pies —le dijo con una sonrisa.

—Voy a ocuparme muy pronto de que no puedas vértelos.

Linda caminó hacia la cama, y le hizo un gesto cómico.

—Te puede parecer curioso, pero extrañaba verme los pies.

Jesse sonrió ladino.

—La verdad es que tenías una barriga enorme.

¡Claro que la tenía! Linda había dado a luz mellizos. Una preciosa niña, que había nacido primero, y luego un varón.

Se recostó al lado de su esposo, como si fuera una niña pequeña.

—Me ha llamado Stephanie.

Jesse la miró atento. Linda había pasado unos meses terribles cuando la noticia de su relación con el exitoso empresario finalmente salió a la luz. La fiscalía de Nueva York la había presionado para que lo acusara de intento de violación. Habían tenido que contratar los servicios de un abogado, y habían gastado mucho dinero. Pero al fin se hacía justicia.

—¿Qué te ha dicho Stephanie?

—Que el caso ha dado un vuelco muy importante.

Jesse la miró con atención porque tras la confesión de Linda, Larry Grey había contratado al mejor bufete penalistas de Nueva York, y que se habían dedicado a desmontar el caso atacando a Linda. La mostraban ante la opinión pública como una mujer despechada que buscaba venganza. Tanto Jesse como ella creían que iban a perder, y Larry ya les había adelantado que les iba a pedir una indemnización millonaria. Quería intimidarlos, y casi lo logran. Jesse le había asegurado a ella que venderían los dos ranchos y la casa de su tía de ser necesario, pero que ese hombre no iba a salirse con la suya.

—¿Y qué vuelco es ese? —le preguntó impaciente.

Linda lo miró con ojos brillantes.

—Dos mujeres más desean declarar en el juicio.

Jesse parpadeó asombrado.

—¿Eso significa...? —no podía continuar.

—Que hay otras mujeres como yo, y que están dispuestas a hablar.

Jesse soltó un suspiro de alivio. La abrazó muy fuerte, y la besó largo y tendido.

—¡Cuánto me alegro, Linda! —la voz de Jesse se escuchaba emocionada.

Linda también lo estaba, porque había pasado por una verdadera caza de brujas con todo ese asunto. Pero Larry Grey había topado con un muro: Linda Sheridan.

—Sabes que te amo —le confesó Jesse poniéndose sobre ella.

Linda sonrió de oreja a oreja porque sabía lo que venía a continuación, y le encantaba.



Copyright© 2020 Kate L. Morgan

Sello: Independently published

Photo by Pixabay

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.  
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta,  
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna  
ni por ningún medio ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación  
o fotocopia, sin autorización escrita del editor.